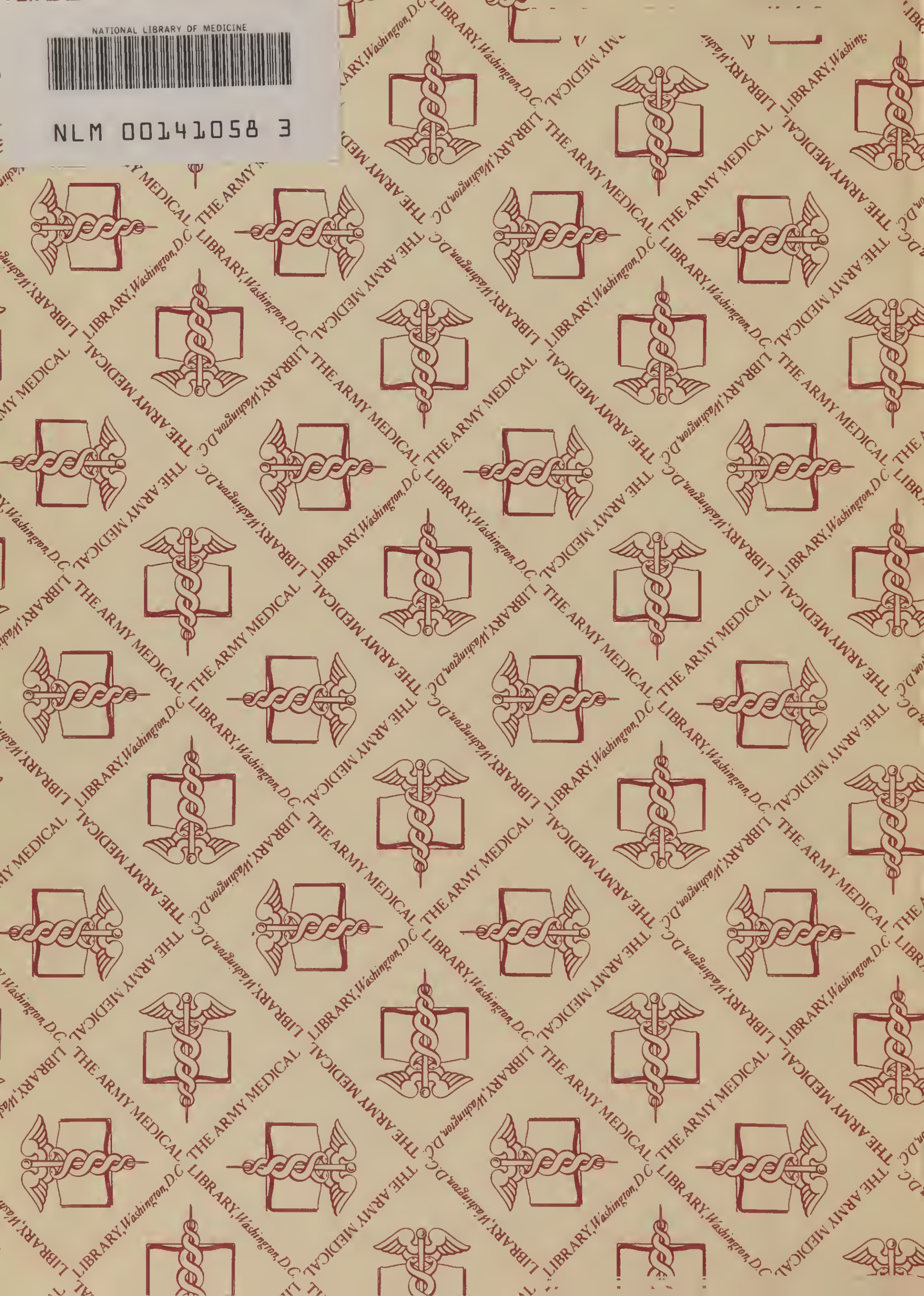
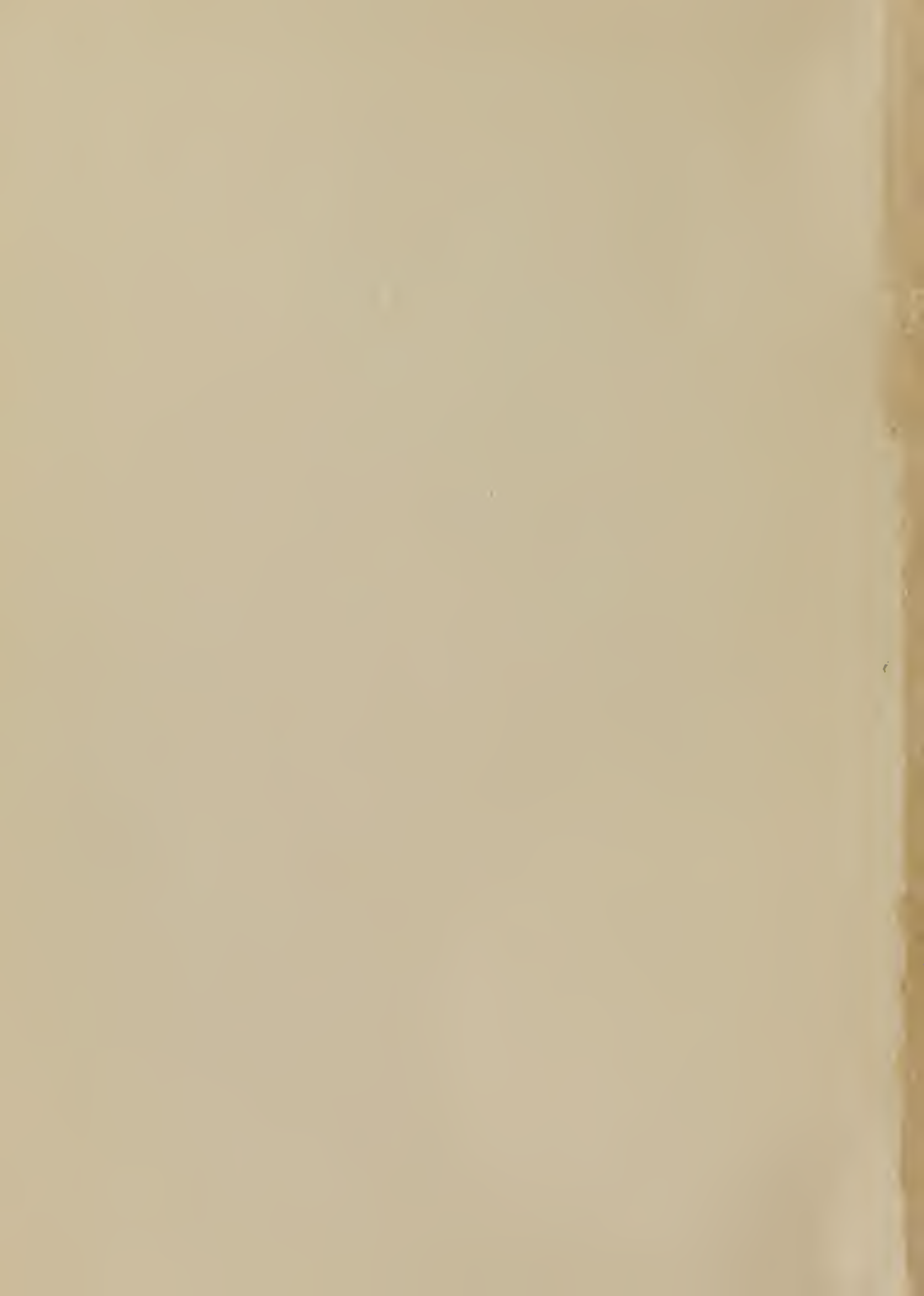



NATIONAL LIBRARY OF MEDICINE
NLM 00141058 3
THE ARMY MEDICAL LIBRARY, Washington, D.C.


THE ARMY MEDICAL LIBRARY, Washington, D.C.



CONSIDERACIONES
SOBRE LA
FIEBRE AMARILLA.



CONSIDERACIONES

SOBRE LA

FIEBRE AMARILLA

Y

REGLAS HIGIÉNICAS

PARA PRESERVARSE DE ESTA ENFERMEDAD

POR EL

Dr. C. Roure y Bofill.



HABANA.

IMPRENTA DEL GOBIERNO Y CAPITANIA GENERAL POR S. M.

1884.

FACULTAD DE MEDICINA.

DECANATO.

PARTICULAR.

Sr. Dr. D. Casimiro Róure.

Mi más estimado amigo y compañero: He recibido tu carta cariñosa y junto con ella, para que emita mi parecer, el opúsculo que has escrito, y que lleva por título: *Consideraciones sobre la fiebre amarilla y reglas higiénicas para preservarse de esta enfermedad;* y despues de quedarte reconocido por tan señalada distincion, hija únicamente de tu invariable afecto, de tu consecuencia de siempre, de la nobleza de tus sentimientos y de la predileccion con que contínuamente me has distinguido, voy á complacerte, con la satisfaccion que se experimenta cuando se cumple con un deber, aunque tambien con el sentimiento de no estar nunca, ni al alcance de mis deseos, ni á la altura de tus merecimientos.

Con estos precedentes me ocuparé de tu libro.

Objeto.—Su punto de mira se dirije á procurar la desaparicion, la curacion ó la disminucion de la fiebre amarilla en la Isla de Cuba, porque en ello están interesadas las fuentes de su riqueza, de su grandeza y de su civilizacion; de su progreso material, moral é intelectual, así como su prosperidad; porque siendo Cuba un pueblo eminentemente agrícola, por la virginidad de su suelo y por multitud de otras circunstancias, lo que requiere es brazos, muchos brazos, pero brazos libres; lo que demanda es una emigracion contínua, y tan robusta como la exuberancia de su vejetacion, lo que nunca podrá conseguirse, como tú lo manifiestas, en tanto que el sínoco americano, como una envenenada serpiente, se retuerza por las costas y por otros lugares de este país, amedrentando al viajero que al buscar el bienestar en otra tierra extraña, sólo encuentra en ella una muerte segura y desastrosa, en vez de la hospitalidad.

Fijarse en las anteriores consideraciones y comprendêr inmediatamente la magnitud del problema que has echado sobre

tus hombros, todo es uno; y desde luego. tambien comprendo por qué lo has abordado: porque las circunstancias especiales en que te has encontrado te han encaminado necesariamente por este sendero.—Hijo de la Universidad de la Habana, has podido estudiar en su Escuela con uno de los observadores más perspicaces, con el doctor D. Julio J. Le-Riverend, la fiebre amarilla; y Médico despues del Cuerpo de Sanidad Militar, has podido seguirla en más vasta escala y en peculiares situaciones; y por tanto, tambien te has fijado en muchos puntos interesantes en mi concepto, y de los que me ocuparé despues, aunque en los estrechos límites de una carta, porque son tantos y tan trascendentes muchos de ellos, que serían bastantes, aunque considerados aisladamente, para hacer muchas investigaciones y escribir gruesos volúmenes, y tal vez sin llegar á resolverlos de un modo definitivo y satisfactorio, como no se oculta á tu penetracion y como se comprende leyendo sólo el título de tu libro en que no haces más que consideraciones sobre la fiebre amarilla á grandes rasgos y como queriendo únicamente, y con tu proverbial

modestia, llamar la atencion de los espíritus investigadores sobre puntos muy culminantes del asunto.

Y en este concepto, con el primero que he tropezado en el artículo «Etiolojia,» es con el que se contrae á la preponderancia que ha querido darse á la accion del medio del exterior en la enfermedad, olvidando las condiciones individuales y más que todo las del medio del interior. Plantear el problema en el sentido que lo has hecho, en mi concepto, es bueno; y tanto, que juzgo que en todas las enfermedades debe hacerse lo mismo, cuando se manifiestan por toxemias debidas al influjo de los medios.—Pero si perjudicial es dar una preponderancia á los medios del exterior, tambien lo es atribuírsela á los del interior. Ambos deben tomarse en cuenta, pesarse, medirse y aquilatarse, sin olvidar nunca que los séres están sumerjidos en los medios, y que se influencian los unos y los otros correlativamente, en ese cambio incesante de composicion y de descomposicion, de asimilacion y de desasimilacion, en ese movimiento contínuo y perpétuo en que descansan los fenómenos más fundamentales y rudimentarios de la

vida,—en ese rodar perenne de la materia, obedeciendo á las leyes inmutables de la Creacion.

Deteniéndome algun tanto en el artículo de que hago referencia, considero muy interesantes las observaciones personales que se contraen á la propagacion de la fiebre amarilla en puntos distantes del litoral, así como las otras que se consignan en el mismo punto, porque no sólo desvanecen algunos errores, sino porque tambien inspiran consejos saludables para la profiláxis del mal, profiláxis, que sintetizas *tratando de aclimatar ó de poner en las condiciones más cercanas del hombre de la zona tórrida al habitante de la zona templada ó glacial,* lo que, aunque ofrece muchas dificultades en su realizacion, aunque es difícil, no lo creo imposible de llevar á término en muchos casos, siguiendo los consejos que se dan en otra parte del libro.

De lo que hablas sobre el *Diagnóstico* permíteme que lo pase por alto, porque no es uno de los objetos esenciales de la obra, y porque dados otros asuntos de que pienso ocuparme, y los estrechos límites en que tengo que moverme, así es necesario proceder.

No acontece lo mismo respecto á lo que se refiere en el capítulo del *Tratamiento* ni á lo que se contrae al de los *Preceptos higiénicos*, tanto relativos á la Higiene pública como á la privada, así como tambien acerca de las *Disposiciones especiales concernientes á las tropas*.—Estos particulares serán el objeto de otros tantos párrafos, con los que pienso cerrar esta larga epístola.

§ I.—*Del tratamiento.*—Al ocuparte de este asunto, comienzas por admitir en la fiebre amarilla ó vómito negro dos formas. una benigna y otra grave, con lo que consigues destronar el prestigio que disfrutan algunos remedios muy preconizados. así como los triunfos de muchos charlatanes;—lo que te lleva naturalmente á imprimir una saludable desconfianza en el vulgo, tanto en esos medios ineficaces, como en las mentidas promesas de los que especulan con la credulidad pública.—Y aunque tu libro no produjese otro beneficio que cegar estas dos calamidades sociales, ya tendría lo bastante para ser muy estimado.

Mas en materia de tratamiento, contiene tambien algunas consideraciones que, en mi concepto, son de interés. La crítica del em-

pleo de las emisiones sanguíneas, de los eméticos y de otros medios propinados por el vulgo, así como tambien el de sustancias que puedan aplanar las fuerzas, y el haber consignado la indicacion de que áun desde el primer período de la forma grave de la enfermedad deben conservarse éstas; llegar á la conclusion de que no hay ningun tratamiento racional é invariable para combatirla, y que es necesario descubrir el flanco del enemigo para arrollarlo, porque hoy se conocen mejor muchas de las perturbaciones que determina en el organismo el vómito negro; y últimamente, indicar lo conveniente que fuera asistir á los enfermos en habitaciones ámplias y ventiladas, así como cuando se hace en los hospitales debiera realizarse en aposentos y nó en las salas; todos éstos son asuntos que se han tratado por tí, con el interés que se merecen, y con una sencillez y claridad tales,—que se encuentran al alcance de todo el mundo.

§II.—*Higiene.*—Por lo que hace á la Higiene pública, lamentas y con sobrada razon el estado de la ciudad de la Habana, con su puerto sucio, con sus inmundas cloacas, con sus calles intransitables, con su escasez

de agua y con su sinnúmero de focos pestilenciales; y pides que todo se remedie, así como que se creen Comisiones de estudio de la fiebre amarilla para llegar con el tiempo á desterrarla de entre nosotros, imitando en este sentido lo que han hecho otras naciones. Y la simple enumeracion de todo esto indica la importancia y el interés que encierra, y toda la solicitud con que deben mirarse por los Gobiernos y los Municipios, atendiendo á la salud del pueblo que es la ley suprema,—y no olvidando los sólidos razonamientos en que te fundas, razonamientos que son hijos de la Ciencia y que los inspira la necesidad de remediar tantos males.

Otros asuntos que se señalan respecto á los Hospitales, Casas de Salud, enterramientos, etc., etc., etc., conspiran en el mismo sentido: en el desanear la Ciudad, lo que no sólo es un parapeto para rechazar el vómito, sino tambien para ponerse á cubierto de muchas afecciones pestilenciales; y si á primera vista asustan todos los preceptos que das en el Capítulo Higiene privada á los no aclimatados, si asustan á primera vista, te repito, en mi concepto no

hay ninguna precaucion que esté de más, que sea supérflua, por pueril que parezca, cuando se trata de conservar el rico tesoro de la salud, y más cuando se trata de no contraer la fiebre amarilla, que como la espada de Damocles está siempre levantada sobre la cabeza de los no aclimatados.

§III.—*Disposiciones especiales concernientes á las tropas*—Este es el asuuto con que termina el libro, y tratando del cual cerraré mi carta.—Los consejos que se dan en este interesante capítulo son como corolarios, como deducciones de todo cuanto se ha escrito en el libro con anterioridad, y propenden no sólo á salvar al soldado del *tífus icterodes*, sino tambien del influjo pernicioso de las fuentes de desmoralizacion que corrompen á las tropas en las grandes poblaciones.

Has sido conciso en esta parte de la obra, y como se tiene que ser cuando se dan preceptos; pero si has sido conciso, has sido claro, y á la par fecundo en nociones provechosas; y á esos consejos que das, á esos preceptos que indicas, el único defecto que pudiera encontrarles yo sería el que no se llenasen inmediatamente.

Voy á terminar; pero lo haré manifestándote que has escrito un libro útil; que en él hay mucho de original. y que quisiera ver coronados tus deseos. tu invariable amigo,

Felipe F. Rodriguez.

JOSÉ EUGENIO MORÉ:

Títulos y honores, riquezas y entidad política, os darán la satisfaccion de la carne; mas su recuerdo, ni siquiera alcanzará los límites de la generacion actual: el bien hecho en favor de vuestros semejantes, siempre consolará vuestro espíritu, y su memoria la conservarán eternamente las venideras generaciones.

Vuestro nombre al frente de este imperfecto trabajo, no representa otra cosa que la expresion de profunda gratitud, de un amigo de Cuba, hácia el fundador de su primera Escuela de Agricultura.

Casimiro Roure.



INTRODUCCION.

De la desaparicion ó curacion de la *Fiebre Amarilla*, ó cuando ménos de una notable reduccion en la mortalidad que sus estadísticas nos presentan, depende indudablemente el porvenir de Cuba. Esto podrá parecer un desatino, sin embargo, no deja de ser una verdad.

Cuba, con su envidiable posicion geográfica á la entrada del Seno ó Golfo Mejicano, entre la América del Norte y la América del Sur, frente á los istmos de Panamá y Darien, que pronto han de unir los océanos Atlántico y Pacífico; dotada por la naturaleza con los mejores puertos del mundo, y maravillosa por la fecundidad de su suelo, estaría llamada á ser el centro de todas las vías de comunicacion y comercio entre ámbas Américas, entre

la Europa, la Oceanía y el Asia, convirtiéndose en fuente de inagotables riquezas para la Pátria, si pudiese desterrar de sus risueñas costas el horrible fantasma del *vómito negro.*

Cuba, con una superficie de más de 3.800 leguas cuadradas, cuenta escasamente con un millon y medio de habitantes, de los cuales sólo la mitad pertenecen á la raza caucásica, y á pesar de los tesoros que encierra su feraz campiña, esta se vé poco ménos que desierta, porque el hombre antepone siempre al deseo de adquirir riquezas, el justo temor de perder la vida.

Es proverbial en Cuba que sólo las razas etiópica y mongólica son capaces de resistir el trabajo de sus campos, y esta es una verdad, en el supuesto de que sólo ellas gozan de la inmunidad de la fiebre amarilla, no por otra razon, porque la raza blanca que ni se espanta ante los hielos y las nieves del más crudo invierno, ni ante los rigores del sofocante estío de los paises europeos, mucho ménos podía amedrentarse ante el trabajo

de los campos de Cuba, donde durante seis meses se goza de una temperatura primaveral, y donde durante los otros seis vienen á templar los ardores de su esplendente sol tropical, las constantes y consoladoras brisas.

Se agita actualmente el problema de colonizar á Cuba por medio de una inmigracion blanca, pero cuantos planes para ello se presenten, han de estrellarse forzosamente ante la fiebre amarilla. Sin esta, muy pronto contemplaríamos poblados sus campos por una exhuberante inmigracion europea, que al par que aseguraría el predominio de la raza blanca sobre las demás que hoy la pueblan, afianzaría nuestro poder y riqueza en América. Sin vómito negro, los seguros puertos de esta Antilla se verían visitados constantemente por todos los bajeles del mundo; porque, como ya dejamos dicho, Cuba sería forzosamente el gran depósito, la escala natural, el centro de navegacion, de comercio y comunicaciones entre la Colombia y la América propia, entre la Europa, el Asia y la Oceanía; y hoy esos mismos bajeles huirán de

sus riberas amedrentados ante el temor de contraer la terrible enfermedad.

En pocas palabras: con fiebre amarilla, no es posible la inmigracion europea; sin inmigracion europea, no puede haber aumento de poblacion; sin aumento de poblacion, no habrá brazos; sin brazos no hay agricultura; sin agricultura no hay comercio; sin comercio no hay riqueza; y hé aquí, pues, la razon porqué hemos empezado diciendo, que, de la desaparicion, curacion ó disminucion de la fiebre amarilla, depende el porvenir de la Perla de las Antillas.

———

ETIOLOGIA.

I.

Si aparte de la importante consideracion del porvenir de Cuba, existe la otra más principal que la humanidad reclama, se comprenderá perfectamente el constante afan ya de todas las corporaciones médicas, ya de todos los médicos en particular, de resolver el problema de curar la fiebre amarilla.

La Real Academia de Ciencias Médicas y físico-naturales de la Habana, en su inauguracion, abrió la escena de esa no interrumpida série de brillantes sesiones, poniendo sobre el

tapete la cuestion *tífus icterodes*, considerándola como la de más palpitante interés para este país; y si dignos de admiracion fueron los trabajos que en aquel entónces presentaron vários de sus ilustrados miembros, no lo han sido ménos los que con posterioridad se registran en todos sus anales, encaminados á despejar la incógnita de tan trascendental cuestion.

En estos últimos tiempos el gobierno de los Estados Unidos del Norte América, á consecuencia de una epidemia que azotó á los de la parte Sud, mandó á esta Isla una Comision, dotada de todos los elementos que se creyeron necesarios, con el único y exclusivo objeto de estudiar la causa productora del vómito negro, á la que nuestro gobierno agregó otra Comision auxiliar, de la cual nos cupo la honra de formar parte.

La Comision de fiebre amarilla que constituyó despues la Sociedad de Estudios Clínicos de la Habana, ha venido trabajando con una actividad, una fé y una constancia imponderables; fé, constancia y actividad que

sólo es capaz de inspirar el decidido amor que por la ciencia tienen los profesores que la componen; constancia, actividad y fé que nos dirán algun dia la causa del mal ó los medios de evitarlo ó combatirlo.

No podemos tampoco pasar en silencio los asíduos trabajos no ménos dignos de elojio de nuestro ilustrado Cuerpo de Sanidad militar, cuyos miembros todos, ya en el círculo de su esfera particular, ya constituidos en comisiones, se ocupan incesantemente, por todos los medios que hoy cuenta la ciencia, de hallar la resolucion del interesante problema que ha de evitar á la Pátria la pérdida de sus mejores hijos, pérdida que á la vez que destroza el corazon de tantas madres, priva á nuestra industria y á nuestra agricultura de sus más robustos brazos.

Pero si es cierto que todos luchamos con toda la fé y con todo el heroismo que reclaman los más sagrados afectos, los más caros intereses, los más capitales deberes; Cuba, la Pátria, la Familia, la Humanidad; tambien lo es que venimos empleando en la lucha

una falsa táctica, que de perseverar en ella, jamás llegarémos á ceñirnos el laurel de la victoria.

Convenimos, porque no podemos ménos en convenir, que para curar una enfermedad, el medio más racional es buscar la causa que la determina; pero todos convendrán con nosotros tambien que, si al querer despejar la X de una ecuacion planteamos mal el problema ó partimos de datos equivocados ó falsos, el resultado jamás será verdadero. Esto es lo que ha venido sucediendo entre nosotros; hemos perdido el tiempo buscando la causa de la fiebre amarilla exclusivamente en un *medium exterior*, capaz de envenenar nuestra economía, cuando la razon capital de la enfermedad debíamos ir á buscarla en el *indivíduo mismo.* Teniendo un dato conocido, incuestionablemente verdadero de donde partir, hemos querido empezar por lo desconocido, nos hemos engolfado en el mar de las hipótesis, y el resultado ha sido, que despues de cuatro siglos, sabemos tanto de cierto acerca de la causa de la fiebre amarilla, como los

que por vez primera pudieron observarla en la colonia de la Isabela de Santo Domingo.

Fijémonos ante todo en el carácter excepcional de nuestra endémia, si como endémia puede considerarse: ella no ataca jamás á los naturales del país; y todas las endémias conocidas, el boton de Alepo, por ejemplo, el boton de Bukara, el cólera de Manila, la hematúria de la Isla de Francia, todas, en una palabra, no sólo atacan á los naturales de esos paises, sino que precisamente son los más expuestos á contraerlas.

Observemos luego que si admitiésemos un *medium exterior* como causa primera de la fiebre amarilla, su manera de obrar sería tan excepcional y tan rara, que sólo haciendo abstraccion completa de la razon, pudiéramos aceptarlo.

Si colocamos alrededor de un pantano donde existan sustancias vejetales en putrefaccion, hombres de todos los climas y de todas las razas; el blanco como el negro, el indio como el chino, el hijo del Septentrion

como el del Mediodía, todos adquirirán la fiebre palúdea.

Si el cólera mórbus asiático invade una poblacion, los indivíduos de todas las razas y de todos los climas, experimentan los terribles efectos de su agente destructor; á ninguna raza exceptúa de su perniciosa influencia.

Si inoculamos el pus de un chancro sifilítico, ó la pústula de una viruela á individuos de todas las razas y latitudes, todos indudable y respectivamente contraerán la sífilis y la viruela.

Si administramos una dósis igual de estricnina, ópio ó arsénico, á sugetos de cualquiera de las variedades humanas, en todos observarémos los mismos resultados.

Y en una palabra, los agentes deletéreos procedentes ya del reino animal, ya del vegetal ó mineral, todos, sin excepcion alguna, en cualquier forma ó condicion que penetren en nuestra economía, determinan iguales efectos é idénticos resultados, tanto en la raza caucásica como en la mongólica, así en la etiópi-

ca como en la cobriza, lo mismo en el hijo del Polo que en el del Ecuador.

La fiebre amarilla ataca solamente á los indivíduos procedentes de las zonas frias y templadas.

Los de las zonas polares, están más expuestos á contraerla, y la proporcion de mortalidad en los atacados, aumenta en ellos mucho más que en los procedentes de las zonas templadas.

Entre los mismos españoles, estamos más expuestos á contraer y sucumbir de la fiebre amarilla los de las provincias del Norte, que los naturales de Andalucía.

Los de las Islas Canarias, zona media entre la templada y la tórrida, sufren de fiebre amarilla en una proporcion infinitamente menor á los Peninsulares.

Los procedentes de la zona tórrida, blancos, negros, asiáticos ó americanos, gozan de la inmunidad del mal.

En la república de Méjico, cuyos naturales hacen la division de *tierras calientes*, llamando así á la zona cuyos límites se ex-

tienden hasta los 300 metros sobre el nivel del mar, y cuya temperatura media es de 27° termómetro centígrado; *tierras templadas*, desde dicha altura á la de 1300 metros, y de una temperatura media de 20°, y *tierras frias* hasta la altura de más de 2500 metros, siendo su temperatura ordinaria de 17° para abajo, se observa: primero, que los naturales de tierras calientes, gozan de la inmunidad de la fiebre amarilla; segundo: que los de tierras templadas y frias que bajan á tierras calientes, á Veracruz, por ejemplo, ya sean criollos hijos de españoles, ya indios, ya mestizos, contraen el vómito negro, y tercero: que los de tierras frias están más expuestos á contraerlo que los de tierras templadas.

Se habla de criollos de Cuba ó de otras Antillas que han sucumbido á consecuencia del vómito negro; pero estos casos, bien raros por cierto, son precisamente de indivíduos habitantes de las alturas de Trinidad, ó Sierra Maestra en esta Isla, del Gros Morne en la Martinica, ó de las Palmistes en Guadalupe; alturas á más de 600 metros sobre el nivel

del mar; alturas en las que se aclimatan y producen árboles, frutas y legumbres de las zonas templadas, y cuyos habitantes están en idénticas condiciones que los de esas zonas para contraer dicha enfermedad.

No pasemos tampoco por alto lo que sucede en esta Isla durante la estacion del invierno, en la cual son muy raros los casos de fiebre amarilla, y lo son tanto más, cuanto más frios sean los inviernos, es decir, cuando los indivíduos expuestos á contraerla viven en condiciones más cercanas á los de las zonas templadas.

Estos hechos, que son incuestionables, prueban de una manera terminante, que si hay un medium exterior, que no negamos en absoluto, ha de entrar como razon muy secundaria en el desarrollo de la fiebre amarilla, sin que se le pueda considerar en manera alguna como el exclusivo capaz de determinarla, á no reconocerle en su manera de obrar una accion distinta á la de todos los productos deletéreos conocidos; y que la razon capital del vómito negro *existe en los indivíduos mismos.*

No creemos que se nos presente el trivial argumento de que los criollos gozan de la inmunidad de la fiebre amarilla porque vienen acostumbrados desde su nacimiento á la accion del veneno que la produce; ó bien como se ha deducido por una respetable comision extranjera, que los criollos la padecen durante la niñez; porque esos argumentos quedan anulados ante la consideracion de que los negros del Africa, los chinos del Asia meridional, los filipinos de la Oceanía, y todos los procedentes de la zona tórrida, no la contraen jamás, y no creemos que de ellos pueda decirse, que desde su niñez venían acostumbrados á la accion de su agente morbífico, ni que durante esa edad la hubiesen padecido.

En resúmen, para hallar la causa de la fiebre amarilla, debemos ante todo fijarnos en el medium interior: *buscar la diferencia, fisiológicamente hablando, que existe entre un indivíduo de la zona tórrida y un habitante de las templadas ó frias, y como consecuencia ó premisa para encontrarla, determinar la modificacion*

que en sus funciones ha experimentado el indivíduo que ha padecido de la fiebre amarilla.

Si dado nos fuera despejar esta incógnita, entónces con más facilidad podríamos hallar el otro medium capaz de contribuir á determinar el mal, y á modificar nuestro organismo, causa secundaria, que como tratarémos de probar despues, tambien procede de los individuos mismos.

II.

Echemos ahora una rápida ojeada, á vista de pájaro, como suele decirse, sobre los agentes exteriores que se han venido considerando como causa del tífus icterodes, es decir, como causa principal morbífica, porque como condiciones secundarias bajo las cuales se desarrolla, quizás no dejarémos de aceptar alguno de ellos.

Es positivo que únicamente en paises intertropicales ha establecido sus reales el vómito negro, porque, áun cuando se le ha visto aparecer no sólo en paises templados, sino tambien en localidades frias, lo ha hecho temporalmente para desaparecer despues, sin dejar otro rastro que el triste recuerdo de sus numerosas víctimas. Esto ha dado á pensar

y á sostener por algunos, que la *posicion intertropical* era su principal causa. Si bajo la misma latitud que las Antillas no hubiese otros paises en los que, de una manera absoluta, se desconoce la fiebre amarilla, entónces y sólo entónces podríamos aceptar la posicion intertropical como causa de esa enfermedad.

El calor, la humedad y ámbos unidos, se han señalado tambien como el primer factor de la fiebre amarilla; pero podemos decir acerca de ellos otro tanto: calor, humedad y calor y humedad unidos hay en muchos paises intertropicales, en los que no ha habido jamás vómito negro.

Por iguales razones rechazarémos *la luz, la electricidad, las tronadas, la presion atmósferica y el ozono,* porque de todo esto hay en abundancia en Filipinas, sin que en el archipiélago Filipino haya establecido su dominio el tífus icterodes.

El *exceso de vapores amoniacales en la atmósfera* durante los meses del calor, ha sido tambien considerado como capaz de determinar *el mal de las Antillas*; pero no es este

fenómeno particular de los lugares donde aquel reina; es un hecho que sucede en todas partes; durante el estío hay siempre aumento de vapores amoniacales, y en todas partes no hay fiebre amarilla.

A vários otros venenos conocidos, se les ha atribuido tambien el poder de determinar el vómito negro; entre todos ellos, el que más pudiera hacernos sospechar que había cierta relacion entre sus manifestaciones y las de la fiebre amarilla es el *fósforo*.

En efecto, en el envenenamiento por el fósforo tenemos: calor ardiente en el epigástrio y en el exófago, malestar general, agitacion, náuseas, vómitos mucosos, biliosos y algunas veces sanguinolentos, fiebre que desaparece al tercer ó cuarto dia para hacerse despues el pulso pequeño, depresible y siempre debilitado, dolores en los miembros, más pronunciados en los riñones, cefalálgia, hepigastrálgia, íctero en el segundo ó tercer dia, retencion de orina, albúmina en esta secrecion, delirios en los últimos dias, hemorrágias por todas las vías, mejoría aparente para luego

venir la debilidad, el coma y la muerte, del sexto al octavo dia. En el cadáver observamos tambien la degeneracion grasienta del corazon, del hígado y de los riñones, hígado amarillo, y grandes placas equimóticas en la superficie de la piel.

A pesar de todo esto, con sólo haber visto un caso de fiebre amarilla, y un intoxicado por el fósforo, ó con leer simplemente ámbas entidades morbosas, bastará para convencernos de la enorme diferencia que hay entre una y otra, áun cuando, para rechazar nosotros que la fiebre amarilla sea el resultado de un envenenamiento por el fósforo, nos es suficiente la consideracion de que la primera ataca exclusivamente á los indivíduos de las zonas templadas y glaciales, miéntras que el segundo produce los mismos efectos á los de todos climas y razas; consideracion que de paso hacemos tambien para no admitir como causa de aquella, á ninguno de los agentes anteriormente citados.

Los pantanos ó sus miasmas, las costas y los focos marítimos, han sido y son aún consi-

derados como causa de la fiebre amarilla. Aquí tenemos que detenernos algun tanto más, para probar de una manera resuelta la poca ó ninguna importancia que tienen esas entidades en la produccion de la enfermedad, pues solamente admitiendo, como hemos venido aceptando, todo lo que es contrario á la razon en materia de fiebre amarilla, pudiera dárseles la importancia que hasta nuestros dias han venido mereciéndonos.

El miasma [*emanacion*] aun no sabemos lo que es: ni la física, ni la química, ni el microscópio, nos han podido responder lo que es el miasma.

Si por miasma entendemos un agente deletéreo exterior desconocido, capaz de determinar una enfermedad dada, la fiebre intermitente, por ejemplo, entónces se reduce á cuestion de nombre y lo aceptamos; y lo aceptamos precisamente, porque la experiencia nos enseña, que los indivíduos predispuestos á sufrir de fiebres intermitentes, las contraen siempre, cada vez que se acercan á un pantano.

La fiebre amarilla no puede considerarse el efecto de un miasma que tenga la precisa condicion de intoxicar solamente á los procedentes de paíse frios y templados, y fijarse bien en lo que vamos á decir, *y por una sola vez.*

Hemos leido que el miasma productor de la fiebre amarilla es un fermento que introducido en el torrente circulatorio de los pulmones, hace fermentar la sangre, determinando así la enfermedad. Esto es ir más allá de las inmutables leyes de la naturaleza: conocemos el hecho de que un fermento introducido en el torrente circulatorio mata instantáneamente; pero de esto á decir que haga fermentar la sangre, hay una distancia enorme. La sangre es un elemento vivo, y los elementos vivos no fermentan jamás; la fermentacion es inherente á la carencia de vida, á la falta de organizacion; donde hay fermentacion, allí está la muerte. Y concretándonos á la fiebre amarilla, añadirémos; que, aun aceptando ese miasma fermento, no lo podríamos concebir llevando solamente su

accion deletérea á los hijos de la zonas polares y templadas, y por una sola vez.

Y si rechazamos el miasma como causa de la fiebre amarilla, dicho está que rechazamos la pueril aseveracion de que la *bahía de la Habana* era en Cuba el foco del vómito negro, como si en otros lugares de la Isla no se conociese la enfermedad; la repelemos, como repelemos tambien la alta importancia que se ha dado á las malas condiciones higiénicas de esta Capital como causas productoras del tífus icterodes; porque, cuando la Habana no tenía empedradas sus calles y estaban convertidas en inmundos lodazales; cuando carecía de cloacas; cuando en lugar de los parques que hoy le sirven de pulmones existían focos de insalubridad de primera clase, hospitales y plazas de mercado; cuando estaba encerrada en un círculo de piedra, las murallas, que impedían la libre circulacion del aire; cuando tras de esos muros se contemplaba un foso, que mejor pudiera llamarse un inmenso pantano; cuando el cementerio estaba enclavado dentro de la ciudad; cuando en vez de agua

se bebía fango cargado de *detritus orgánicos;* entónces no había, relativamente hablando, más fiebre amarilla que hoy, y hasta no falta quien asegure que había ménos, y que por lo general revestían sus casos una forma más benigna.

Séanos permitido suspender por un instante el seguir ocupándonos de la cuestion de miasmas, pantanos, focos marítímos y costas, que muy luego volverémos á tratar por estar ligada con otra que hemos ya señalado, y en donde procurarémos llevar hasta el convencimiento la poca importancia que aquellos nos merecen.

Hablemos ahora, aunque sea por breves instantes de la cuestion que en fiebre amarilla está hoy de moda; de ese mundo de séres microscópicos, de esos *microzoarios*, de esos *infusorios*, de esa multitud de invisibles animalillos, algas y hongos que no han podido ser clasificados, y que, hablando con verdad, no sabemos aun lo que son; pero que vienen, sin embargo, pretendiendo representar ya, el importante papel de causa en el drama tífus icterodes.

Tales son los deseos de los amantes del saber y de la humanidad, que para explicarse la razon del vómito negro, se ha llegado al delirio de tomar los efectos por las causas.

Los microbios viven en la putrefaccion, y no es posible humanamente, considerarlos como causa de las alteraciones de los organismos superiores, cuando son precisamente los efectos, las consecuencias de esas mismas alteraciones; y cuando ha venido la putrefaccion, cuando cesa el estado de organizacion, la ciencia lo dice: no es posible el contagio de la materia séptica.

Comprobado está que si nos herimos con el escalpelo al disecar en un cadáver de pocas horas, las consecuencias son funestas; pero cuando ese mismo cadáver se halla en completa desorganizacion, las consecuencias no son temibles.

Sin embargo, aceptemos esos organismos inferiores microscópicos, productos de la putrefaccion, para buscar en uno de ellos la causa de la fiebre amarilla. Empecemos por clasificarlos. Supongamos la posibilidad de

la clasificacion. ¿Nos será luego dable adivinar cuál de sus géneros ó especies es el llamado á envenenar nuestra economía determinando la fiebre amarilla? Lo tenemos ya, lo hemos encontrado, vengamos ahora á la parte esencial, á evitar ó curar la enfermedad. ¿Porqué ese microbio ataca á los de zonas frias y templadas y nó á los de la zona tórrida? ¿qué diferencia hay entre uno y otro de ámbos organismos? ¿porqué ese microbio no ataca más que una sola vez á un mismo indivíduo? ¿qué cambio, qué modificacion se ha operado en el que pudo resistir una sola vez á la brusca invasion de la monera, para poner al no atacado en condiciones de poder resistir su ataque?

Y si aquí, por fin, hemos de venir á parar, empecemos por aquí; seamos más prácticos, partamos del dato conocido; que á ser posible la resolucion del problema, esta es la única manera de poder hallar el resultado.

No calumniemos á los inofensivos microbios; que si ellos fueran tan perjudiciales como se les supone, no sería ya posible la

existencia en la superficie de nuestro planeta.

Dejemos lo hipotético por lo verdadero, empecemos á construir el edificio por los cimientos, que las piedras en el aire no se sostienen.

III.

Si la fiebre amarilla estuviese extendida por toda la zona tórrida, y no tuviésemos noticia alguna de epidemias que demostrasen que, áun cuando sea temporalmente, es capaz de cebarse en los paises frios y templados; no la reconoceríamos otra causa que la modificacion necesaria que el organismo había de experimentar al pasar de la zona fria ó templada, á la zona tórrida; pero dadas aquellas circunstancias, no podemos ménos que admitir, además de la razon capital de que el indivíduo que ha de padecerla, sea de las zonas glaciales ó templadas, la existencia de otra razon secundaria, primera concausa, que coadyuve á determinar la enfermedad.

No era nuestro ánimo el ocuparnos de esta

segunda entidad, puesto que, como dejamos dicho, creemos que ante todo es necesario averiguar la razon del hecho ya conocido, esto es, la diferencia que existe, fisiológicamente hablando, entre un organismo de la zona tórrida y un organismo de la zona templada ó glacial; pero nos ha sido preciso hacerlo, por el motivo de allegar todas las pruebas necesarias á destruir las falsas creencias que hoy reinan, si bien de una manera hipotética, acerca de la causa de la fiebre amarilla, atribuyéndola á un miasma, ó un sér exterior microscópico, y demostrar hasta donde sea posible, que esta concausa procede de los indíviduos mismos, sin ser miasma ni microbio.

Suponemos que, como nosotros, se habrán fijado todos en un hecho digno de llamar la atencion del observador; y es que las enfermedades palúdicas, á las que se reconoce por causa un miasma, denominacion que hemos admitido para bautizar al agente productor de esas enfermedades, tales como la fiebre intermitente simple, la fiebre viliosa grave de los paises cálidos, etc., léjos de atacar por

una sola vez al indivíduo, sucede lo contrario, esto es, que tanto más expuestos estamos á padecerlas, cuanto mayor número de veces hayamos sido invadidos por ellas; miéntras que las enfermedades que conocemos con el nombre de virulentas, como la sífilis, la viruela, la fiebre tifoidea, etc., etc., no atacan, con raras excepciones, más que una sola vez al individuo.

Todos se habrán fijado tambien en que las enfermedades palúdicas tienen su causa reconocida en un agente deletéreo exterior independiente del indivíduo, porque en cualquier localidad que exista un pantano, allí se producen fiebres palúdeas; y haciendo desecar ese pantano, esa localidad se vé libre del paludismo; mientras que las enfermedades virulentas, es necesario ir á buscar su causa en el individuo mismo; para producir la sífilis, se necesita del pus de un chancro sifilítico, para producir la viruela, del pus de la viruela, materias dependientes exclusivamente de los individuos.

De lo dicho se sigue, que el miasma no

hace sufrir modificacion alguna al organismo, porque siempre que éste se vé atacado por aquél, siente la accion de su morbífica influencia; mientras que el vírus hace sufrir una modificacion al organismo, por el hecho de que éste una vez atacado, puede resistir impunemente y para siempre, con raras excepciones, á la perniciosa accion de aquél: y en segundo lugar, que el miasma de las primeras es completamente ageno á nuestra economía, mientras que el vírus de las segundas se produce, y sólo se puede producir en nuestra propia economía.

Y áun cuando la fiebre amarilla se separa de las enfermedades virulentas en el punto capital de que sólo ataca á los no procedentes de localidades tórridas; tiene sin embargo con ellas esos dos puntos de contacto muy marcados: el que, en absoluto, no se padece más que una vez, y como consecuencia, que hace sufrir una modificacion en nuestro organismo que dá por resultado la inmunidad; lo que hace suponer, si nos sujetamos á la estricta razon, que su causa secundaria no puede ser

agena á nuestra economía, tiene que ser dependiente de ella, ó lo que es lo mismo que no es un miasma, que es un *vírus;* que así como sin sífilis, no puede haber sífilis, *sin fiebre amarilla no puede haber fiebre amarilla;* mientras que sin fiebre intermitente, puede haber fiebre intermitente, si hay un pantano para determinarla.

Para seguir adelante, preciso es que nos detengamos ante un argumento que pueden ponernos los sostenedores de las hipótesis modernas, y es que la accion deletérea de los vírus, reconoce por causa un microbio.

No perderémos mucho tiempo en repetir lo que hoy reconoce y ha demostrado la ciencia acerca de los vírus, para contrarrestar á esa objecion.

El vírus es una materia organizada, que puede permanecer más ó ménos tiempo en estado de materia organizada, y que necesita ponerse en contacto con una organizacion para determinar su enfermedad característica, y hacer sufrir una modificacion al organismo que se pone en contacto con él. Mas, cuan-

do el vírus deja de ser materia organizada, cuando cesa en él el estado de organizacion, cuando ha entrado en descomposicion, no es posible su contagio. Es el gérmen, el grano que encerrado en la campana neumática al vacío, durante siglos, no pierde su cualidad de materia organizada, y que sólo espera que se le ponga en contacto con su medium necesario, humedad y calor, para germinar y entrar en la vida de la organizacion vegetal.

Pero si esta semilla, procedente de una organizacion de su misma especie, en virtud de una accion cualquiera, entra en descomposicion, ó lo que es lo mismo, pierde su cualidad de materia organizada, inútil es que la pongamos en contacto con el húmus, porque no germinará jamás.

La sífilis es hereditaria, nadie se atreverá á negarlo, y no es humanamente posible concebir un microbio ni en el óvulo, ni en el espermatozoide.

Sigamos ahora nosotros demostrando que la concausa primera que entra como factor para determinar la fiebre amarilla, no

puede ser una enfermedad palúdica, ó una alteracion producida por un miasma.

Las fiebres palúdeas se contraen al rededor de un pantano; pero si introducimos en un buque cien indivíduos envenenados por el paludismo, ni los demás compañeros de viaje contraerán por esta razon fiebres intermitentes, ni en la ciudad á donde llegue la nave se desarrollará una epidemia de paludismo; todo lo que sucederá probablemente, que esos cien indivíduos encontrarán en esa poblacion la salud, si en esa poblacion no existen focos de paludismo.

Pero á bordo de un vapor que salió del puerto de la Habana sufrió de fiebre amarilla un solo indivíduo durante la travesía; llegó el vapor á Barcelona y los primeros que de la ciudad entran en él, contraen el mal; son trabajadores que habitan en el barrio de la Barceloneta, y el barrio de la Barceloneta es el primero invadido, para despues presentarse en los barrios más inmediatos.

Vemos, pues, que el miasma no es trasportable, es propio de la localidad; mientras

que el vírus lo llevan los individuos mismos á todas las localidades.

Cien indivíduos con una caquéxia palúdica, no determinarán un solo caso de fiebre intermitente; mientras que un solo atacado de fiebre amarilla, puede determinar una epidemia de vómito negro.

IV.

Otro de los errores que hemos venido sosteniendo por espacio de muchos años, es que la fiebre amarilla era peculiar de las *costas*, atribuyendo su causa á un miasma de las mismas ó á un foco marítimo; fundados en las apariencias, hasta llegamos á sostener que fuera de las costas no era posible la enfermedad.

Tan arraigada estaba en nosotros esa creencia, era tal la conviccion que teníamos de lo que acabamos de decir, que cuando hemos visto que el vómito negro se cebaba en los puntos de la Isla más lejanos de las costas, Puerto Príncipe y Santa Clara, nos hemos dado la explicacion de que el miasma marítimo había sido trasportado á esos lugares.

El miasma ó producto deletéreo que de fuera de la economía procede, ya hemos visto que no puede ser trasportado; sólo experimentan su perniciosa influencia los que lo hayan absorvido del foco productor, y no exceptúa esta ley á los miasmas de los focos marítimos ó de las costas.

Los que han estudiado la historia de la fiebre amarilla, habrán visto que en las mismas Antillas, excepto donde por vez primera se observó, y cuyo primer caso tiene su causa envuelta en el misterio, como envuelta en el misterio está la causa del primer caso de sífilis, del primer caso de viruelas, etc., en las mismas Antillas, decíamos, sólo ha aparecido el mal, cuando ha sido importado por un buque procedente de un lugar contagiado ó por un indivíduo atacado.

En Cuba, por más que nos afanemos en buscarla desde la época del descubrimiento, no hay dato ni siquiera indicio alguno que nos pueda hacer sospechar un solo caso ántes de 1761.

Y si ántes de 1761 vemos descritos ya

sus principales caracteres en las epidemias de la Isabela, de la Vega Real y Santo Domingo, en la isla de este nombre desde 1492 á 1503; si vemos detallados sus más culminantes síntomas en su aparicion durante la conquista de Puerto-Rico en 1508; en su primera invasion en la Guadalupe en 1635; en las Monserrat y Santa Cruz en 1640; en la San Vicente en 1647; en la San Cristóbal en 1648; en la Martinica en 1653; en Puerto de Paz en 1690; en Jamaica en 1691; en la Granada en 1694; en Sant Thomas en 1702; en Cabo Francés en 1705; en las Nieves en 1706 y en Curazao en 1750; si en todas esas apariciones anteriores á la de Cuba, que ya bajo diversos nombres de *mal de las Antillas, peste, golpe de barra, mal del marinero, mal del país ó de la estacion, mal de Siam, fiebre maligna pestilencial, fiebre amarilla*, etc., etc., se describen, como dejamos dicho, sus principales síntomas y caracteres; no parece lógico que hubieran dejado de consignarse tambien en Cuba, si ántes de 1761 hubiese sufrido esta Isla alguna invasion de fiebre amarilla,

y todo lo contrario sucede; desde esa fecha, no encontramos ni la más ligera sospecha, ni el más pequeño dato, ni la más sucinta descripcion de un solo caso de vómito negro.

Ahora bien, ántes de 1761 había en Cuba costas, focos marítimos, pantanos y miasmas, y ántes de 1761 no había en Cuba fiebre amarilla. ¿Cómo pensar en que esas entidades pueden ser su causa?

No hay focos marítimos, ni costas en Berlin, y la capital de Prusia ha sufrido una epidemia de fiebre amarilla. Se nos dirá que por eso no ha quedado allí estacionado; y en Puerto-Príncipe, y Santa Clara en esta Isla, donde hoy reina y ha tomado domicilio, ¿hay costas y focos marítimos? Si ántes no se conocía en el centro de las Villas y del Camagüey, era porque la falta de rápidas comunicaciones con los centros en donde existía el vírus no hacía posible el que este fuese trasportado de allí, por lo ménos en condiciones de organizacion para desarrollarse, y no puede decirse lo mismo del miasma, porque ya he-

mos visto que no es susceptible de ser trasportado.

En Santa Clara hace extragos hoy la fiebre amarilla; llevemos allí un millar de indivíduos atacados de fiebres palúdicas, y no hay peligro de que se desarrolle una epidemia de paludismo, ni que el paludismo se estacione allí; pero haced en la ciudad un pantano artificial, y la poblacion en masa se verá atacada por los miasmas de ese pantano.

Nosotros hemos ejercido durante tres años, desde 1864 á 1867, en una localidad donde el paludismo, con todas sus manifestaciones, reina constantemente, y en particular en los meses de Octubre á Diciembre. Cualquiera que conozca la parte de costa Norte de esta Isla, comprendida entre el paso de Nicolás Sanchez, hasta cerca la Isabela de Sagua, podrá decir si ha visto nada más pantanoso.

En esa costa hay una poblacion peninsular considerable, no sólo por la multitud de tiendas y ricos ingenios que en ella se encuentran, y cuyos empleados son todos

peninsulares, á excepcion de algunos extranjeros maquinistas de las fincas azucareras, sino que cuenta además con las poblaciones de Corralillo, Sierra Morena y Rancho Veloz, separadas del mar sólo por una inmensa faja pantanosa imposible de ser atravesada en el sentido de su latitud, á no ser por los caminos artificiales que conducen á los almacenes y embarcaderos de la Teja, el Salto, Ganuza, Sierra Morena y el Mallorquin; caminos que si llega uno á desviarse de ellos, paga con la vida desapareciendo en el desconocido fondo del pantano.

Durante esos cuatro años, ni nosotros, ni ninguno de los otros cuatro profesores que ejercían en dicha localidad, asistimos ni tuvimos noticias de que en ella hubiese habido jamás un solo caso de fiebre amarilla; pero en Marzo de 1880, es decir, diez y ocho años despues, un jóven procedente de Matánzas, llegó al Corralillo en el vapor *Caibarien* atacado de la fiebre, y trás de él se desarrolló una epidemia que ocasionó numerosas víctimas en los recien llegados.

Posteriormente ha desaparecido de dicha localidad el mal, á pesar de haber entrado en la misma nuevos indivíduos en condiciones de ser invadidos.

En Puerto-Príncipe, á veintidos leguas de ámbas costas, quizás y sin quizás la localidad más apartada del litoral marítimo de esta Isla, sucedió otro tanto. Allí era desconocida la fiebre amarilla; se establecen líneas de vapores á Nuevitas, y desde este puerto un ferro-carril á Puerto-Príncipe; un jóven procedente de la Habana llegó atacado á esa ciudad, y se desarrolla el vómito negro epidémicamente entre los recien llegados, y sufren de él hasta algunos de los que hacía años que se hallaban allí establecidos y que se consideraban aclimatados.

A diferencia de la cita anterior, la enfermedad ha quedado estacionada allí, merced á las rápidas comunicaciones que permiten la constante arribada de sugetos en disposicion de ser atacados.

En Holguin aconteció exactamente lo mismo; desconocida en dicha poblacion la fie-

bre amarilla, llegó por los años de 1854 ó 56 el Regimiento del Rey, con dos invadidos, que determinaron una epidemia, y la enfermedad tomó allí carta de naturaleza. (1)

Vemos, pues, que lo que sucede en las costas, sucede en el punto más interior de la Isla, y donde seguramente no sucedería así, sería en las alturas de la Sierra Maestra, puesto que hasta el dia no hemos visto que la fiebre amarilla tome cédula de domicilio en las zonas frias ni á más de 600 metros sobre el nivel del mar, porque el vírus pierde al poco tiempo en esas zonas y alturas, su cualidad de materia organizada.

Tenemos tal profunda conviccion de que las costas y sus pantanos, así como los miasmas de los pantanos terrestres, nada influyen en la fiebre amarilla, que cuando un respetable amigo nuestro, que ejerció en esta Isla uno de los más altos cargos, nos consultó si veíamos inconveniente, para la cuestion del vómito negro, la estancia de su familia

---

(1) En el Brasil, donde hoy se considera endémica la fiebre amarilla, era desconocida ántes del año 1836.

durante los meses de verano en el ingenio «Aurora», situado en la Teja, cuya familia la componían su señora, su hija y una doncella, recien llegadas del Norte de España, le contestamos que no lo creíamos prudente, por el paludismo que reina en aquella localidad; pero que por temor á la fiebre amarilla, no veíamos inconveniente alguno.

Nosotros conocíamos el ingenio «Aurora;» sabíamos que sus comunicaciones con las poblaciones donde reina la enfermedad son difíciles; que en aquella localidad no había fiebre amarilla, y poco nos importaba el saber que para llegar al batey de esa finca ha de atravesarse un manglar pantanoso cuyo límite dista de él ménos de cien metros.

La familia de aquel respetable amigo habitó durante tres veranos en el ingenio «Aurora» y tuvimos que pasar allí várias veces para asistirla de afecciones consecuentes al paludismo; pero toda ella regresó á la madre Pátria sin haber sufrido la fiebre amarilla.

Los pantanos marítimos y nó marítimos,

los miasmas de las costas y nó de las costas, no pueden ocasionar la fiebre amarilla.

El error ha consistido en que nosotros veíamos la fiebre amarilla en los puertos y nó en el interior de la Isla, y era porque en los puertos las comunicaciones se hacían constantes, y las embarcaciones ó los viajeros llevaban el vírus adonde había mayor número de individuos de las zonas frias ó templadas, cuya organizacion no había sido aún modificada, mientras que las comunicaciones con el interior de la Isla eran mucho más difíciles para ser trasportado el vírus en sus condiciones necesarias y había en él menor número de indivíduos en aptitud de modificar su organismo.

Hoy que las vias férreas han acortado las distancias, que el movimiento de pasajeros con las poblaciones del interior es diario y considerable, en Puerto Príncipe, en Santa Clara, en Colon, á donde quiera que llega el ferro-carril, vemos relativamente al número de habitantes, tantos casos de vómito negro como en la Habana.

Destinados en 1869 á prestar nuestra asistencia médica al batallon Cazadores de Aragon que guarnecía la zona de las Minas, punto céntrico de la línea férrea entre Nuevitas y Puerto Príncipe, nos incorporamos á él á la sazon que sufría de una verdadera epidemia de fiebre amarilla, que ya había causado numerosas víctimas entre sus oficiales y clases de tropa. Mientras permanecimos en las Minas, durante dos años, nunca faltó fiebre amarilla en la guarnicion; pero cuando pasamos á la pantanosa bahía de la Guanaja, donde las comunicaciones eran casi nulas, no asistimos allí un solo caso, y no por falta de candidatos, como diría un respetable compañero nuestro que siempre recordamos con amor, porque en la Guanaja vinieron precisamente al batallon numerosos reemplazos, recien llegados de la Península, y ninguno, absolutamente ninguno, mientras permanecimos allí, sufrió del vómito negro.

En las Minas, pueblo del interior, pero en constante comunicacion con la Habana y Puerto Príncipe, nunca faltó fiebre amarilla;

en la Guanaja, puerto situado en la costa pantanosa de una más pantanosa bahía, no asistimos un solo caso. Vemos, pues, la ninguna importancia que deben merecernos los miasmas de las costas, tratándose de vómito negro.

En el verano de 1882 asistíamos en Marianao de fiebre amarilla á una respetable señora, y próxima á su convalecencia, uno de sus criados tuvo que entrar en el aposento donde ella estaba; al siguiente dia, éste se sintió atacado del mal; dos dias despues de este suceso y ya levantada nuestra enferma, se concedió á dos jóvenes familiares que pasasen á saludarla; estarían como una hora en su compañía, y al siguiente dia ámbos fueron invadidos casi al mismo tiempo; para concluir, todos los que en aquella casa se hallaban en condiciones de poder contraer la fiebre amarilla, en número de once, fueron invadidos unos tras de otros, al propio tiempo que, segun manifestacion de un respetable compañero nuestro de la localidad, lo fueron tambien dos peninsulares dependientes de unas tiendas vecinas.

Durante esa pequeña epidemia, un señor amigo nuestro, vecino de los Quemados de Marianao, venía diariamente á visitar á los enfermos, y á los dos ó tres dias fué invadida su jóven esposa recien llegada de la Península.

Estos hechos, que para nosotros nada tienen de extraordinario, puesto que estamos acostumbrados diariamente á ver que dado un caso de vómito negro en un indivíduo, lo contraen generalmente tras de él cuantos en su domicilio no lo han sufrido, prueban, sin embargo, que el miasma marítimo no interviene en la determinacion del mal, y que, á semejanza de lo que sucede en las epidemias de viruela, fiebre tifoidea y en todas las enmedades virulentas, los atacados de fiebre amarilla, cuyo organismo se halla en condiciones de contraerla, han sido contagiados por el vírus de otros atacados.

Todavía podríamos aducir algunas razones más en defensa de que ni los miasmas de las costas ni los terrestres, pueden intervenir en la fiebre amarilla; pero el temor de

ser cansados nos hace renunciar á ello, concretándonos, para terminar este capítulo, á presentar algunos hechos más, en prueba de que la separacion ó alejamiento de los atacados, influye poderosamente para no contraerla, lo cual excluye la idea del miasma.

Tenemos en nuestro poder un dato oficial digno de llamar la atencion.

En el monasterio de las Ursulinas, el más reducido de los de la Habana, han ingresado, desde su fundacion, diez y ocho religiosas procedentes de la Península, Francia é Irlanda, y ninguna ha padecido de fiebre amarilla.

En el de Santa Clara ingresaron en 1856 dos religiosas en condiciones de poder padecer la fiebre amarilla, y doce en Junio de 1858: en Julio de ese último año, una de ellas fué invadida benignamente, y consecutivamente otras dos tambien con carácter benigno.

En el de Santa Catalina sólo un caso benigno entre veinte religiosas en condiciociones de contraerlo.

En el de Santa Teresa han ingresado once religiosas en aquellas condiciones, de las

cuales una, procedente de Guatemala, falleció de la fiebre amarilla; pero ya entró en el convento con la enfermedad.

Estos datos, con otros que pudiéramos citar, como el de un señor Teniente Coronel de Estado Mayor que durante dos veranos no dejó salir á su familia, compuesta de cuatro personas, del pabellon que ocupaba en la Casa de las Viudas, y ninguna tuvo el más ligero movimiento febril; el de un Capitan que siguiendo tambien nuestros consejos, mantuvo la suya durante un verano sin salir de la batería de la Reina, que como sabemos está rodeada por el mar, y otros varios que reunidos no pueden tomarse como una mera casualidad, demuestran que ningun miasma, ni terrestre ni marítimo, interviene en la determinacion de la fiebre amarilla, y sí únicamente la condicion especial del indivíduo, en primer término, y en segundo lugar un vírus, hasta hoy desconocido, emanado de otro enfermo de fiebre amarilla, cuyo vírus, como todos, puede permanecer en estado de materia organizada por un espacio de tiempo y que

necesita ponerse en contacto con la organizacion de un indivíduo que proceda precisamente de climas frios ó templados para determinar el vómito negro.

Pero, como hemos ya indicado, es tan raro, tan anómalo lo que viene sucediendo entre nosotros, tratándose de fiebre amarilla, que hemos llegado al caso de aceptar siempre lo que precisamente debíamos rechazar.

No encontramos en la naturaleza ningun agente, sea del órden que fuere, que no produzca iguales efectos en los indivíduos de todas las zonas y razas; y convencidos de que la fiebre amarilla ataca solamente á los procedentes de las zonas glaciales y templadas, lo que prueba que la razon capital existe en el indivíduo, ántes de averiguar esta razon, nos vamos á buscarla en un agente exterior.

Vemos que los miasmas, tal como entendemos el miasma, no son susceptibles de ser trasportados, y queremos que lo sea el de la fiebre amarilla.

Sabemos que ántes de 1761 no había fiebre amarilla en Cuba, y queremos que las

costas ó sus miasmas sean hoy la causa de aquella.

Sostenemos que el efecto es la consecuencia de la causa, y en fiebre amarilla queremos lo contrario: que la consecuencia de una alteracion, sea la causa de esa misma alteracion.

Encontramos ciertos puntos innegables de contacto entre las afecciones virulentas y la fiebre amarilla, y colocamos á ésta en el cuadro de las enfermedades miasmáticas.

Teniendo un dato verdadero de donde partir, queremos siempre partir de una hipótesis; en donde está una verdad, la rechazamos para aceptar un error.

Pero, se nos preguntará: ¿cuál es la diferencia que hay entre un indivíduo de la zona tórrida y de las otras zonas, que dé por consecuencia la inmunidad de la fiebre amarilla?

Eso es precisamente lo que se debe estudiar, y á los talentos superiores está reservada la respuesta.

Nuestro objeto se reduce solamente á indicar, que la marcha seguida por nosotros

hasta el dia, no es la que ha de conducirnos al feliz y ansiado término de la jornada, y señalar á la vez la verdadera senda por la cual debemos dar nuestros primeros pasos.

Si seguimos como hasta hoy, dia vendrá en que agotadas nuestras fuerzas, cundirá el desaliento en nuestras filas; nuestro implacable enemigo seguirá cebándose en sus víctimas, y Cuba, la más rica de nuestras provincias, la tierra más hermosa que vieron los ojos del inmortal Genovés, con todo su eterno verdor, con toda su física belleza, seguirá condenada á presenciar eternamente esas tremendas hecatombes en las que anualmente se sacrifica la flor de la juventud española, y los tiernos corazones de nuestras madres.

PROFILAXIS.

I

El problema de la causa de la fiebre amarilla no está aún resuelto, y permanecer en la inaccion esperando su resultado, sería un crímen de lesa Humanidad.

No se puede ciertamente dudar, que el conocimiento de la causa es lo que más directamente puede conducirnos á evitar ó contrarestar sus efectos; pero incuestionable es tambien, que sin conocer la causa, podemos evitar sus efectos, ó aprovecharnos de esos mismos efectos para venir en conocimiento de la causa, ó bien para oponernos á la destructora accion de la misma.

No conocemos la causa de la electricidad,

y sin embargo, Franklin supo oponerse á la más terrible de sus manifestaciones, aprisionando el rayo en un simple hilo metálico.

Nada sabemos de la causa del movimiento de los astros, y Leverrier nos indica la órbita del desconocido planeta Neptuno, que al poco tiempo había de contemplar por vez primera el doctor Gall de Berlin.

Ignoramos la causa del calor, y Fulton lanza á través del Atlántico la primera nave que, sin vela alguna, iba á contrarestar á los contrarios vientos, salvando las distancias de una manera vertiginosa.

No habría, en una palabra, ni ciencia ni progreso, si el Génio hubiese consumido sus talentos en buscar las causas de los efectos de que ha sabido aprovecharse, para realizar tanto portento, tanto prodigio, tanto milagro conque se envanece el Género Humano.

¡Pobres de nosotros y pobre humanidad, si no evitásemos ó curásemos más enfermedades que las de causa conocida!

No es de extrañar, pues, que apesar del afan que tenemos para averiguar la primera

razon del tífus icterodes, trabajemos tambien y trabajemos con un interés indecible, en buscar los medios de evitarlo, haciendo abstraccion de la causa.

Pero si errados anduvimos en buscar la causa del vómito negro, errores tambien, y no pocos, hemos cometido al tratar de sus profiláxis.

II.

Se ha dicho por algunos autores, que en los lugares pantanosos cargados de miasmas, el rocío se corrompe, así como tambien, que el agua destilada pura, se enturbia y exhala un olor desagradable dentro de un anfiteatro de diseccion. Estos dichos, que lo primero que en ellos falta es la certeza, serían probablemente la razon de que se presentase como medio de evitar la fiebre amarilla, la inoculacion con el líquido obtenido por la condensacion de los vapores en la superficie exterior de unas botellas llenas de agua caliente, y colocadas en el aposento de un enfermo de fiebre amarilla grave. Los resultados de este proceder, que impropiamente se llamó *inoculacion por el rocío*, fueron negativos.

Se ha ensayado tambien infructuosamente la inoculacion del agua de mar sola, y mezclada con agua dulce, en la que se habían puesto á macerar pescados en estado de putrefaccion.

Ningun resultado satisfactorio se obtuvo tampoco con la inoculacion del hígado de carnero putrefacto é impregnado del vírus que podía depositar en él una serpiente de Méjico, obligada á morderlo repetidas veces.

Y hemos visto inocular, por fin, todos los productos de los enfermos de fiebre amarilla, incluso el mismo vómito de borra, sin que por ello hayamos podido conseguir otra ventaja, que la corroboracion de que la fiebre amarilla no es inoculable.

III.

Enumerar la inmensa multitud de medicamentos y remedios de todas clases que se han intentado para prevenir el vómito negro, sería traspasar los límites de nuestro propósito, y perder el tiempo en valde, porque no conocemos ninguno que nos haya proporcionado la más insignificante utilidad.

IV.

Donde nos detendrémos algun tanto, es en lo relativo á la aclimatacion, porque, tal como nosotros la entendemos, es lo único que nos inspira confianza para hallar algun dia, quizás no lejano, el medio preservativo de la fiebre amarilla.

Séanos permitido, ántes de exponer nuestras ideas sobre este particular, decir algo de lo más importante que acerca de él ya se ha propuesto.

La observacion práctica de que la fiebre amarilla no es obstáculo para aclimatarse en Cuba el hijo de la zona tórrida; que para el natural del archipiélago Canario ese obstáculo es menor que para el español del mediodía de la Península, y en una palabra, que la pro-

babilidad de contraer y sucumbir del vómito negro está en *razon directa del mayor frio del lugar en que ha nacido el inmigrante*, ha dado márgen á que se haya propuesto una aclimatacion gradual para los que han de venir á establecerse en esta Isla; esto es, que el europeo, por ejemplo, fijase primeramente su residencia en las Islas Canarias; que despues de pasar en esas Islas, uno, dos ó más años, se trasladase á Puerto-Rico ú otra Antilla en que no reine la enfermedad, por otro período igual de tiempo, y por último, que viniese á Cuba. Este sistema de aclimatacion, áun en el supuesto que diese los mejores resultados, sería, sin embargo, impracticable, porque ni al inmigrante que viene en busca de una fortuna, ni al viajero que tuviese que tocar en estas costas, les sería posible aceptarlo; y en cuanto á nuestros empleados y soldados, extinguirían el tiempo obligatorio de sus servicios en las escalas de aclimatacion, ántes de llegar á Cuba.

Tambien se ha propuesto la aclimatacion gradual dentro de este mismo territorio, man-

dando al recien llegado á un lugar del campo donde no haya vómito negro, y despues de un tiempo determinado, traerlo á los centros ó localidades donde el mal tenga carta de vecindad.

Este medio, áun cuando pudiese proporcionar algunas ventajas al recien llegado, siempre que el lugar destinado para su aclimatacion no fuese de aquellos que por su altura se opusiese á ella, es tan impracticable como el primero. Puede, empero, aceptarse para las familias de los empleados, y para todos los indivíduos que tengan que permanecer en esta Isla por un tiempo dado, y que su presencia en los lugares contagiados no sea necesaria durante los meses de Mayo á Octubre inclusive.

Deberíamos ocuparnos aquí de las medidas profilácticas que se han llevado á cabo ó propuesto para la aclimatacion de nuestro ejército; pero el deber de médicos militares nos obliga á tratar este asunto con alguna mayor extension, y lo harémos en lugar separado, con tanta mayor razon, cuanto que tenemos un

convencimiento profundo que la cuestion de evitar á nuestros soldados el vómito negro, en circunstancias normales y dada la organizacion militar de esta Isla, está favorablemente resuelta, siempre que se pongan en práctica las medidas que para el caso propondrémos.

Poco que valga, ó nada más, se ha propuesto en materia de aclimatacion; sin embargo, vamos á tocar un punto sobre el cual nos ha parecido conveniente fijarnos, y cuya trascendencia es, en nuestro concepto, de la mayor importancia.

Queremos hablar de la costumbre ó precaucion de embarcar los europeos en los meses de otoño para llegar á Cuba durante la estacion del invierno, costumbre que, cuando ménos, es completamente inútil, porque una triste experiencia nos enseña que la fiebre amarilla se ceba en ellos en el verano próximo á su llegada.

Nosotros estamos inclinados á creer que esa costumbre, no solamente es inútil, sino que sobre ser inútil, es perjudicial. Inte-

resados siempre en cuanto pueda darnos alguna luz sobre la fiebre amarilla, hemos tenido un especial cuidado en preguntar todos los antecedentes y circunstancias de los atacados, y tambien las de aquellos que no la han padecido, y han venido á llamar nuestra atencion dos cosas: la primera, que los indivíduos *aguados* en absoluto, no sufren, con rarísimas excepciones, la enfermedad; y segunda, que los llegados en la primavera ó principios del verano, si son atacados por ella, la sufren, por regla general, en su forma leve.

Quisiéramos para la corroboracion de estos hechos, que todos nuestros compañeros nos ayudasen con sus indagaciones, sin fijarse para ello en los casos de sugetos que han fallecido del vómito negro en el segundo ó tercer verano de su residencia en esta Isla, toda vez que estos casos son la excepcion, y que es lo cierto que nuestras particulares observaciones, que no pueden ménos que ser las de todos, demuestran que por cada un verano que pasa, disminuye la probabilidad de que el europeo sea atacado por aquella enfermedad,

y aun más, el que sucumba á consecuencia de la misma.

Queriendo darnos la explicacion del hecho observado por nosotros, de ser ménos peligroso embarcar en Europa en la primavera que en el otoño, hemos encontrado una que podrá no satisfacer cumplidamente á algunos, pero que no deja de ser una razon.

Como verémos despues, los nacidos en las zonas templadas y frias, tienen todas las necesarias condiciones para vivir en ellas; y para poder adaptarse á vivir en un clima tórrido, no pueden conseguirlo sino á costa de profundas modificaciones en su organismo. Cuando el europeo está en Cuba aclimatado, ó sea cuando su organismo está en condiciones iguales al hombre de la zona tórrida, ya no puede temer á la fiebre amarilla; de modo que la fiebre amarilla le sorprende en medio del trastorno que sufre su economía, cuando vá modificándose para hacer su existencia compatible en medio de las condiciones del nuevo clima en que ha pasado á vivir.

Si esas modificaciones se hacen de una

manera lenta y gradual, el trastorno en esa economía es de poca importancia; pero si esas modificaciones se hacen de una manera brusca, el trastorno es más profundo. En el primer caso, si le sorprende el vómito negro, le ataca benignamente; en el segundo, le invade en su mayor grado de intensidad.

En los paises frios y templados se observan marcadamente las cuatro estaciones de primavera, otoño, estío é invierno. Si de una temperatura de 32° centígrados se pasara de un modo súbito, á cero grado, ó viceversa, la economía no podría sufrir esa rápida transicion; pero la naturaleza, siempre previsora, ha puesto al otoño entre el estío y el invierno, y la primavera entre el frio y el calor.

La primavera es la estacion que paulatinamente vá imprimiendo modificaciones en nuestra economía, para que sin graves trastornos pueda entrar en la estacion de los calores, mientras que el otoño la prepara para que pueda resistir los frios del invierno; la primavera y el otoño, pues, accionan de

una manera diametralmente opuesta en nuestra economía.

En Cuba no sucede así; el calor en ella es tan constante como el verdor de su campiña, y si es cierto que durante su invierno disminuye aquel de intensidad, nunca tanto, con rarísimas excepciones, que pudiésemos igualar el invierno de Cuba con la primavera ó el otoño de los paises templados, y podemos añadir, sin temor de equivocarnos, que en gran número de localidades de esos paises, hay menos grados de calor durante el estío, que en Cuba durante su corta estacion de invierno.

Ahora bien, si tenemos un organismo que ha venido preparándose gradualmente para sufrir el estío, es bien claro que al llegar á él podrá resistirlo sin graves inconvenientes; y como quiera que durante el calor se agotan las fuerzas y la debilidad aumenta, y si tras de ese estío viene un invierno que mejor pudiéramos llamar un verano un poco ménos caluroso y siempre insuficiente para que la economía pueda recuperar su fuerzas perdi-

das, resultará aclimatado ese organismo, ó sea en condiciones más cercanas á los de la zona tórrida; y de ahí la razon que la mayoría de los que embarcan en la primavera y llegan á Cuba á fines de ella ó á principios del verano, ó no sufren la fiebre amarilla, ó si la padecen es en su forma leve.

Por lo contrario, si un organismo que está preparándose para resistir el frio, es bruscamente trasportado á un calor de intensidad mediana, tiene naturalmente que experimentar algun trastorno; y como ese calor sea insuficiente á debilitarlo y agotar sus fuerzas, ó lo que es lo mismo á aclimatarlo, resulta que así que llega un calor de más fuerza, es más profundo el trastorno en ese organismo, trastorno en medio del cual se desarrolla la fiebre amarilla en su mayor grado de crueldad.

Si no tuviésemos otro ejemplo, nos bastaría el del número de víctimas que en el verano próximo pasado ha causado el vómito negro entre nuestros soldados que embarcaron en la Península durante los meses del otoño.

Lo repetimos: desearíamos que nuestros compañeros observasen el hecho que citamos, porque son tantos los casos que conocemos de individuos llegados al fin de la primavera ó principios del verano, que no han sufrido la fiebre amarilla, ó han sido invadidos en la forma leve, que hemos llegado hasta á sospechar si en parte pudiera esto conducirnos á descubrir el secreto de evitarla.

V.

Sólo de la aclimatacion, dijimos ántes, y de la aclimatacion, tal cual nosotros la concebimos, podemos esperar, en un dia no lejano, el poder encontrar un medio preservativo contra la fiebre amarilla.

Aquella facultad que tienen los séres organizados de adaptarse, hasta ciertos límites, en un clima distinto de aquel en el cual han nacido, es la definicion que hemos encontrado más apropiada de la *aclimatacion.*

La aclimatacion más cálida, segun está comprobado, ofrece ménos dificultades que la aclimatacion más fria, y la facultad de aclimatarse está en razon directa de la mayor perfeccion del sér.

Los vegetales son los que ofrecen mayor

dificultad para la aclimatacion, toda vez que en una gran mayoría, sólo puede efectuarse por medios artificiales; y miéntras que un inmenso número de ellos, de las zonas templadas y frias, viven y se propagan en la zona tórrida, los de esta zona sólo se conocen en las frias y templadas dentro de los invernaderos, en los que se conserva el calor por medio de estufas durante los meses del invierno.

A los vegetales siguen los animales irracionales; pero al paso tambien que gran número de especies de las zonas templadas y frias viven y se reproducen en la zona tórrida, de esta zona son tan contados los que se reproducen en aquellas, que desde el descubrimiento de América sólo conocemos tres especies: el pavo, un pato y el curiel, conocido por conejo ó puerco de Indias.

A los animales irracionales sigue el hombre, del que se ha dicho de una manera absoluta que es *cosmopolita*, circunstancia que no puede aceptarse sino de un modo relativo; la especie humana no queda excluida tampoco de la ley que hemos indicado, pues el hombre

de la zona polar y templada se adapta fácilmente á vivir en los paises cálidos, miéntras que el de estos paises no puede, sin graves dificultades, aclimatarse en las zonas frias, aunque el blanco de la zona tórrida se aclimata con ménos dificultad en los paises frios, que el etiope, del cual puede decirse, que su existencia en ellos es casi un imposible.

Si en todos los climas no pueden adaptarse todas las razas humanas, el cosmopolitismo del hombre no puede ser sino relativo, y con tanta mayor razon, cuanto que áun los que gozan del privilegio de aclimatarse, no pueden conseguirlo sino á costa de profundas modificaciones en su organismo.

Hay además lugares tan refractarios á la aclimatacion, que únicamente sus naturales pueden existir en ellos; sólo el esquinal puede vivir en las cercanías del Polo; las orillas del Nilo sólo pueden ser habitadas por el felaht; el natural de Fernando Poo puede sólo existir en nuestra colonia del Golfo de Guinea.

El conocimiento de la dificultad que ciertas localidades presentan para la aclimata-

cion, data de la más remota antigüedad, y no tenemos más que hojear la historia para convencernos que, desde los primeros tiempos, ese conocimiento ha servido de gran recurso á los tiranos.

La naturaleza que, siempre sábia, previsora y conservadora siempre, ha organizado á todos los séres para el elemento y zona en que han de vivir; que ha provisto al pez de un aparato respiratorio compatible con las profundidades del mar, y otro al condor que ha de respirar en las elevadas cúspides de los Andes; que ha colocado al oso blanco entre los hielos polares, y al camello en las orillas del desierto, ha dado tambien al hombre una organizacion apropiada al clima en que ha nacido.

Fijémonos en la raza blanca: el hombre del Norte es de estatura alta, pecho voluminoso, piel blanca, cabellos rubios, ojos azules, y de una constitucion sanguínea, resultante de su gran actividad en la respiracion y asimilacion; el de más al norte de la zona templada, es tambien de elevada estatura, ancha frente, piel blanca, cabellos rubios y ojos azu-

les, de temperamento sanguíneo, de plétora primaveral, con sangre rica y oxigenada, y con enérgicas facultades digestivas. El del centro de la zona participa algun tanto de esos caracteres, pero su piel es ménos blanca; sus cabellos, por lo general, son castaños, sus ojos pardos y su talla ménos elevada. Y los del Sur de la zona se distinguen de los anteriores, por su estatura baja, músculos vigorosos, color moreno, ojos negros ó pardos, y cabellos castaños ó negros. Por fin, el hijo de la zona tórrida es de estatura baja; el color que presenta su piel es un moreno amarillento; sus cabellos son negros como sus ojos; sus músculos débiles; anémico, demacrado, de un desarrollo precoz que presto se detiene, y de un temperamento bilioso ó nervioso, ó bien nervioso y bilioso á la vez.

Y esas notables diferencias que no hacemos más que apuntar, que han dado lugar á que se diga, y se diga con verdad, que *el hombre es la expresion del suelo en que vive*, tienen indudablemente su razon de ser; por algo existen; son, hasta cierto punto, necesidades

orgánicas, para hacer compatible la existencia del indivíduo, en medio de las circunstancias que le rodean en el lugar en que ha nacido.

La solicitud de la naturaleza no se ha detenido aquí para atender á las necesidades de nuestra economía; así es, que siendo la robustez necesaria al indivíduo de los paises frios, ella le rodea y le suministra pródigamente todo cuanto puede tonificarle; el frio y todas las circunstancias climatológicas contribuyen á ese fin; su instinto, por otro lado, le hace apetecer los alimentos más nutritivos y los estimulantes más enérgicos; las carnes casi crudas y las féculas son sus manjares favoritos, y las sustancias feculentas con los animales cuya carne come, se encuentran en esos paises abundantemente, así como los fuertes pastos que han de nutrir á esos animales.

En las zonas templadas, las circunstancias climatológicas ya son ménos tónicas, y la alimentacion que el instinto hace apetecible á sus indivíduos es una alimentacion

mixta; abundan en ellas la caza, la pesca y los mamíferos, así como diferentes clases de cereales, hortalizas y frutas.

En la zona tórrida, por último, donde para la vida es una necesidad indispensable la debilidad, todo tiende á debilitar al indivíduo; el calor con todas las circunstancias del clima, y la variedad de su exhuberante vegetacion, indica ya que los vegetales son los alimentos que más apetecen sus naturales. En efecto, las frutas acuoso-sacarinas y acidulo-sacarinas, el arroz, la gramínea ménos azoada y otras plantas ó viandas, tambien de escasos principios azoados, se reproducen con profusion en los climas cálidos, mientras que los mamíferos son en ellos débiles y de poca estatura, y las aves, por regla general, insectívoras.

Y si el hombre está organizado, por decirlo así, para vivir en el clima en que nace, y la naturaleza le rodea de todos los elementos necesarios que están en armonía con las necesidades de su economía, es consecuencia precisa que para adaptarse á otro clima dis-

tinto, su organismo tendrá que sufrir modificaciones; modificaciones que serán tanto más profundas, cuanto que la localidad en que quiera aclimatarse, se separe más de las condiciones del lugar en que ha nacido.

Hemos leido que el español, el italiano y el francés del mediodía, son los más apropósito, no sólo para resistir los paises cálidos, sino tambien las localidades frias; y la razon la entendemos nosotros, porque viven equidistantes de ámbos paises, y su organismo ha de sufrir modificaciones ménos profundas que el habitante de las zonas extremas; el organismo de un inglés, para adaptarse al clima de Cuba, ha de sufrir más profundas modificaciones que el de un español peninsular, al paso que éste tendrá que sufrir ménos modificaciones que un cubano para aclimatarse en Inglaterra.

El principal y más terrible inconveniente que ofrece Cuba á los de las zonas frias y templadas durante el período de su aclimatacion, es la fiebre amarilla.

Como ya hemos visto, el privilegio de la

inmunidad no es un privilegio otorgado solamente al hijo de los lugares donde aquella impera, sino que tambien gozan de él todos los nacidos entre ámbos trópicos, blancos y negros, amarillos y cobrizos.

Esto nos indujo á considerar, y permítasenos repetirlo, que en el indivíduo existía su primera causa. Se nos dirá que toda vez que admitimos un vírus que contribuye á su desarrollo, ¿porqué no aceptamos ese vírus como la primera causa de la enfermedad? La razon es bien clara: si todos los otros vírus conocidos atacan á los sugetos de todas las razas humanas, y de todos los climas, no es de extrañar que á la enfermedad que determinan se le reconozca como primera y única causa la accion de esos vírus; pero si un vírus dado no ataca más que á sugetos de una latitud determinada, ántes que la razon del vírus, existe la razon de aptitud del indivíduo para desarrollarse el mal.

Tenemos innumerables gérmenes que en todos y en cualquier terreno se desarrollan, y uno solo que no germina más que en un te-

rreno determinado; lo primero que necesitamos para que este último pueda verificar su evolucion, es la condicion del terreno, condicion que no necesitan los primeros, porque en cualquier terreno se desarrollan.

Si por medios, áun cuando fuesen artificiales, lográsemos dar al determinado terreno en que es capaz de desarrollarse el gérmen, las condiciones de aquellos en que no puede germinar, es indudable que de este modo evitaríamos la aparicion de la perniciosa yerba, resultado de la evolucion de aquella semilla.

Para evitar la fiebre amarilla, la cuestion principal es tambien la del terreno; hay que estudiar para ello las condiciones de los indivíduos de las zonas templadas y glaciales, y se deben estudiar tambien profundamente, las circunstancias del hombre de la zona tórrida; y si con los recursos de la higiene ó por los medios de la terapéutica, lográsemos poner á los primeros en las condiciones del segundo, evitaríamos indisputablemente la enfermedad.

Para ello hay que fijarse en la manera como procede la naturaleza á fin de imitarla.

Hemos visto ya que en los caracteres del indivíduo de la zona tórrida, predomina la debilidad; vemos, además, que todas las circunstancias que le rodean, el calor, los alimentos, todas contribuyen á debilitarle; y verémos tambien ahora, cómo las tendencias de la naturaleza en la aclimatacion de los europeos, van encaminadas á debilitarles.

En efecto; la naturaleza que, como hemos dicho, dota al hombre de todas las condiciones necesarias para ser compatible su existencia, en medio de las circunstancias que le rodean, en el lugar de su nacimiento, así tambien, cuando el indivíduo es trasportado á climas distintos de aquel en que ha nacido, se encarga de modificar gradualmente su organismo, hasta ponerle en condiciones de hacer tambien compatible su existencia en el nuevo clima en que ha pasado á vivir.

El jóven europeo que pisa por vez primera las playas de Cuba, llega á ellas contento, alegre, con deseos vivos de trabajar,

capaz de arrostrar cualquier empresa, con una gran actividad muscular, con su piel blanca, rosadas mejillas, brindando, como vulgarmente se dice, alegría, fuerza y salud por todas partes. Observemos despues como vá modificándose su organismo; su semblante vá perdiendo la alegría; su respiracion se hace más incompleta por disminuir la exhalacion de ácido carbónico; su piel constantemente traspira, y esa traspiracion aumenta de un modo considerable con el movimiento muscular; sus fuerzas se debilitan; pierde por grados la aptitud para el trabajo; sus digestiones ántes activas, se hacen perezosas; su piel vá palideciendo; al carmin de sus mejillas, le sustituye un color amarillento; la anemia se pronuncia en él, y así, paulatinamente, entra en las condiciones más cercanas al hijo de Cuba: llega á las condiciones del aclimatado.

Si durante ese periodo de aclimatacion, que dura, por término medio, de diez y ocho á veinticuatro meses en la generalidad de los europeos, no ha sido invadido por la fiebre amarilla, puede tener la seguridad de no pa-

decerla; y si por excepcion, como acontece algunas veces, el término de su aclimatacion se prolonga algun tiempo más, queda, por ese tiempo más, expuesto á contraer la enfermedad.

De lo dicho resulta, que para la existencia del indivíduo en Cuba, como en los demás lugares tórridos, la mayor fortaleza es la debilidad; y concretándonos á la fiebre amarilla, podemos añadir que, la facilidad de contraerla y sucumbir de ella, está en razon inversa de la mayor debilidad del individuo que esté en condiciones de ser invadido.

Las estadísticas nos demuestran, que los ancianos rara vez son atacados por la fiebre amarilla; que los sujetos de constitucion débil, lo son ménos que los de constitucion robusta; que los adultos la padecen más que los niños, las mujeres ménos que los hombres, y que en la edad que se observa mayor número de casos graves, es la comprendida entre los diez y ocho y cincuenta y ocho años.

El único medio, pues, de evitar la fiebre amarilla, y hácia el cual debemos dirijir to-

dos nuestros esfuerzos, consiste en ver la manera de poner al indivíduo que venga ó haya de venir á Cuba, en circunstancias de poder contraerla en las condiciones más cercanas posibles á las del nacido entre ámbos trópicos, condiciones entre las cuales ha llamado nuestra atencion la debilidad.

Pero, ¿qué medios deben emplearse para ello? Es respuesta que tambien reservamos á los talentos superiores; sin embargo, nos proponemos al fin de este trabajo consignar un conjunto de preceptos de higiene pública, convencidos de que su observancia desterrará la fiebre amarilla de Cuba; y con el temor de que tarden en cumplirse, darémos tambien algunos para los inmigrantes, basados en las creencias expuestas, y que si no les evitarán en absoluto del vómito negro, estamos seguros, que por o ménos, les pondrán en condiciones mejores de defensa el dia en que les ataque tan terrible enemigo.

Demostrado en el capítulo Etiología que en el indivíduo mismo existe la primera razon del tífus icterodes, en la profiláxis debíamos

necesariamente encontrar el corolario de aquella demostracion; y así como ántes nos contentamos con decir que para hallar la causa de la fiebre amarilla, se hacía necesario buscar la diferencia que fisiológicamente existía entre un organismo de las zonas templadas y frias y un organismo de la zona tórrida, ó bien determinar las modificaciones experimentadas por un organismo que hubiese sufrido la enfermedad, igualmente nos contentamos con añadir ahora que, para prevenir el vómito negro, es indispensable *tratar de poner en las condiciones más cercanas del hombre de la zona tórrida al habitante de la zona templada ó glacial.*

DIAGNOSTICO.

I.

No siendo nuestro propósito el escribir un tratado completo, ni siquiera una monografía de la fiebre amarilla, y circunscritos solamente á exponer leal y francamente las creencias que sobre esa enfermedad abrigamos, y que no estén de acuerdo con las que han venido sosteniéndose hasta el dia, nada nos correspondería decir de su *diagnóstico*, que con tanta exactitud vemos descrito en las obras de un gran número de autoridades médicas. Mas como quiera que la fiebre amarilla y la *biliosa grave de los países cálidos* han sido confundidas hasta el extremo de sostenerse, por algunos notables talentos, que

ámbas constituyen una sola entidad morbosa, nos vemos precisados á presentar las culminantes diferencias que existen entre una y otra.

Para los que ejercemos en localidades donde la fiebre amarilla reina, su diagnóstico no ofrece la menor dificultad, la conocemos al primer golpe de vista; para ello nos basta una ligera inspeccion en la *facies* del enfermo, *facies* tan característica como la *cardiaca*, en los que sufren de lesiones profundas del corazon.

En efecto, ¿quién de nosotros, al ver un enfermo que presenta la cara congestionada, de un color rojo oscuro, acaobado; los pabellones de las orejas dirigidos hácia adelante, congestionados tambien, con el mismo color de caoba; los ojos completamente inyectados de sangre, vidriosos, de un brillo *sui géneris*, que una vez observado no es posible olvidar jamás, y el semblante que expresa la desconfianza y muchas veces el espanto, no conocerá *á priori* que se trata de un ataque de vómito negro? Es más aún, en la inmensa

mayoría de las veces, le será suficiente esa breve inspeccion, para determinar si es la forma leve ó la grave la que está llamado á combatir. Sin embargo, para convencernos de la profunda sima que separa la fiebre amarilla de la biliosa grave, necesitamos relatar á grandes rasgos los caractéres principales que ofrecen durante su curso esas dos terribles dolencias, con tanta más razon, cuanto que, de no distinguirlas oportunamente, se juega con ello la vida del enfermo.

Empecemos por la primera.

La fiebre amarilla invade al indivíduo no aclimatado, procedente de las zonas polares y templadas por una sola vez, y cuando ménos lo espera, de una manera brusca, súbita, como herido por un rayo.

La invasion, que generalmente es por la tarde, se inicia por un escalofrío ligero, que no vuelve á sentirse durante todo el curso de la enfermedad.

Al escalofrío sigue la cefalálgia supra-orbitaria, los dolores musculares, que principalmente se manifiestan en las extremidades

inferiores, el dolor de cintura, y algunas veces un dolor á la presion sobre el estómago.

Ya hemos hablado del color rojo acaobado de la piel, que ha dado orígen á que la fiebre amarilla se conozca tambien con el nombre de *fiebre roja*, de la inyeccion y brillo especial de los ojos, y de la fisonomía expresando la desconfianza, el espanto y algunas veces el terror.

La lengua se presenta unas veces saburral y otras como desprovista del epitelio, y dividida por una faja acaobada.

Las encías están limitadas, en su borde dentario, por una línea roja, en la que algunos han pretendido ver el carácter distintivo de la enfermedad.

Y por fin, una fiebre que ha de ser contínua, de un solo paroxismo, sin exacerbaciones, remitencias ni intermitencias, hasta su completa cesacion.

Tal es el cuadro que ofrece la fiebre amarilla desde su invasion hasta la entrada del segundo periodo. En la forma leve, llamada *fiebre amarilla abortiva* por algunos, y

fiebre de aclimatacion por los más, no hay epigastrálgia; la cefalálgia es ménos intensa, así como el lumbago y los dolores de las extremidades; el pulso no pasa de cien latidos por minuto, y el calor en la axila de 39°. Los síntomas febriles cesan en esta forma á las veinte y cuatro ó cuarenta y ocho horas, y les sucede una apirexia franca, con la cual se inicia una rápida convalecencia.

La forma grave se indica por la mayor intensidad de todos esos síntomas; el enfermo se encuentra aletargado, en un estado de sopor que apenas le permite contestar á las preguntas que se le hacen; el pulso, que algunas veces dá hasta 130 latidos por minuto, está lleno, vibrante, y el calor en la axila pasa de 40°. La falta de relacion entre el calor y el número de pulsaciones, indica una gravedad suma. En los casos más graves, suelen presentarse vómitos mucosos, teñidos de bilis, durante el primer periodo, y hácia el fin de él, vienen mezclados con partículas oscuras parecidas á las alas de moscas, y precursoras del característico vómito negro de borra. En

esta forma, viene tambien la apirexia, pero no iniciadora de la convalecencia, sino de un estado imponente de gravedad, que termina por la curacion ó por la muerte; muerte, que acontece casi siempre dentro del primer septenario.

Los enfermos á la entrada del segundo periodo, siempre dicen sentirse mejor, y sólo aquejan una sensacion de peso ó vacío en el estómago, que atribuyen á debilidad. En los más graves, se observa un aplanamiento notable de fuerzas, y se les vé hacer prolongadas y profundas inspiraciones.

El pulso, segun la mayor ó menor gravedad del caso, da setenta, sesenta, cincuenta, y aun treinta latidos por minuto, y el calor lo hemos visto descender tambien en los casos más graves á 35°. El rápido descenso de temperatura, y la rápida disminucion en el número de pulsaciones, es augurio de un funesto término, así como tambien un pulso débil y lento con una elevada temperatura ó vice-versa. En los casos que terminan por la curacion, el pulso y el calor descienden gradual y uniformemente.

El color rojo acaobado del primer periodo, es sustituido por un tinte amarillento pajizo, no generalizado por toda la superficie de la piel, sino por ráfagas que algunas veces contrastan con un rojo encendido en las mejillas, y con ráfagas tambien rojas en el resto de la superficie de la piel.

La inyeccion de las conjuntivas oculares, desaparece algun tanto, y se observa en ellas tambien el íctero, particularmente debajo del párpado inferior. Cuando el íctero se generaliza, se estima de buen augurio.

La lengua se presenta estrecha y puntiaguda, más ó ménos seca, segun la mayor ó menor gravedad del caso, y su borde anterior como ulcerado, desprovisto del epitelio; algunas veces indica, desde el principio del segundo período, la proximidad de las hemorragias.

Las encías están tumefactas, anémicas, y algun tanto más oscurecida la línea roja que las limita con el borde dentario y de la cual hemos hablado.

Los dientes, secos en los casos de mayor

gravedad, como si estuviesen hechos de cera.

Analizada la orina, contiene poca cantidad de úrea, ningun ácido úrico, y precipita por el ácido nítrico y por el calor, una cantidad más ó menos considerable de albúmina; en los casos mortales es frecuente la supresion de orina al principiar el segundo periodo y la albúmina suele anticiparse, presentándose en el segundo dia de la invasion. La presencia de la biliverdina, dando al precipitado albuminoso un color verde oscuro, se estima de buen augurio, y áun cuando no da una absoluta garantía de curacion, se la considera, por lo ménos, como la más lisonjera esperanza de un término feliz.

A ese aparato de síntomas y signos que acabamos de describir, y con los cuales se abre la escena del segundo periodo de la enfermedad, no tarda en presentarse una sensacion de ardor en el exófago y estómago, que los enfermos atribuyen á los medicamentos ó bebidas que se les administran y cuyo ardor persiste hasta la curacion ó la muerte.

Sigue inmediatamente una inquietud que el paciente manifiesta cambiando constantemente de posicion, y en seguida se presentan náuseas y vómitos con esfuerzos y dolor marcado en el estómago. Los vómitos empiezan, como ya hemos dicho, por ser mucosos y teñidos de bilis; luego, mezclados con partículas oscuras, que se asemejan á las alas de moscas, y por fin de sangre, pocas veces rutilante, y las más con ese carácter particular que se ha comparado con bastante exactitud á la borra de café.

Las hemorragias pueden presentarse poi todas las vías; las hemos vistos hasta por los ojos, los oidos y por la piel, si bien más comunmente se verifican por el estómago, por los intestinos, determinando evacuaciones negras borrosas, por las encías y por la nariz. La hemorragia gingival y la rinorragia rutilantes, las consideramos de buen augurio, y tambien nos sirve siempre de consuelo el observar esputos de sangre rutilante, áun cuando los vómitos, y las evacuaciones por el resto, sean de carácter borroso. En las mujeres,

áun en los casos leves, es casi segura la hemorragia uterina, que ellas estiman como la aparicion de su periodo menstrual, ofreciendo esta hemorragia el carácter de la borra, en los casos graves.

La sangre, que tambien en algunos casos graves se extravasa en el tejido celular, determina gangrenas de extension más ó ménos considerable.

La absoluta supresion de orina en el segundo periodo, es señal de una segura muerte.

En los casos de terminacion feliz, el pulso y el calor se sostienen á un límite moderado; la orina nunca se suprime por completo, y la albúmina, áun cuando sea abundante en esta secrecion, casi siempre va acompañada de biliverdina; los vómitos y las hemorragias cesan gradualmente, obedeciendo al tratamiento que se emplea; el íctero se generaliza, y el enfermo, por regla general, entra en la convalecencia del sétimo al noveno dia.

En los casos mortales, el pulso unas veces demasiado deprimido, hemorrágico otras;

el calor igualmente lo vemos en ocasiones demasiado elevado, y bajo en demasía otras veces, nunca guardando relacion con el pulso; los vómitos y hemorragias continuan á pesar de los medios empleados para contenerlas, y del cuarto al sexto dia se presenta un delirio, tras del cual viene la agonía y la muerte.

En la forma adinámica, hemos visto, aunque pocas veces, que la muerte ha tenido lugar en el octavo y noveno dia de la invasion.

Si examinamos el cadáver, observamos que la superficie de la piel presenta grandes placas equimóticas que contrastan con un color amarillo de paja; el hígado ofrece constantemente uu color amarillo claro que ha sido comparado con el color de mahon, del ruibarbo, de la goma guta, del café con leche, etc., etc.; no se encuentran bilis en los poros biliares, y examinando el hígado con el microscopio, se vé la degeneracion grasienta, degeneracion grasienta que se observa además en el corazon y en los riñones.

II.

Descritos á grandes rasgos la marcha y caractéres principales de la fiebre amarilla, pasemos á consignar tambien, á vuelo de pluma, los de la fiebre biliosa grave de los paises cálidos.

La fiebre biliosa ataca lo mismo al indivíduo aclimatado que al no aclimatado, sin distincion de razas ni latitudes, y tanto más expuesto está á padecerla, cuanto mayor número de veces haya sido atacado por ella.

Su invasion se anuncia por una tristeza, displicencia y malestar general, acompañado de múltiples bostezos, y se inicia por un escalofrío; pero no siendo de un tipo contínuo como la fiebre amarilla, sino remitente, el escalofrío vuelve á presentarse en cada una

de sus exacerbaciones, y despues de él, viene el calor, y luego el sudor.

El dolor de cabeza que acusa el atacado por la fiebre biliosa, no está circunscrito sobre los ojos, es de todo el cráneo, y aumenta considerablemente en cada exacerbacion, así como tambien disminuye de un modo notable, ó desaparece, durante las remitencias.

Si por rareza se presentan en ella dolores musculares, aumentan igualmente en los paroxismos, y disminuyen en las remitencias.

El íctero se manifiesta en toda la piel y en las conjuntivas oculares, desde el primer paroxismo, y vá pronunciándose á medida que la enfermedad avanza; pero el amarillo de la fiebre biliosa, tiñe toda la superficie de la piel, y es más fuerte que el de la fiebre amarilla, es un amarillo azafranado.

En la fiebre biliosa no existe el color acaobado de la cara, ni la línea roja que en el vómito negro se observa en el borde dentario de las encías.

El calor, en la fiebre biliosa, así como el número de pulsaciones, aumenta en los

paroxismos; el primero pasa de 40° y el segundo da 130 latidos por minuto, y en las remitencias baja á 38° y de 80 á 90 latidos respectivamente.

En las exacerbaciones, la lengua está seca y áspera; húmeda y blanda en las remitencias.

Cuando viene en esta dolencia la apirexia, es siempre para entrar en una franca convalecencia, ó bien para cambiar su tipo remitente en una intermitente.

La fiebre biliosa, si es doble cuotidiana, indica mayor gravedad.

No existe en la fiebre biliosa el ardor del exófago y del estómago, y los vómitos en ella no son dolososos, tanto que los enfermos los desean por el alivio que despues de ellos experimentan. Estos vómitos se presentan desde la invasion de la fiebre, se repiten en cada exacerbacion, son biliosos, y si alguna vez, por rareza, vienen acompañados de materias negras, éstas se asemejan más á la picadura de tabaco que á la borra de café.

Desde el principio de esta enfermedad

hay debilidad muscular, lo que no sucede en la fiebre amarilla.

En la orina se nota alguna disminucion de la úrea; pero hay en ella un exceso considerable de ácido urino, y no es albuminosa.

No hemos visto nunca hemorragias en la fiebre biliosa, áun cuando hemos leido que, por raras veces, se han presentado en las encías, cuando los enfermos habían estado sometidos á un tratamiento mercurial.

Las gangrenas en diferentes puntos de la piel, jamás se presentan en la fiebre biliosa.

El descenso considerable de temperatura sólo se observa en esta dolencia, cuando el enfermo vá á entrar en la agonía. La muerte acontece siempre despues del noveno dia.

En el cadáver no se presentan manchas equimóticas en la superficie de la piel; ésta, en su totalidad, se vé teñida de un amarillo azafranado, que se pronuncia más en las conjuntivas oculares.

El hígado del que ha sucumbido de una fiebre biliosa grave se halla aumentado de volúmen y reblandecido: su color es de acei-

tuna ó bronceado; y sometido al microscopio se encuentra en él una sustancia oscura que parece ser la *melanina*, materia carbonosa que se halla en los pulmones de los indivíduos de edad avanzada, y que únicamente se presenta en el hígado de los que mueren de fiebre biliosa.

La degeneracion grasa del hígado, es mucho ménos considerable en la fiebre biliosa que en la fiebre amarilla.

Para poner de relieve esas marcadas diferencias que existen entre la fiebre amarilla y la biliosa grave de los paises cálidos, no hemos hecho otra cosa que repetir las observaciones de un gran número de sábios médicos, observaciones que hemos podido corroborar en nuestra práctica.

A ellas nos atreverémos, sin embargo, á añadir, que: la fiebre amarilla es una afeccion virulenta, y que, como todas las enfermedades virulentas, es capaz de ser trasportada á localidades lejanas de aquella donde constantemente reina, pudiendo un solo enfermo de fiebre amarilla, determinar una epidemia de

vómito negro; mientras que la fiebre biliosa, es una enfermedad de naturaleza miasmática, propia del lugar donde exista el foco productor del miasma, en cuya localidad podrá reinar epidémicamente, porque todos sus habitantes estén expuestos á la accion deletérea de ese miasma, pero que no puede ser trasportada á otra más ó ménos lejana, áun cuando se trasladasen á ella cien enfermos atacados de fiebre biliosa grave de los paises cálidos.

Un miasma es la causa de la fiebre biliosa, independiente del indivíduo; por eso ataca á los de todas las zonas y latitudes, y por indeterminado número de veces. La causa del vómito negro, existe en el indivíduo mismo y en el vírus; y de aquí la razon de que sólo invade á los procedentes de las zonas frias y templadas y, absolutamente hablando, por una sola vez.

Entre dos enfermedades de naturaleza tan opuesta, nada de comun puede tener su tratamiento; y de tomar la una por la otra, de no diferenciarla oportunamente, puede depender la vida ó la muerte del enfermo.

TRATAMIENTO.

Cuando se desconoce la causa de una enfermedad, cuando se ignora la manera cierta de evitarla, natural es que se piense en buscar un medio de combatirla en los momentos de su ataque.

Por eso, en un período de cerca de cuatro siglos, no hay medicacion, medicamento ni remedio, á que no se haya recurrido con el fin de curar la fiebre amarilla.

Antiflogísticos, excitantes, tónicos, alterantes, evacuantes, astringentes, y hasta esa inmensa multitud de potingues pregonados por los curanderos ó charlatanes, todos se han puesto en práctica, para venir á demostrar su impotencia ante la fiereza del vómito negro.

A pesar de todo, han prestado á la ciencia una inmensa utilidad, y esta es, el conocimiento de su ineficacia; porque mucho adelantado se tiene, cuando al buscar un medio de combatir el mal, se sabe de antemano lo que por inútil ó perjudicial se debe rechazar.

Doloroso es, ciertamente, que no conozcamos medio alguno, ni ningun medicamento específico para la curacion de la fiebre amarilla; sin embargo, sirva de lenitivo á nuestra amargura, el que en el dia sepamos tratarla mejor que nuestros antepasados, sujetándonos para ello á la estricta ley de la razon; y si es cierto que hay casos gravísimos, ante los cuales son infructuosos todos nuestros esfuerzos, tambien lo es que ántes, en otros de ménos gravedad, que hoy terminan por la curacion, morían los enfermos, no sólo por razon del mal, sino que contribuían á ello, muchas veces, los irracionales tratamientos que se empleaban creyendo combatirlo.

Por las propias consideraciones que expusimos al tratar del diagnóstico de la fiebre amarilla, no deberíamos ocuparnos de su

tratamiento; pero como de la práctica no ha podido desterrarse aún el uso de ciertos medicamentos que, en nuestro concepto, son altamente perjudiciales, nos concretarémos á emitir brevemente nuestra opinion sobre ese particular, que, áun cuando humilde, se funda en la experiencia de ver y tratar enfermos de vómito negro, durante un periodo de cerca de veinticinco años.

Dividamos la fiebre amarilla en dos formas: una leve y otra grave.

Aceptemos por límite entre una y otra la presencia de la *albúmina* en la orina.

La forma benigna ó leve, llamada por algunos *fiebre de aclimatacion*, y por otros *fiebre amarilla abortiva*, se cura siempre, *con medicamentos, sin medicamentos y apesar de los medicamentos contraindicados ó mal administrados.*

Esta circunstancia ha dado lugar á lamentables errores que han ocasionado numerosas víctimas; porque cuando se desconocían los actuales medios de investigacion para diferenciar esta forma de la grave, y siendo

más numerosos los casos benignos que los graves, no era de extrañar que se llegase á creer en la bondad de ciertas sustancias, medios ó procederes, de cuya ineficacia ó perjuicio para el enfermo, estamos en el dia persuadidos.

Supongamos que entre diez atacados del vómito negro, siete lo son benignamente y tres de un modo grave. Si administramos una sustancia ó medio cualquiera, áun cuando sea capaz de contribuir á la muerte de los graves, no haciendo la distincion entre ámbas formas, nos conducirá al error de que esa sustancia ó medio ha curado siete indivíduos entre los diez atacados de la fiebre amarilla. Sírvanos de ejemplo, el que no hace muchos años que las emisiones sanguíneas, eran la base del tratamiento de la fiebre amarilla, y hoy no habrá quien á practicarlas se atreva, y no las estime como el procedimiento que puede producir, y realmente ha producido, las más funestas consecuencias.

Es de necesidad para el estudio de la fiebre amarilla, que en sus estadísticas se hi-

ciese la distincion de las dos formas; y si en la práctica particular de cada facultativo es un imposible el pretenderlo por razones fáciles de comprender, de extrañar es, cómo en los hospitales y casas de salud no se efectúa así, ó cuando ménos, por qué no se expresa entre el número de los curados, cuántos han presentado albúmina en la orina.

En la forma grave no sucede lo que en la benigna, que el enfermo puede curarse solo en virtud de su propia fuerza medicatriz, sino que necesita indispensablemente de la intervencion de la ciencia, de un constante y asíduo cuidado de parte del médico, y de parte tambien de los que tienen el encargo de hacer cumplir fiel y rigurosamente las prescripciones facultativas; y caros se pagan el menor descuido ó la indiscrecion que parezca más insignificante.

Generalmente, á las pocas horas de la invasion, se comprende si el ataque será ó nó grave, sin embargo de que no faltan casos, si bien los ménos, que se presentan de una manera insidiosa, simulando la forma benig-

na en un principio, para despues revestirse con los caractéres de la mayor gravedad. Esto podría conducirnos á un error de pronóstico, pero no puede influir en el tratamiento, si tenemos presente que en el vómito negro nada debemos administrar, sin darnos ántes cuenta del porqué lo administramos; sin desviar nuestra atencion en las consecuencias á que lo administrado pueda dar lugar, no sólo en los momentos de su administracion, sino tambien á largas distancias de ella. Nadie podría negarnos que el primer periodo de la fiebre amarilla, es un periodo inflamatorio; y sin embargo, no hay quien se atreva en el dia á practicar emisiones sanguíneas durante ese periodo, ante la consideracion de que ningun atacado sucumbe en él, y que es necesario conservar la mayor fuerza posible para la defensa en el segundo periodo, en el cual la muerte sobreviene por un exceso de debilidad.

No conociéndose agente alguno capaz de curar por su accion específica la fiebre amarilla, el tratamiento se ha de reducir á

combatir síntomas; pero al combatir los síntomas, debemos, dado el conocimiento que tenemos ya de la marcha de la enfermedad, pesar ántes si el medio elegido para oponernos á cualquiera de sus manifestaciones, puede, por otro lado, traernos alguna complicacion, ó conducirnos á un funesto resultado.

Siendo la sangría, por ejemplo, un medio de combatir una inflamacion, ya hemos vistos cómo no la practicamos en el período inflamatorio, por sus perjudiciales consecuencias cuando llega el periodo adinámico.

Pero si de la práctica han podido desterrarse, en absoluto, las emisiones sanguíneas, no sucede así con los *vomitivos*, cuyas consecuencias son, en nuestro concepto, tanto ó más funestas que las ocasionadas por las sangrías, al extremo de que, si le fuese al médico posible negarse á la asistencia de un enfermo que reclama sus auxilios, nos negaríamos siempre á visitar los de fiebre amarilla, á quienes se hubiese administrado un emético.

Afortunadamente, el bitartrato de antimonio y potasa ha caido ya en desuso, pero

es todavía general la costumbre de abrir la escena del tratamiento del vómito negro, con un vomitivo de *hipecacuana.*

¿Qué indicacion se piensa llenar con este proceder?

¿Hacer abortar el ataque? El ataque de fiebre amarilla grave, no aborta con el vomitivo de hipecacuana; y la forma leve, ya hemos dicho y prácticamente lo vemos demostrado todos los dias, se cura con agua de limon, se cura por sí sola, y apesar del vomitivo de hipecacuana.

¿Que convierte el ataque grave en un ataque benigno? No es verdad; el ataque grave es siempre grave, así como la forma leve es benigna desde que se inicia; y si no fuese así, si el vomitivo de hipecacuana tuviese la virtud de convertir en leve la forma grave, raros serían los casos de muerte en la fiebre amarilla.

Si con el vomitivo no se llena indicacion racional alguna, si no tiene accion alguna específica que, por lo ménos, contribuya en algo á la curacion del enfermo, obra en cam-

bio estimulando el estómago al vómito, y tiene una accion secundaria hipostenizante, si no tan enérgica como la sangría ó el tártaro emético, la suficiente para dejar sentir sus funestos efectos en el segundo periodo de la enfermedad.

En ese segundo periodo, léjos de pensar en la administracion de un emético, tratamos por todos los medios posibles de oponernos á los vómitos, y por otro lado, echamos mano de los tónicos más enérgicos para tratar de levantar las fuerzas del enfermo; y no parece racional administrar en la invasion la hipecacuana, que por su accion local irritante sobre la mucosa gástrica, ha de sostener el conato al vómito, y por su accion debilitante general, nos ha de servir de cantidad negativa en el tratamiento del segundo periodo, conspirando á un contrario fin del que nos proponemos.

Si las emisiones sanguíneas y el vomitivo de tártaro emético, por su notorio perjuicio, han sido excluidos ya del tratamiento de la fiebre amarilla, no alcanzamos á comprender

el porqué se insiste en usar el vomitivo d hipecacuana, cuyos resultados son idénticos.

Mucho ménos nocivo que la hipecacuana, consideramos al *aceite de almendras*, pues ni irrita localmente la mucosa del estómago, ni tiene esa accion secundaria debilitante, tan funesta en el segundo periodo.

El *aceite de almendras dulces*, ha gozado y sigue aún gozando de gran fama en la curacion del vómito negro; y como todas las cosas tienen su fundamento, hay su razon para que se haya atribuido esa virtud curativa al aceite de almendras dulces en la enfermedad que nos ocupa.

Antes de conocerse en esta ciudad los hospitales particulares llamados *casas de salud*, los jóvenes recien llegados eran asistidos del vómito negro en los mismos almacenes ó tiendas de comercio, ó en ciertas casas á cuyo frente se hallaba una mujer, que mediante un estipendio, tomaba á su cargo el cuidado de aquellos. Cuando esto sucedía, ya dijimos que las emisiones sanguíneas eran la base del

tratamiento de la fiebre amarilla, á las que se asociaba, por regla general, un emeto-catártico, sinapismos á las extremidades, y prolongados pediluvios. Si la sangría ó un emético, por sí solos, son capaces de contribuir, áun en los casos más leves de la forma grave, á la muerte del enfermo, no tenemos que esforzarnos en demostrar el desastre que ocasionaban ámbos unidos; es muy probable que en aquella época sólo escaparan de las garras de la muerte, los que, por su fortuna, eran invadidos por la forma benigna.

De las mujeres, á cuyo cuidado se entregaban los enfermos, salió en aquel entónces la idea de dar á los atacados grandes vasos de aceite de almendras dulces, al que añadían un poco de zumo de limon, y acto contínuo algunos jarros de agua tibia para provocar varios vómitos. Este proceder, áun cuando fatigase al enfermo más de lo conveniente, no podía producir las funestas consecuencias que determinaban las sangrías y los eméticos, y por consiguiente, se observó que con él morían un considerable número menor de atacados, que

con esos otros medios indicados por los facultativos.

Llegó á ser tal el horror que inspiraba el tratamiento facultativo que estaba en uso en la época á que nos referimos, y el crédito que empezó á gozar el aceite de almendras dulces, que en los almacenes y casas todas de comercio, no era llamado el médico hasta despues de haber hecho tomar al enfermo la correspondiente dósis de aquel aceite; costumbre que áun persevera en muchas de esas casas, y con particularidad en las más antiguas, por tradicion y porque los vomitivos de hipecacuana, con sus resultados nada satisfactorios, han contribuido á sostener el crédito de que áun goza el aceite de almendras dulces, hasta tal grado, que no pocos profesores lo han aceptado en su práctica, de buena fé unos, y los demás para adquirir ó conservar la clientela en las casas de comercio.

En resúmen, el aceite de almendras dulces, si ha adquirido y sostiene aún su fama de precioso agente para combatir la fiebre amarilla, lo debe, nó á su virtud curativa,

que no la tiene, sino por razon de no causar ni haber causado los perjuicios que manifiestamente ocasionaban las emisiones sanguíneas, y los eméticos de bitartrato de antimonio y potasa, ó de hipecacuana.

Sin embargo, de algunos años á esta fecha, desechando varios profesores las antiguas rutinas, y aceptando tratamientos, si no infalibles, por lo ménos más armonizados con la razon, se ha conseguido poco á poco, que una gran parte del público se haya convencido de los funestos resultados del vomitivo de hipecacuana, y de la ninguna virtud del aceite de almendras para la curacion del vómito negro; y nos congratulamos con la esperanza de que muy pronto, el primero ocupará en esta dolencia el rango que hoy ocupan las sangrías, ventosas escarificadas y tártaro emético, de quienes ningun profesor ya se acuerda, y que el segundo, ó sea el aceite de almendras, volverá, si no desaparece, á quedar reducido al lugar en donde tuvo su orígen: á un remedio en manos de curanderas.

Nos habíamos hecho el propósito de no

citar nombre alguno, pero no podemos ménos que tributar aquí un recuerdo al ausente y cariñoso amigo; al profesor que quizás sea el que más ha contribuido á desterrar de nuestra práctica añejas costumbres; al que combatió sin cesar la funesta manía de los vomitivos; al que, en una palabra, ha conseguido que no se pueda hablar de fiebre amarilla, sin que asalte instantáneamente, entre nosotros, el recuerdo de D. Antonio Pardiñas y Martinez, Sub-inspector del cuerpo de Sanidad militar, y director que fué, hasta hace poco, del Hospital militar de esta Plaza.

Y ya que hemos recordado á Pardiñas, justo es que digamos algo acerca del tratamiento por él seguido en la curacion del vómito negro.

Pardiñas decía, y decía con razon, que ningun enfermo de fiebre amarilla sucumbe en el primer periodo de la enfermedad, y á esto añadía, que así como la administracion de los eméticos al principio de ella, era de alta inconveniencia por la accion debilitante general que determinan en el atacado, y que

visiblemente se traduce en el periodo siguiente, así tambien estimaba razonable no esperar la administracion de los tónicos para cuando se manifestase la adinamia en el enfermo, sino que debían administrarse desde el primer momento de la invasion, para que el invadido pudiese con más fuerza defenderse ó resistir á la consecutiva profunda debilidad propia del mal.

El *percloruro de hierro*, uno de los ménos solubles entre los preparados ferruginosos, lo estimaba él como el específico de la fiebre amarilla, y empezaba á administrarlo desde los primeros momentos del ataque. Sin embargo, Pardiñas no se encerraba en el círculo del percloruro de hierro, y hasta lo abandonaba cuando no había tolerancia en el enfermo; él administraba al propio tiempo lo que administramos todos, á medida que se le presentaban síntomas que combatir, y por una sola vez lo hemos visto separarse de lo racional, indicando una enema de cocimiento de tabaco, y esto lo hizo en la desesperacion de ver la impotencia de todos los recursos em-

plados en un enfermo que se hallaba ya en plena agonía.

A nosotros, que no nos separábamos del doctor Pardiñas, que diariamente veíamos todos sus enfermos, como él veía los nuestros, no puede ménos que sernos doloroso decirle en la ausencia, que el gran número de curaciones á que debe la justa fama que como especialista goza, no pueden atribuirse exclusivamente al percloruro de hierro, sino al tratamiento racional que, asociado á esas sustancias, empleaba para combatir las múltiples manifestaciones de la enfermedad.

El percloruro de hierro lo seguimos indicando tambien nosotros cuando llega el momento de las hemorragias, y lo empleamos como el más precioso agente capaz de oponerse á ellas; pero no creemos, como nuestro amigo, en su accion específica ni abortiva, porque en los casos benignos, que él estimaba y sostenía que el ataque habia abortado en virtud de aquel preparado marcial, hemos comprobado en centenares de ocasiones que se curan con una simple limonada ó naranja-

da vejetal, y no nos atreveríamos por ello á sostener que la naranjada tiene la virtud de hacer abortar un ataque de fiebre amarilla grave.

De todos modos, es de sentir que las exigencias de los reglamentos militares, hayan alejado al doctor Pardiñas de esta Isla, teatro de sus innumerables triunfos, y en donde, por su especialidad, estaba destinado á prestar incalculables servicios á la causa de la fiebre amarilla.

Otro distinguido profesor de esta Capital, creyó á fines del verano de 1882, haber descubierto en el *salicilato de sosa* un específico para la curacion del vómito negro, y así lo anunció por medio de la prensa periódica, publicando varias curaciones obtenidas con el sistema que presentaba, y asegurando que con él no había perdido un solo enfermo; pero en el Hospital militar, con mucha anterioridad á la fecha citada, habíamos visto ensayar aquel preparado, incluso por el método endérmico, y tuvo que desecharse por su ineficacia. El silencio posteriormente guardado

despues de la acalorada polémica que por la propia prensa se suscitó, es prueba terminante que el compañero que presentó con la mayor buena fé y como una novedad, el salicilato de sosa, acabó por sufrir el triste desengaño de sus infructuosos resultados en el tratamiento de la fiebre amarilla.

Lo repetimos: hasta el día no se conoce ningun específico, medio, ni proceder capaz de conducirnos de una manera cierta á curar el vómito negro, quedando por lo tanto, reducido su tratamiento á combatir los síntomas que se vayan presentando durante el curso de la enfermedad, y esto usando de toda la prudencia y discrecion necesarias.

Un grave inconveniente suele ofrecerse al facultativo, que notoriamente redunda en perjuicio de los atacados, en el tratamiento del tífus icterodes.

Una habitacion ámplia y ventilada, respirar en una atmósfera lo más oxigenada posible, y una absoluta tranquilidad moral y material, son condiciones de primera necesidad para poder conducir al enfermo á un

término feliz; pero, desgraciadamente, la inmensa mayoría de los invadidos son jóvenes que vienen en busca de una fortuna, ó bien destinados al servicio militar ó á las carreras civiles, y no les cabe otro recurso que ir á ocupar una cama en los hospitales ó casas de salud. Por buena que sea la asistencia en esa clase de establecimientos, al jóven que por vez primera se encuentra enfermo fuera del hogar de la familia, le afecta profundamente el verse cuidado por personas que le son extrañas, y busca en vano alrededor de su lecho, la amorosísima madre que con tanta solicitud y tanta ternura le habia asistido desde la cuna en todas sus dolencias,

Por otro lado, la sala de un hospital, en la que respiran otros cien enfermos, donde por más cuidado que se tenga, no es posible evitar los malos olores, no puede proporcionar el aire puro, oxigenado, que se necesita para curar á un atacado de fiebre amarilla; y en cuanto á la tranquilidad moral y material indispensables, no pueden dársela al enfermo, los ayes de los que sufren, la vista de un mo-

ribundo, el estertor del agonizante, ó un cadáver junto á su cama.

Las casas de salud tienen sobre los hospitales la ventaja de que los enfermos son asistidos en aposentos separados, que áun cuando de pequeñas dimensiones, les evitan, por lo ménos, el presenciar aquellos tristes espectáculos.

No comprendemos cómo, para la asistencia de muchas dolencias y entre ellas la fiebre amarilla, no se ha pensado en establecer el sistema celular en los hospitales civiles y militares, con lo cual, fuera del bien que se proporcionaría á los atacados, se evitaría, en gran parte, el que fuesen contagiados los otros compañeros de sala, que muchas veces entran en el hospital con una leve dolencia, y sucumben á consecuencia de haber contraido en él la fiebre amarilla.

Otro de los inconvenientes con que tiene que luchar el facultativo en la asistencia del vómito negro, fuera de los hospitales, es, que léjos de cumplirse fielmente sus prescripciones, sucede, no pocas veces, que por profa-

nos consejos, se ponen en práctica remedios absurdos, que ocasionan la muerte del enfermo.

Es muy estraño lo que acontece en nuestro público; nadie se atreve á invadir, á un albañil, un sastre ó un zapatero, las atribuciones propias de su oficio; no hemos presenciado una sola vez á ningun profano en materia de sastrería ó zapatería, inmiscuirse á dar reglas para cortar un pantalon ó un par de botines; y sin embargo, estamos, no sólo plagados de miserables curanderos, sino que pocas son las personas que á la vista de un enfermo grave, dejen de aconsejar el uso de algun remedio que, por lo general, no dudan en aceptar y poner en práctica los que lo asisten. En el *vómito negro*, sobre todo, nadie se cree inferior al médico para curarlo, y hemos visto morir á un pobre jóven en un baño de hielo, aconsejado por un huésped del hotel donde aquel se asistía; á otro, á consecuencia de un vomitivo dado en el periodo de las hemorragias, por consejo de una mujer, y citaríamos como estos hechos otros mil, si

creyésemos con ello poder desterrar tan perniciosa cuan criminal costumbre.

Nada más nos toca decir relativo al tratamiento del tífus icterodes: deseábamos sólo manifestar nuestra creencia sobre la accion de los eméticos, que estimamos nociva en sumo grado, é indicar la conveniencia de establecer el sistema celular en los hospitales, así como la necesidad de llevar con más perfeccion las estadísticas.

Respecto á los medicamentos ó medios que deben emplearse para combatir cada una de las diferentes manifestaciones del mal, dependerá del caso, y cada profesor sabrá echar mano de los que su razon ó experiencia le aconsejen.

PRECEPTOS HIGIÉNICOS.

HIGIENE PUBLICA.

Para presentarse un caso de fiebre amarilla, es necesario que concurran dos circunstancias: primeramente, que haya un indivíduo en condiciones de contraerla, esto es, que sea procedente de las zonas templadas ó glaciales, que no la hubiese padecido y que no esté aclimatado; y en segundo lugar, se necesita de un vírus emanado de otro enfermo de vómito negro.

En el capítulo de la profiláxis, nos ocupamos de la primera de dichas circunstancias, bajo el punto de vista de evitar la fiebre amarilla, y dijimos que, con tal fin, se hacía in-

dispensable poner en las condiciones del hombre de la zona tórrida al procedente de la templada ó glacial, dejando á los talentos superiores el estudio de los medios que para conseguirlo debían ponerse en práctica.

En este lugar, nuestro objeto se dirige á concluir con el vírus que contribuye á determinar la enfermedad, y librar á Cuba, por este medio, del vómito negro. Pero ántes de consignar las medidas que, para lograrlo debe el Gobierno mandar cumplir inmediatamente, séanos permitido repetir algunos conceptos, para mayor esclarecimiento de los principios que nos sirven de fundamento.

La fiebre amarilla, como hemos visto, es una enfermedad *eminentemente contagiosa*, que no se desarrolla expontáneamente en la Isla de Cuba. Importada en el verano de 1761, por un buque infestado que fondeó en el puerto de la Habana, se presentó en esta ciudad una cruel epidemia, epidemia que áun persiste, por no haberse intentado nada para exterminarla.

Si se compara el número de indivíduos que vienen anualmente á esta Capital, con el de atacados y muertos, á consecuencia del vómito negro, resulta que nuestra constante epidemia, ocasiona relativamente al número de sugetos en condiciones de ser invadidos, tantos extragos, como las que en épocas distintas hemos visto desarrollarse en varias ciudades europeas.

Desde la Habana, la epidemia se extendió á las poblaciones ó puertos del litoral de la Isla, por razon de las constantes comunicaciones que éstos tenían con aquella: esta circunstancia dió orígen á la idea errónea, de que la fiebre amarilla era consecuencia de un miasma particular de las costas; mas luego que las vías-férreas facilitaron las comunicaciones con los pueblos del interior, la epidemia invadió tambien las poblaciones del interior de esta Isla.

En las localidades donde las vías de comunicacion son aún difíciles, es decir, que se dificulta su comunicacion con las otras en que existe la enfermedad, no hay en el dia

fiebre amarilla, ya sean aquellas del litoral, ya del interior de esta Isla.

Llama la atencion de muchos, que en Cuba haya constantemente casos de fiebre amarilla, y que no suceda así en Puerto-Rico, donde algunos años aparece epidémicamente. Puerto-Rico tiene una poblacion de más de 700 mil almas, y siendo corto el número de los europeos que en dicha Isla van á establecerse, éstos además se reparten en sus diversas poblaciones. Para que el vómito negro reine de una manera constante, se necesitan indivíduos en condiciones de contraerlo, y por consiguiente enfermos que refresquen el vírus que contribuye á su desarrollo; y como que en la Isla hermana, despues de una epidemia, no quedan indivíduos en condiciones de contraer la dolencia, y el vírus no puede existir por mucho tiempo en su cualidad de sustancia organizada, se hace necesario que llegue á constituirse otro núcleo de indivíduos procedentes de las zonas frias, para que con la presencia de un indivíduo contagiado ó de un buque procedente de un lugar infestado,

pueda presentarse allí otra nueva epidemia de fiebre amarilla.

Deseamos ser en este punto todo lo claros posible, y con ese fin vamos á poner otro ejemplo con el cual creémos conseguir el hacernos entender.

El Marqués de Sandoval, rico propietario de esta Isla, ha traido de Málaga algunas familias, que trabajan como colonos en uno de sus ingenios, y ninguno de esos colonos ha sufrido el vómito negro; pero si se llevase á dicho ingenio un individuo atacado ó contagiado, todos indudablemente lo contraerían, y persistiría allí mientras se presentasen indivíduos en condiciones de ser invadidos. Ahora bien, si despues de ser atacados los actuales colonos, trascurriese algun tiempo sin que en dicho ingenio se presentasen nuevos sugetos en condiciones de padecer el mal, el vírus propio de él, perdería su cualidad de sustancia organizada, y entónces podrían llegar allí nuevos colonos sin temor de sufrirlo, á no ser que se presentase otro indivíduo invadido ó contagiado. Esto es,

pues, lo que sucede en la isla de Puerto-Rico, circunstancia que no debemos perder de vista para el fin que nos proponemos.

Conviene observar tambien, que el vírus del vómito negro no puede trasportarse por sí á largas distancias; en Santiago de las Vegas, ciudad que dista de la Habana diez y ocho kilómetros, no se conoció la enfermedad hasta tanto que entre esta Capital y aquella poblacion, no hubo rápidas comunicaciones. Estimamos bastante la distancia de cuatro kilómetros de un foco de vómito negro, y áun ménos para no contraerlo, siempre que el indivíduo colocado á esa distancia esté incomunicado con los sugetos que puedan llevarle el vírus.

Resulta, pues, que la fiebre amarilla es una enfermedad que está en Cuba, pero que no es una enfermedad de Cuba; que no tiene su orígen en sus puertos, ni en sus costas, ni en su interior, ni en sus focos marítimos, ni en sus pantanos terrestres, ni en nada más que en la aptitud del indivíduo para con-

traerla, y en un vírus procedente de otro enfermo de fiebre amarilla.

La fiebre amarilla no puede ser por lo mismo una endemia de Cuba, porque era desconocida en esta Isla ántes de 1761, y, por otro lado, no la padecen sus naturales. No alcanzamos á comprender por qué razon se ha de llamar *nuestra endemia* al vómito negro, y no así á la viruela ó á la difteria, que reinan tambien aquí constantemente, y con tanto más motivo, cuanto que no respetan á los hijos de este país. No podemos concebir tampoco por qué se ha de ir á buscar la causa del tífus icterodes, en un miasma de la bahía de la Habana, ó de las demás costas de esta Antilla, y no se busca la causa de la difteria ó de la viruela en la bahía de la Habana; ¿se dirá que la fiebre amarilla es una afeccion miasmática, y la viruela y difteria no lo son? Se necesita no ver claro para negar á la fiebre amarilla su naturaleza virulenta; creer que puede ser un miasma su orígen, cuando no se padece más que una sola vez en la vida; cuando es trasportable; cuando un solo invadido

puede determinar una epidemia; cuando es una fiebre contínua, sin intermitencias ni remitencias; cuando se encuentra albúmina en las orinas de los atacados; y para concluir, cuando en todas sus manifestaciones y en toda su marcha, ofrece un cuadro completo de las afecciones virulentas, y ninguno de los caractéres de las enfermedades miasmáticas, no es bastante decir que no es ver claro: es necesario estar verdaderamente ciegos para buscar en un miasma y nó en un vírus, la causa que contribuye poderosamente á la determinacion del vómito negro.

La posibilidad de arrojar el vírus de la fiebre amarilla, existe; es posible, sí, lo decimos con el más hondo convencimiento, con el corazon en la mano, y por más que á todos parezca un delirio de nuestra imaginacion; es posible arrojar del suelo de Cuba el gérmen del más terrible de sus males. Pero esto no se logra permaneciendo en la inaccion, cruzados de brazos; es necesario hacer mucho, es preciso declarar la guerra al enemigo de nuestra raza, pero una guerra sin tregua,

ponernos frente de él, luchar sin descanso, pelear con brío; y si el Gobierno, los municipios y los indivíduos nos ayudan, no hay que dudarlo, el triunfo será de la ciencia, la Higiene unirá á sus gloriosas conquistas, la de haber librado á Cuba del vómito negro.

Siendo *la salud* el primer bien de los pueblos, el primer deber del Gobierno es el de velar por la salud de sus gobernados. Con tal fin, no debe perdonarse medio alguno, por costoso y difícil que parezca, para destruir las causas de insalubridad de los pueblos, y debe exigirse de los municipios y de los propios indivíduos, la estricta observancia, el más exacto cumplimiento de los preceptos de la higiene municipal y privada respectivamente.

La repugnante lepra, la peste, la viruela, y otras cien epidemias que asolaban á la civilizada Europa en el siglo pasado, en el dia apenas son allí conocidas, gracias á la enérgica actitud de los gobiernos, mejorando las condiciones de los pueblos, y haciendo cumplir rigurosamente los preceptos aconsejados por la Higiene.

Y parece mentira: ni el Gobierno, ni los municipios, ni los indivíduos, han intentado nada para exterminar un mal, de cuya desaparicion depende nada ménos que el porvenir y la civilizacion de esta hermosa Antilla.

Hemos visto en nuestra España congregarse los sabios naturalistas de Europa, para tratar de los medios de exterminar la filoxera; hemos presenciado un congreso de pedagogía para determinar los mejores métodos de enseñanza; se han nombrado comisiones para el estudio de cañones y otros armamentos en paises extranjeros, para estudiar fortificaciones, y en una palabra, para todo, ménos para librar á Cuba del tífus icterodes.

Es verdaderamente triste, es vergonzoso ver llegar comisiones extranjeras á esta Isla á estudiar nuestra cruel enfermedad, y al preguntarnos lo que hemos intentado nosotros para prevenirnos ó preservarnos de ella, tener que contestar: nada, absolutamente nada. Pero más triste, más vergonzoso es aún, contemplar con glacial indiferencia la pérdida de tanto jóven, flor y esperanza de la Pátria.

Hora es ya de que cese tanta indiferencia, que si ántes podia admitir alguna disculpa, aunque nunca fundada, por creerse la enfermedad inevitable en este clima, hoy es cuestion hasta de honra para España, despues que de paises en que se creia igualmente inevitable, ha sido desterrada.

Con tal fin proponemos:

Primero. Que si hubiese posibilidad de impedir por un tiempo dado, la llegada á esta Ciudad, y al decir esta Ciudad, diríamos lo mismo de las demás poblaciones de esta Isla, de indivíduos en condiciones de contraer la fiebre amarilla, tiempo que pudiéramos fijar de seis meses despues del último caso de que en ella se tuviese noticia, perdería el vírus su cualidad de materia organizada, ó para expresarlo más gráficamente, moriría de hambre, y la fiebre amarilla desaparecería de la Habana.

Segundo. Que no siendo posible el proceder indicado, aún cuando en nuestro concepto todo debiera ser posible, tratándose de la vida de los hombres, el Gobierno está en el

caso de impedir la venida á Cuba de los empleados civiles que no hayan sufrido la enfermedad, ó que por lo ménos no hubiesen pasado en la zona tórrida, inmediatamente ántes de su venida, un período de tres años, hasta tanto no se haya exterminado el mal de esta Isla. Ya dirémos luégo que no existe este inconveniente por parte de las tropas, siempre que se observen las reglas que para ellas dictarémos despues.

Tercero. Que en atencion á que, fuera de los empleados civiles y las tropas, los demás indivíduos que llegan á esta Isla, son en su inmensa mayoría jóvenes sin familia, quienes, al ser atacados del vómito negro, son conducidos á los hospitales ó casas de salud, debe exigirse de esos establecimientos la completa separacion entre los enfermos de fiebre amarilla, y los demás que en ellos se asistan de otras dolencias. Esta medida es de absoluta necesidad, no sólo para evitar el vómito negro á los enfermos que ingresan en los hospitales y casas de salud por otras afecciones, sino tambien, porque al ser estos dados de

alta, no comuniquen el vírus al resto de la poblacion; y con tal fin, debe entre otras cosas ordenarse:

Que los hospitales y casas de salud, tengan un edificio completamente separado de aquel en que se asistan los demás enfermos, situado fuera de la poblacion, y opuesto á los vientos dominantes.

Que este edificio sea considerado como un verdadero lazareto.

Que reuna todas las condiciones necesarias para la asistencia de los enfermos de vómito negro. y con habitaciones ámplias para el número de los que en él deban ser asistidos, y que cada uno de éstos lo sea en una sola habitacion.

Que las evacuaciones, vómitos y demás productos de los enfermos, sean convenientemente desinfectados por los procederes que la ciencia aconseja, ántes de ser arrojados en el depósito comun.

Que no penetre en el establecimiento persona alguna fuera del médico de visita, capellan, agentes encargados de vigilar el

cumplimiento de las prescripciones que se ordenan, y en una palabra, sólo los que por necesidad absoluta tengan que entrar en él, y esto, con obligacion precisa de que se tomen á su salida todas las precauciones conducentes á evitar el contagio al resto de la poblacion.

Que si algun indivíduo de la familia del enfermo desea acompañarle ó asistirle durante la enfermedad, podrá hacerlo; pero con la condicion precisa de quedar dentro del establecimiento, no pudiendo salir de él sin que se tomen préviamente todas las medidas que han de emplearse con los enfermos al ser dados de alta.

Que los enfermeros, asistentes, criados y demás personal del establecimiento, sean indivíduos que hayan padecido ya la fiebre amarilla, y que en sus salidas se tomen tambien todas las precauciones que han de tomarse para los que salgan curados.

Que, inmediatamente que se desocupe la habitacion de un enfermo, sea esta lavada y desinfectada, así como tambien la cama,

ropas, vasijas y cuanto aquel hubiese usado.

Que ántes de salir un indivíduo de alta, se hagan lavar, airear, planchar y desinfectar las ropas con que hubiese entrado.

Que no se permita la salida de ningun curado sin que haya terminado por completo su convalecencia.

Que el depósito de cadáveres y sala de autópsias estén convenientemente situados, y que sean constantemente desinfectados.

Que los enfermos del vómito negro que fuesen conducidos á las enfermerías expresadas, lo sean en coches ó camillas de la propiedad de los hospitales ó casas de salud, pintados de un color que los distinga de los demás coches públicos.

Que los cadáveres se lleven al cementerio precisamente por la madrugada, y que en el cementerio exista un cuarto-depósito para poder ser en él vigilados las horas que marca la ley, ántes de su inhumacion.

Que se consideren estos establecimientos ó lazaretos como si fueran enfermerías de coléricos, llenándose en ellos todas las pres-

cripciones y tomando las precauciones que se llenaríian y tomarían en un hospital donde se asistieran indivíduos atacados del cólera ó de la viruela.

Y por fin, que se redacte, por quien corresponda, un reglamento para esas enfermerías especiales de fiebre amarilla, penándose la menor de sus infracciones con un rigor que esté en analogía con las fatales consecuencias á que pudiera aquella infraccion dar lugar.

Cuarto. Que para los pocos enfermos de vómito negro que se asistirían dentro de la poblacion, es tambien indispensable dictar medidas que impidan la propagacion del mal, entre las cuales creemos conveniente indicar:

Que la casa donde exista un atacado, debe tambien ser considerada como un verdadero lazareto.

Que el profesor llamado para asistir al enfermo, esté en el deber de dar inmediatamente, bajo su más estrecha responsabilidad, parte del caso á la autoridad correspondiente, con el fin de que ésta pueda ejercer la más

esquisita vigilancia, y hacer cumplir cuantas medidas se han indicado para las enfermerías especiales de fiebre amarilla, y las demás que señale el reglamento que para las mismas se debe redactar.

Que á semejanza de lo que se practica en los Estados Unidos, se coloque una bandera amarilla durante el dia y un farol con vidrios de colores por la noche, en el balcon ó ventana de la casa del enfermo, para que puedan alejarse del lugar infestado, cuantos estén en condiciones de contraer la enfermedad.

Que, dado el caso de muerte de un atacado del vómito negro, sea éste conducido al cementerio por la madrugada, precisamente, sin consentir otro acompañamiento en el entierro, que uno ó dos indivíduos de su familia; toda vez que los que deseen rendir este tributo de afecto al difunto, pueden hacerlo en los funerales ó misas que para él despues se dispongan.

Que se desinfecte diariamente el excusado de la casa, y segun hemos indicado ántes,

la habitacion, cama, ropas, vasijas, etc., que haya usado el enfermo.

Y por fin, que los médicos y autoridades ejerzan una constante vigilancia, haciendo cumplir estrictamente las prescripciones que se señalarán en el reglamento que debe publicarse, exigiéndoles la responsabilidad en las faltas que incurrran, ya por descuido, ya por condescendencias de todo género.

Quinto. Que cuando en los hoteles, fondas ó posadas sea atacado alguno de sus huéspedes, se le conduzca inmediatamente á una de las enfermerías de fiebre amarilla, ó bien á una casa particular, para evitar que los otros huéspedes sean contagiados ó lleven el contagio á los demás lugares de la poblacion.

Sexto. Que sean vigiladas las casas de préstamos, y se las obligue á desinfectar las ropas de uso que tienen depositadas, ó puestas á la venta.

Sétimo. Que se tenga tambien prolija vigilancia sobre las casas de baños, exijiendo el mayor aseo en las bañaderas, y en el lavado de ropas que deben usar los bañistas.

Octavo. Que desde el instante que se pongan en práctica las medidas indicadas para la destruccion del vómito negro, se sometan á una rigorosa observacion los buques procedentes de lugares donde reine el mal, y á estrecha cuarentena los que durante el viaje hubiesen tenido á su bordo algun enfermo, y con mayor razon si hubiera fallecido alguno de sus pasajeros ó tripulantes.

Y ya que hemos hablados de cuarentenas, nos parece del caso en este lugar hacer algunas importantes observaciones, con objeto de evitar la reproduccion de esas epidemias de fiebre amarílla, que por épocas distintas han asolado algunas poblaciones europeas, y sobre todo las del litoral de nuestra península Ibérica.

No tenemos noticia de casos de vómito negro, á bordo de los buques procedentes de puertos europeos, en su viaje de venida, es decir, mientras no hayan anclado en algun puerto donde reine el mal; pero sí es muy comun que en su viaje de regreso á Europa, sea invadido de aquella dolencia alguno de

sus viajeros ó tripulantes. Nosotros lo hemos presenciado por dos veces: una en un vapor francés, y en un correo español la segunda, y en ámbas ocasiones, al llegar á puerto, se ha certificado ser otra la razon de la muerte de aquellos atacados, con el fin de escapar de la consiguiente cuarentena.

Para salvar este inconveniente, cuyas consecuencias pueden ser y han sido tan funestas, se debe exigir, en primer término, la mayor responsabilidad á los capitanes y médicos de naves, que por cualquier consideracion falten á la verdad en sus declaraciones; y en segundo lugar, someter á una rigurosa observacion á todo buque que proceda de un puerto infestado, y á una más rigurosa cuarentena, si durante el viaje hubiese fallecido á su bordo algun indivíduo, á no ser que por un facultativo se certifique, ántes de la salida del puerto de procedencia, que el indivíduo sufría de una dolencia que explique la causa de su fallecimiento, y que dicha certificacion esté visada por el Capitan del Puerto de salida.

Las cuarentenas son el único medio de impedir el desarrollo de epidemias de fiebre amarilla en las localidades donde no impera constantemente, y así lo han comprendido los Estados-Unidos, estableciéndolas para los buques que salen de los puertos de esta Isla, y sobre todo en Nueva Orleans, que ántes se consideraba uno de los primeros focos de vómito negro, atribuyendo su causa á la mezcla de las aguas del Mississippí con las del Seno Mejicano, y que hoy, gracias á los esfuerzos de su Gobierno, de su municipio y de sus habitantes, ha podido libertarse de uno de los azotes más espantosos de la humanidad.

Nos queda ahora, para terminar la parte correspondiente á la higiene pública de la fiebre amarilla, decir algo acerca de las pésimas condiciones de esta capital, que indudablemente contribuyen á sostener la enfermedad.

Dijimos ántes, y lo repetimos ahora, que la causa del vómito negro no podía buscarse en las malas condiciones higiénicas de la Habana; pero no con esto hemos querido signi-

ficar, que esa circunstancia no pudiera contribuir á sostenerlo; por lo contrario, estimamos como la mas imperiosa necesidad, para el fin que nos proponemos, el mejorar dichas condiciones; y como esto es posible, no debe perderse un solo instante en llevar á cabo cuantas reformas exijan la salud y el bienestar de sus habitantes.

Lo primero, lo principal que necesita la Habana es *agua*, y agua en abundancia. La llamada *Zanja real*, que es una sangría del rio Almendares, surtió de agua á la Habana hasta 1835 en que el Conde de Villanueva la dotó de un acueducto, que se llamó de Fernando VII, tomando el agua del mismo rio Almendares. Esta utilísima mejora con relacion á la Zanja real, no satisfizo despues á las necesidades de esta ciudad, ya porque las torrenciales lluvias del clima eran causa de que en la mayor parte del año viniese el agua cargada de barro, ya principalmente, porque el gran incremento que habia tomado la poblacion, hacía insuficiente el acueducto de Fernando VII.

Descubiertos los manantiales de Vento, que tanto por su caudal de agua, cuanto por su cualidad, podían satisfacer cumplidamente las necesidades de una poblacion de más de un millon de almas, el Ayuntamiento de la Habana, en los primeros dias de la segunda época del general D. José de la Concha, proyectó la construccion de un nuevo acueducto ó canal, encargando de las obras al Brigadier de Ingenieros Sr. Albear y Lara, distinguido hijo de esta ciudad.

Las obras del Canal de Vento están casi terminadas, y ese monumento, levantado á la gloria de España, para gloria de Cuba, recordará eternamente á las generaciones venideras el nombre ilustre de D. Francisco Albear y Lara; que si la honradez y el talento tienen casi siempre por hermana la pobreza, ellos tambien se encargan, por una providencial compensacion, de conducir al Génio á la inmortalidad.

El Canal de Vento está casi terminado: la Habana tiene á sus puertas un rio de agua, que puede proporcionar quinientos li-

tros al dia á cada habitante, cantidad más que suficiente para atender á todas sus necesidades; pero por desgracia, nuestro Ayuntamiento, hace años que viene sufriendo grave penuria en su tesoro, y no ha podido efectuar el repartimiento de las aguas, que es lo único que falta para que la Habana pase á ser quizás el mejor pueblo surtido entre todas las ciudades civilizadas del globo.

El agua es un artículo de primera necesidad, que hace tanta falta como el materialismo del pan, y es necesario que el Ayuntamiento, y si el Ayuntamiento no puede, el Estado, sin pérdida de tiempo, proporcione á los habitantes de la Habana, desde el más rico al más pobre, la indispensable para su bienestar y su salud.

Sin agua suficiente para la limpieza de la poblacion, para el riego de sus calles y paseos, para los baños, tan necesarios en este clima, para los lavaderos, para las cloacas, etc., etc., la salud de los vecinos de la Habana está constantemente amenazada; y no hay que pensar en librarnos de la fiebre amarilla,

ni de otra epidemia alguna, porque sin agua no puede haber limpieza, y sin limpieza no es posible la salud.

Con agua abundante se podría pensar en la construccion de un buen alcantarillado, cuya falta tenemos que lamentar tambien, sobre todo por el número de víctimas que ocasiona anualmente.

El sistema que se usa entre nosotros, de arrojar todos los productos de los enfermos en los excusados y sumideros, hace que estos queden constituidos en perennes focos de infeccion; y cuando periódicamente la necesidad obliga á verificar su desalojo, por medio de los carros que vemos todas las noches recorrer la ciudad, la infeccion se prolonga por las calles de su tránsito.

Un alcantarillado sin agua abundante, áun sería más perjudicial que ese sistema, porque almacenados indefinidamente los productos de los sanos y enfermos en las alcantarillas, sufrirían ménos la accion de las corrientes atmosféricas, y el aire infecto, buscando la salida por las bocas de los respira-

deros y registros, y por los tubos de las letrinas y sumideros, convertiría las casas y calles de la ciudad en otros tantos focos de muerte.

Pero un alcantarillado con abundante agua, llega á ser hasta inodoro, ó por lo ménos, como afirma uno de los más célebres arquitectos de Europa al hablar del que posee la ciudad de Lóndres, puede tolerarlo el olfato de la persona más delicada.

Los inconvenientes que pudieran ofrecerse para la construccion del alcantarillado de la Habana, pueden fácilmente ser vencidos, y segun tenemos entendido, el Sr. Albear y Lara, cuyo solo nombre es una garantía, ha proyectado uu sistema que los salva todos.

Es de gran urgencia dotar á la Habana de un buen alcantarillado, que responda á las exigencias de la higiene, y con él desaparecería además la fatal costumbre de depositar todas las inmundicias de cada una de nuestras casas y establecimientos, en esos barriles ó toneles de basura, que á las diez de la noche aparecen en perfecta alineacion en las

aceras de todas las calles de esta ciudad, y en los que van á parar tambien los vendajes, trapos, etc., de los enfermos. Esos barriles y los carros destinados á recojer su contenido, despiden un olor nauseabundo, que obliga á los transeuntes á taparse las narices con el pañuelo, y no tenemos que esforzarnos en demostrar las funestísimas consecuencias de que son orígen, las que poderosamente contribuyen á la insalubridad de esta poblacion.

Despues del abastecimiento de aguas, y de un alcantarillado, la Habana necesita además de un buen empedrado, que impida la formacion de esos lagunatos de corrompidas aguas, que se observan en el mayor número de sus calles, y que son reconocidamente contrarios á la salud de los vecinos. Con un buen adoquinado en las calles estrechas, un Mac-Adam terso y sin baches en las anchas y paseos, y con agua abundante, puede hacerse de una poblacion que goza la triste fama de súcia y mal sana, otra primorosamente limpia y saludable, digna de la cultura de sus

habitantes, y de la importancia que debe merecer ante el mundo civilizado la capital de la reina del mar de las Antillas.

La salud del pueblo, es la suprema ley, y todo es poco, segun hemos ya dicho, cuando se trata de asegurar la salud y la civilizacion, y el porvenir de Cuba. Con las medidas que hemos señalado, con las reformas propuestas, y con otras que pueden estimarse convenientes, puede salvarse Cuba del más terrible de sus males, desterrando para siempre de su maravilloso suelo, el mortífero vómito negro; pero si por lo contrario, se nos contesta con el silencio, la indiferencia, ó el desden, *lasciate ogni speranza!*; Cuba seguirá llamándose eternamente, *el espantoso cementerio de los españoles.*

HIGIENE PRIVADA.

Todo indivíduo al llegar á Cuba, sabe que aquí se padece la enfermedad conocida, entre otros nombres, con los de fiebre amarilla ó vómito negro; pero lo que quizás ignore, es, que esa terrible dolencia lleva al sepulcro á una quinta parte de los inmigrantes. Podrá tacharse, por algunos, de crueldad nuestra franqueza; sin embargo, es mucho más cruel engañar á los recien venidos, inspirándoles cierta confianza, que les hace vivir ajenos de todo cuidado, y que suele serles de funestas consecuencias, por desatender aquello que verdaderamente les puede ó pudiera convenir.

No falta quien asegura al recien llegado

que es bastante para librarse de la fiebre amarilla, la observancia de una buena conducta. No es posible negar, que una conducta desarreglada, puede servir en la fiebre amarilla, lo mismo que en todas las enfermedades, como el obstáculo mayor á una feliz terminacion del mal; mas no quiere decir esto, que un indivíduo de arregladas costumbres, no esté tan expuesto á contraer el vómito como el de la más desenfrenada conducta. Un Obispo tenido por santo, varios de sus familiares, y de los del Prelado actual, algunos padres de la comunidad de los Carmelitas, gran número de hermanas de la Caridad, jóvenes señoritas de respetables familias, etc., que hemos visto sucumbir en estos últimos años, son pruebas concluyentes de que una vida de sanas y severas costumbres, no es una garantía para escapar de las garras de aquella horrible enfermedad.

Hemos oido tambien, hasta de autorizados profesores cuyos conocimientos reconocemos, aconsejar á los recien llegados no alteren los hábitos y costumbres que observaban

en su país natal, siempre que no implicasen una vida desarreglada. Creemos perjudicial este consejo, porque al recien llegado debe preparársele y someterle á un tratamiento higiénico particular, y algunas veces hasta terapéutico, si lo exigiese la constitucion ó temperamento del sugeto, con el fin de evitarle, segun ya hemos dicho, la fiebre amarilla, ó ponerle en mejores condiciones de defensa para el dia en que por ella se vea atacado.

No debemos ocuparnos de esa otra infinidad de contradictorias recomendaciones, que hacen á los inmigrantes todos sus amigos y conocidos; pues mientras uno les asegura que el uso de los licores es causa acasional de la enfermedad, el otro, que nada hay más perjudicial que beber agua pura, y les cita como un refran aquel dicho inventado por algun aficionado al aguardiente, de *quien no bebe caña, no vuelve á España;* á la vez que éste les dice que nada es más apropósito para el vómito negro que exponerse á los rayos del sol, aquél, por lo contrario, que nada hay peor que el relente de la noche; quién les afirma

que la luna ejerce en este país una maléfica influencia sobre los indivíduos, quién que las frutas son un veneno para los que no estén aclimatados. Dejemos, pues, estas y otras mil preocupaciones, que sólo sirven para llenar de terror y confusion al que á escucharlas se detiene, y pasemos á consignar las reglas á que en nuestro concepto, deben sujetarse, y de cuya estricta observancia creemos no tendrán que arrepentirse.

Dijimos que la razon primera de la fiebre amarilla, existe en el propio indivíduo; y que si nos fuese dable poner al procedente de las zonas frias y templadas, en las mismas condiciones del hombre de la zona tórrida, habríamos encontrado indudablemente el medio de evitar la enfermedad; y áun cuando ningun estudio hasta el dia se ha hecho sobre el particular, sin embargo, hemos podido apreciar que entre los caractéres del hijo de los trópicos, se destaca el de la debilidad.

Dijimos y demostramos además, que la razon secundaria del vómito negro, es un vírus emanado de otro enfermo de fiebre ama-

rilla; y como consecuencia, que esta enfermedad es contagiosa en sumo grado.

De los anteriores conceptos, pues, deberán partir nuestros preceptos, y entiéndase bien que ellos no tienen otro fin, ni otro punto de mira, que el de la afeccion que nos ocupa; pues así que el inmigrante la hubiese pasado, ó que esté convenientemente aclimatado, tendrá que abandonarlos, para pasar á observar los que ya han dictado distintos y sábios autores, para la conservacion de la salud en medio de los climas cálidos y húmedos, como es el de la isla de Cuba.

Empecemos por dar á conocer en qué localidades, y en cuales nó, puede desarrollarse la fiebre amarilla.

En las zonas polares, no es posible el vómito negro, ni en cualquier lugar de las otras zonas que esté á más de 600 metros sobre el nivel del mar, porque en esa altura y en las zonas glaciales, pierde su condicion de materia organizada, ó más claro, *muere* el vírus que contribuye á determinarla.

En toda localidad de las zonas templa-

das, cuya altura no llegue á la de 600 metros sobre el nivel del mar, puede desarrollarse una epidemia de fiebre amarilla, con la presencia de un buque ó de un indivíduo contagiados; pero no pudiendo en dichas zonas existir el vírus por mucho tiempo, en condicion de sustancia organizada, resulta que, al terminar la epidemia, no vuelve á presentarse en ellas un solo caso de vómito negro, sin la presencia de otro indivíduo ó de otro buque contagiados.

En cualquier lugar de la zona tórrida, si con la presencia de un indivíduo ó buque contagiados, se desarrolla una epidemia de tífus icterodes, el vírus puede quedarse en dicho lugar como materia organizada por un tiempo indeterminado, y para siempre si en ella se presentan constantemente indivíduos en condiciones de contraer el mal; tal viene sucediendo en la Habana desde 1761; así sucede en Rio Janeiro desde 1836; así lo hemos visto en Puerto-Príncipe, en Holguin y en otras localidades de esta Isla, donde hasta hace poco se desconocía y hoy la enfermedad

reina, y de tal modo sucedería en Manila, si allí llegase un indivíduo ó un buque que llevara el vírus del vómito negro.

Conocidas las localidades donde puede presentarse la fiebre amarilla, conviene que digamos ó que repitamos ahora, quiénes sí, y quiénes nó, están en condiciones de contraerla.

Los indivíduos nacidos y que durante su niñez han vivido en países frios y templados, están expuestos, en su inmensa mayoría, á padecerla, y esa exposicion es tanto mayor, cuanto más distante de los trópicos esté el lugar de su nacimiento.

Los indivíduos nacidos dentro de la zona tórrida, y que en ella han pasado el periodo de su niñez, sean blancos ó amarillos, sean negros ó cobrizos, gozan del privilegio de no contraerla.

Los indivíduos que, áun cuando sean hijos de la zona tórrida, hayan vivido y pasado todo el periodo de su niñez en ciertas localidades, que por su altura se acerquen á las condiciones de las zonas templadas, como en las de la Sierra Maestra ó del grupo de Gua-

muhaya, en esta Isla, al bajar á los lugares donde la enfermedad reina, tienen alguna probabilidad de ser invadidos por ella.

Los indivíduos que han nacido y vivido durante todo el periodo de su niñez en las zonas frias ó templadas, si despues han pasado tres ó más años en algun lugar de la zona tórrida, áun cuando en ese lugar se desconozca la fiebre amarilla, en Filipinas, por ejemplo, tienen la probabilidad de no padecerla al llegar á los países donde ella existe.

Cuando la fiebre amarilla reina epidémicamente en alguna localidad de las zonas templadas, los hijos de la tórrida que en esa localidad se encuentren, no serán invadidos, si en la zona tórrida han pasado el periodo de su niñez.

Si la epidemia del vómito negro se desarrolla en alguna localidad de la zona tórrida, como por ejemplo, Puerto-Rico, Jamaica, etc., sólo la contraerán allí los de las zonas glaciales ó templadas: nunca los naturales de esos países.

Entre los indivíduos del sexo masculino y los del sexo femenino, los primeros son los más expuestos á sufrir la fiebre amarilla; así como los niños y los ancianos están ménos dispuestos á padecerla, que los comprendidos entre los diez y ocho y cincuenta y ocho años de edad.

El sugeto que haya sufrido el vómito negro, no puede temer un segundo ataque, porque no invade más que una sola vez á un mismo indivíduo; y si alguien cree haberlo padecido dos veces, no le quede duda alguna que uno de los dos ataques fué erróneamente clasificado.

En resúmen, están expuestos á contraer el tífus icterodes, únicamente los que proceden de las zonas polares y templadas; y entre ellos, los que tienen ménos probabilidades de padecerlo, son los más débiles.

El hijo de Cuba goza del privilegio de la inmunidad, por la sola razon de haber nacido y vivido durante su niñez dentro de ámbos trópicos, por igual causa que todos los demás procedentes de la zona tórrida, que, como

ya hemos visto, no puede decirse de ellos que vengan acostumbrados á la accion del veneno que la produce, toda vez que en el país de su nacimiento se desconoce la enfermedad.

Algunos creen que si el hijo de Manila, por ejemplo, no contrae en Cuba el vómito negro, depende de la analogía entre el clima de esta isla y el de Filipinas; pero si de la analogía del clima dependiese la razon del hecho, sucedería lo que jamás ha acontecido: que en Manila padecerían los europeos la fiebre amarilla.

No puede negarse, pues, que la razon existe en una diferencia entre el organismo del hombre de la zona tórrida, y el de las otras zonas, diferencia que desaparece en el momento en que el europeo ha sufrido el vómito negro, puesto que no le vuelve á padecer, ó en su defecto, desde que su organismo ha sido modificado por la aclimatacion.

Consignemos ahora los preceptos que deben observar fielmente mientras exista fiebre amarilla en Cuba.

Primero. En la posibilidad de que el in-

migrante, durante los tres primeros veranos de su permanencia en Cuba, desde Mayo á Octubre inclusive, pueda retirarse á una localidad, pueblo ó finca, ya del litoral, ya del interior de la Isla, cuyas comunicaciones se dificulten con los centros infestados, debe hacerlo.

No es necesario que dicha localidad esté muy lejana de donde el mal reina: si el nuevo inmigrante no se roza con sugetos que puedan llevarle el vírus, bastan dos ó tres kilómetros de distancia.

Segundo. En los lugaies epidemiados y durante los tres primeros años de su permanencia en Cuba, debe el inmigrante huir del local donde exista un enfermo de vómito negro.

Tercero. Como consecuencia del precepto anterior, se abstendrá, en absoluto, de poner sus piés en todo hospital, casa de salud y casa particular, donde sepa que hay ó ha habido uno ó más enfermos de vómito negro.

Cuando en los hospitales y casas de sa-

lud se asistan, en edificios separados, los enfermos de dicha dolencia, cesará el inconveniente expresado en este precepto.

Cuarto. Debe procurar, en lo posible, el no hacer uso de los coches públicos ó de alquiler.

En los coches de alquiler son conducidos los atacados de vómito negro á los hospitales ó casas de salud, y de dichos establecimientos á sus respectivos domicilios, cuando salen curados. Tambien podrá cesar dicha precaucion, el dia que, como hemos indicado, se destinen coches especialmente para la conduccion de los enfermos.

Quinto. Evitará todo roce ó contacto con los convalecientes de fiebre amarilla, hasta que no hayan trascurrido quince dias, por lo ménos, de la convalecencia de aquellos.

Hemos visto repetirse el hecho de que un convaleciente haya trasmitido la enfermedad á indivíduos no aclimatados, con sólo visitar los últimos al primero, para darle la enhorabuena de su curacion.

Sexto. No debe bañarse el recien llega-

do en los establecimientos destinados á este servicio.

No pudiendo verificarlo en otra parte, se asegurará de la limpieza de las bañaderas, y llevará de su propiedad la toalla ó sábana con que ha de secarse, no haciendo uso de las que facilita el establecimiento de baños, así como tampoco del peine que tambien proporciona.

Sétimo. No transitará por las calles de la ciudad despues de las diez de la noche.

A la hora indicada se sacan á las puertas de cada casa los barriles llamados de basura, en los cuales, entre otras inmundicias, se depositan las vendas, trapos, cataplasmas y todo cuanto usan los enfermos del vómito negro.

Si como se indicó en el anterior capítulo, se señalase la casa de cada enfermo con una bandera amarilla durante el dia, y con un farol de vidrios de un color determinado durante la noche, desaparecería en parte ese peligro para transitar por las calles, porque aquellas señales indicarían al no aclimatado, el lugar de donde debía apartarse.

Octavo. La prostitucion es peligrosa para los recien llegados.

No es exacta la creencia que tienen algunos de que ciertos goces puedan por sí solos ocasionar la fiebre amarilla. Los abusos de este género, siempre son de pésimos resultados para la juventud, pero no pueden ser la causa de la dolencia citada. El peligro existe en el contacto de ropas, en las que momentos ántes puede haberse depositado el vírus propio de la enfermedad, ó por el directo ó por intermedio de una persona convaleciente de la misma.

Noveno. El no aclimatado, al hospedarse en algun hotel ó fonda, debe asegurarse de que la habitacion y cama que se le destinan, no han servido para ningun enfermo de vómito negro, ó por lo ménos, de que despues fueron lavadas y desinfectadas convenientemente.

En una misma habitacion de uno de nuestros mejores hoteles, hemos asistido dos huéspedes en un período de quince dias, átacados del vómito negro. El segundo fué in-

vadido despues de haber dormido en dicha habitacion la primera noche. Estos hechos nos han sugerido este precepto.

Décimo. Los recien llegados no deben por ningun concepto concurrir á los entierros.

Nada más apropósito que un cementerio, ó el tránsito por el camino donde diariamente se vén pasar gran número de cadáveres de fiebre amarilla, para contraer la enfermedad.

Undécimo. Los llamados *trenes funerarios*, son tambien un peligro para los no aclimatados, y éstos deben, por consiguiente, alejarse de ellos.

En dichos establecimientos están almacenadas todas las ropas y demás enseres que se destinan al servicio de los difuntos.

Duodécimo. Si sus circunstancias lo permiten, el recien llegado procurará dormir en una habitacion ámplia y ventilada, teniendo cuidado de cerrar la ventana ó balcon durante las horas de la noche.

Décimotercero. Deberá ser morigerado en todas sus costumbres.

Décimocuarto. Las horas de las comidas usadas generalmente entre nosotros, son las más convenientes: el desayuno al levantarse, entre diez y once de la mañana el almuerzo, y la comida entre cinco y seis de la tarde.

Décimoquinto. El desayuno debe consistir para el recien llegado, en una taza de café ó café con leche; convendrá igualmente que sea parco en las dos grandes comidas, haciendo ménos uso de las carnes que de los vegetales. Los alimentos deben ser sanos y condimentados sin excitantes, como la pimienta, mostaza y otros.

Décimosexto. Las frutas en buen estado de madurez, puede tomarlas sin temor de ningun género.

Decimosétimo. Se abstendrá absolutamente de las bebidas alcohólicas, y si le fuese dable prescindir del vino en las comidas, debe no tomarlo; en caso contrario, procurará beber de él la menor cantidad posible.

Décimooctavo. Por la noche, una hora ántes de recojerse, y en vez del té ó café que

acostumbran los ya aclimatados, beberá un vaso de limonada, ó mejor del refresco preparado con la pulpa de tamarindo.

Décimonono. Cuidará siempre mucho de tener el vientre corriente.

Vigésimo. Cada ocho, diez ó quince dias, segun lo indique su temperamento, tomará un laxante salino, ya de sulfato ó citrato de magnesia, ó bien de cremor tártaro.

Vigésimoprimero. Todos los dias si es posible, por la mañana al levantarse, ó si no entre dos y tres de la tarde, ó cuando ménos una hora ántes de la segunda comida, le es necesario un baño templado, más ó ménos prolongado, segun su temperamento.

Vigésimosegundo. Los baños frios ó de mar, son altamente perjudiciales á los no aclimatados.

Vigésimotercero. Los recien llegados necesitan indispensablemente de un facultativo, que apreciando la constitucion, temperamento y demás circunstancias individuales, les aconseje y dirija en el uso de los medios propuestos en los anteriores preceptos, así

como tambien para indicarles, en los casos que fuera necesario, un plan terapéutico conducente al fin que nos proponemos.

Así como los Gobiernos están en el imprescindible deber de velar por la salud de los pueblos, los indivíduos deben velar por su propia salud, no sólo por el bien que para sí reportan, sino que además por el que á sus semejantes proporcionan, sobre todo en enfermedades de la naturaleza de la fiebre amarilla, en que un enfermo puede dar lugar á millares de víctimas.

Buscar un medicamento para curar el vómito negro, es buscar un imposible: tratemos, pues, de evitarlo á toda costa; tratemos, ya que hay posibilidad de hacerlo, de arrojarlo de este suelo, que si costosos son los medios que tengan que emplearse para ello, muy por encima están de unos pocos millones, las vidas de nuestros compatriotas, el porvenir y la civilizacion de Cuba.

DISPOSICIONES ESPECIALES CONCERNIENTES A LAS TROPAS.

I.

De la fiebre amarilla, hemos dicho, que dependía el porvenir de Cuba, y ahora añadimos, que de la fiebre amarilla tambien, depende la conservacion de Cuba para España.

Para conservar á Cuba, se necesita de una constante corriente de inmigracion de raza blanca, y de un potente ejército; y el vómito negro es el más formidable dique que se opone á esa corriente de inmigracion, y el más terrible elemento de destruccion de nuestros soldados.

Los antiguos gobiernos, comprendiendo esa verdad, dictaron leyes y medidas encaminadas al fomento de la poblacion blanca, y á tener un ejército aclimatado.

Declararon exentos del servicio de las armas á los jóvenes que venían á estos paises, y como en aquel entonces su duracion era de ocho años, y se hacía con un rigor del que hoy no se puede tener idea, se comprenderá cuánto debía influir esta medida para el aumento de la inmigracion peninsular en Cuba.

Sirviendo aquí el soldado durante un período de seis ú ocho años, se encariñaba con el país; y si á esto añadimos, que al terminar el servicio era permitido el reenganche á las clases de tropa, y además les estaba concedido un año de término con opcion al pasaje de regreso á la Península por cuenta del Estado, eran circunstancias estas, que daban por resultado el quedar establecidos en esta Isla, la mayor parte de los cumplidos.

A los jefes y oficiales que permanecían sirviendo durante veinte años, se les premiaba con el retiro por las Cajas de Ultramar, así como tambien á los que contraían matrimonio con hija del país por la consideracion de que las afecciones de familia les obligaban á quedarse en Cuba.

Por otro lado, se construyeron cuarteles de aclimatacion en Santiago de las Vegas, Isla de Pinos, Güines, Guanajay, San Antonio de los Baños y en otras localidades en que entonces se desconocía el vómito negro, y á ellos se enviaban, por un número de años, las tropas recien llegadas. Digamos de paso que hoy esas localidades no son aceptables para el objeto á que se destinaban, porque las rápidas vías de comunicacion, han llevado á ellas la enfermedad.

Estas y otras medidas que no enumeramos, no puede dudarse que redundaban en beneficio de la mayor poblacion blanca de esta Isla; de su erario, por el ahorro considerable de viajes, y de la Nacion en general, porque libraban de la fiebre amarilla á un gran número de sus hijos.

Razones que no queremos penetrar, pero que debemos estimar como convenientes y justas, cuando se han aceptado por todos los gobiernos del dia, han cambiado la faz de las cosas: el servicio del soldado es hoy de cuatro años; no se le concede el año de término con op-

cion al pasaje por cuenta del Estado; el reenganche no se permite á las clases de tropa; y si áun persiste la ley de cobrar el retiro, por las Cajas de Ultramar, los jefes y oficiales que sirven en esta Isla durante veinte años, y los que se casen con hija del país, se obliga, sin embargo, á unos y á otros, á regresar á la Península, al cumplimiento de los nueve años de sus servicios en Cuba.

Las medidas que vamos á proponer, tanto bajo el punto de vista militar, cuanto por el lado de la salud de las tropas, posibles en su realizacion y necesarias en este país, más que en otro alguno, creémos que satisfarán cumplidamente á todas las exigencias, y principalmente, porque con ellas nuestros soldados volverán al hogar de la familia, sin haber sufrido el espantoso mal de las Antillas, y con la robustez necesaria para ser hombres útiles á sí mismos, á sus familias y á la Pátria.

II.

Que la fiebre amarilla se cebe cruelmente en nuestros soldados, y sobre todo en la marinería de guerra, se explica fácilmente; la enfermedad es evidentemente contagiosa, y no habiéndose dictado medida alguna para evitar ese contagio, nada hay más apropósito que los dormitorios de un cuartel, y sobre todo de un buque, para propagarse.

Los soldados y marineros enfermos, son inmediamente conducidos al hospital militar: allí les visitan sus amigos, y éstos al volver al cuartel ó á bordo de sus respectivos buques, llevan el gérmen que contribuye á determinar el vómito negro, y lo trasmiten á sus compañeros sanos que están en condiciones de ser invadidos.

Al terminar los enfermos su curacion, vuelven á tomar la ropa de uso con que ingresaron en el hospital, y que durante su estancia en él, queda depositada en la llamada ropería de entrados, con la de todos los demás enfermos del establecimiento; y es positivo, que al volver á los cuarteles ó buques, y con mayor razon si son convalecientes de fiebre amarilla, comunican el mal á sus compañeros, que áun no han sido invadidos; y como un solo atacado puede contagiar á muchos, se comprende la causa del gran número de víctimas que hace el vómito negro entre nuestros soldados y marineros.

Algunas razones más existen para la mayor disposicion del soldado á contraer el vómito negro; la aficion de muchos á las bebidas alcohólicas, la carencia de medios para tomar baños templados, puesto que si los toman son de mar, que nosotros consideramos perjudiciales, no usar de bebidas atemperantes, la concurrencia á ciertos lugares públicos, y otras muchas que, para no ser difusos, nos abstenemos de enumerar.

Librar al soldado de la fiebre amarilla, es el objeto que nos proponemos, y esto es posible, colocándole en situacion que no pueda en manera alguna ser invadido. Al presentar nuestro plan, quizás cometerémos algunos errores relativos á la parte militar; pero nuestra condicion de médicos, aunque de médicos militares, nos hace esperar la indulgencia por parte de los que tienen el derecho de censurarnos.

El vómito negro no es una afeccion telúrica: es una enfermedad virulenta.

La fiebre amarilla no puede desarrollarse expontáneamente; donde no hay un caso, no puede haber otro caso.

En las alturas, y sobre todo, á más de 600 metros sobre el nivel del mar, no puede haber tífus icterodes.

En gran número de localidades, tanto del litoral cuanto del interior de la Isla de Cuba, se desconoce la enfermedad.

Sobre estos datos ha de basarse nuestro plan: veamos primero si es posible y realizable, militarmente hablando, ya que bajo el

punto de vista médico, tenemos la seguridad de su buen resultado, además de que pueden hacerse cuantas pruebas se consideren necesarias.

III.

La Isla de Cuba tiene una superficie de 3,804 leguas cuadradas, ó de 3,973 si quieren contarse sus islas y cayos adyacentes. Es mayor que todas las Antillas juntas.

Su figura es larga y estrecha: mide de largo 376 leguas, y de ancho sólo 16 leguas, por término medio.

La costa Norte, de 272 leguas, es limpia en su mitad, y la costa Sur, de 301 leguas, en sus dos terceras partes; ámbas cuentan con magníficos y grandiosos puertos. Las partes súcias de las dos costas son difíciles de recorrer por los no prácticos, pues tienen á su frente un verdadero laberinto de islotes, cayos y bajos; sin embargo, son navegables por buques de poco calado.

Militarmente hablando, la Isla toda constituye una Capitanía General, que se halla dividida en las siete Comandancias Generales de Pinar del Rio, Habana, Matánzas, Santa Clara, Puerto Príncipe, Santiago de Cuba y la de Holguin y Túnas.

En el territorio de la comandancia general de Pinar del Rio existen dos grupos de montañas: el de *Guaniguanico*, que lo atraviesa en el sentido de la longitud y en el cual se distinguen el cerro de Cabras, el elevado Pan de Azúcar ó Pico Garrido, la sierra del Abra, el Pan de Guajaibon con 610 varas de altura, punto culminante de esta cordillera, la sierra de los Organos, y la loma del Cuzco. El otro grupo es el del *Mariel*, en el cual se distingue la sierra de Anafe ó Mesa del Mariel. A muy corta distancia, y hácia la parte Sur del primer grupo, cruza el ferrocarril del Oeste, que de la Habana se dirige á Pinar del Rio; y hácia la parte Norte está atravesado por la línea férrea que de la bahía de San Cayetano se dirige al valle de Viñales. El segundo grupo se halla tambien á muy

corta distancia del ferrocarril de la Habana á Guanajay.

En el territorio de la comandancia general de la Habana, las montañas son de poca importancia, por sus pequeñas alturas.

En el territorio de la comandancia general de Matánzas se destacan: el Pan de Matánzas con 460 varas de altura, y las Tetas de Camarioca con 400 varas. Dos líneas férreas comunican la Habana con Matánzas.

En el territorio de la comandancia general de Santa Clara existen cuatro grupos de montañas: el de *Jumaguas*, de poca importancia; el de *Sabaneque*, con las sierras de Mata-Hambre de 600 varas de altura; de Bamburanao, y de Jatibanico; el de *Cubanacan*, que contiene las montañas del Escambray, y el de *Guamuhaya*, en que se hallan las montañas de Trinidad, distinguiéndose la de San Juan ó Cabeza del Muerto, con 1000 varas de altura; el Pico del Potrerillo con 1094 varas; las sierras de la Gloria y de Banao y la loma de la Rosa. Las montañas de estos grupos, están unas más próximas á las cos-

tas, y otras á las distintas líneas férreas de la provincia de Santa Clara, enlazadas con las de la Habana.

En la comandancia general de Puerto-Príncipe, se distingue al Oeste, y próxima á la línea-férrea de Nuevitas á Puerto-Príncipe, la Sierra de Cubitas; y hácia el SE. de la capital de la provincia, y cerca del camino de Santa Cruz del Sur, la Sierra de Najasa.

En la comandancia general de Santiago de Cuba, se encuentran dos grupos: el de *Macaca* más conocido por *Sierra Maestra*, que se extiende de Oeste á Este desde el Cabo Cruz hasta el rio de Baconao, y en el que se hallan los montes más elevados de esta Isla ó sean: el Pico de Turquino con 2894 vara de altura; el Ojo del Toro con 1200 varas; la Gran Piedra con 1900, y la Sierra del Cobre. El segundo grupo llamado de *Sagua-Baracoa* comprende la Sierra de Nipe, las de Cristal y Moa, las de Monte Líbano y Monte Taurus, las Cuchillas de Toa y Baracoa, y el Cerro Yunque con 1000 varas de altura.

En la comandancia general de Holguin

y Tunas se destacan la Mesa de Gibara, la Silla de Gibara, y los Cerros de la Cruz y del Fraile.

Este fragmento geográfico, necesario para explanar nuestras ideas, demuestra que la isla de Cuba, en todas sus comandancias generales, cuenta con elevaciones convenientes para situar la mayor parte de su ejército.

Bajo el punto de vista del vómito negro, podemos asegurar que la situacion del ejército en esas alturas, daría el beneficioso resultado de que ningun soldado fuese atacado por él. Veamos ahora las ventajas é inconvenientes que pudieran presentarse, bajo el aspecto militar.

La tendencia de todas las naciones europeas, es tener situados sus ejércitos en campamentos.

La vida del campo es mucho más favorable á la salud del soldado; y en estos climas donde predominan las afecciones hepáticas, las alturas son de alta conveniencia para no padecerlas. En Europa, donde los ejércitos

permanentes son tan numerosos, la salud del Ejército, supone la salud de la raza.

Alejado el soldado de los centros donde existe el refinamiento de la civilizacion, que hace al hombre muelle y flojo, se acostumbra á la gimnasia natural de las tropas, á caminar, á trepar por las rocas, etc., y si á esto agregamos que en el campo la prostitucion apenas existe, dá por consecuencia que los jóvenes soldados se mantienen en él, fuertes, robustos y vigorosos.

Las conversaciones y lecturas políticas, que tanto contribuyen á desmoralizar las tropas, no se conocen en los campamentos.

El alojamiento en los mismos, es ventajoso al de las grandes y hasta pequeñas poblaciones, donde áun en los suburbios de ellas, no es posible rodear los cuarteles de parques, por lo caros que se obtienen los terrenos.

El oficial en los campamentos, vive más decorosamente; pues teniendo grátis su alojamiento, y apartado de las necesidades que le imponen las grandes poblaciones, le basta su haber para vivir con todo el decoro de su clase.

La vida que se hace en los campamentos, es una vida puramente militar.

Las insurrecciones, y lo hemos visto prácticamente en la de Cuba, eligen para sus cuarteles los terrenos escabrosos, y no es necesario demostrar la conveniencia de tener ocupados permanentemente esos terrenos, porque así conocerá y explorará el soldado en tiempo de paz, los lugares que pueden servir mañana para teatro de la guerra.

Creemos que las tropas colocadas en las alturas, están tambien mejor situadas, bajo el aspecto de la guerra, que en las llanuras y valles, que sólo deben ser ocupados por razones de carácter puramente social, como por ejemplo, cuando hay que guardar grandes centros agrícolas ó industriales.

Si las posiciones en las alturas han sido en todos tiempos consideradas para la guerra, de gran importancia, por la dificultad de tomarlas, y porque el atacante de ellas está más expuesto al fuego del defensor, hoy con el fusil de aguja se ha hecho veinte veces mayor esa importancia, por haberse notoria-

mente aumentado las dificultades para tomarlas.

En cuanto á los inconvenientes, el principal que pudiera ofrecerse, es la cuestion de cuarteles para los distintos destacamentos. Cualquiera que conozca la guerra de Cuba, sabe que aquí como en ninguna parte está salvado este inconveniente. Un batallon de ochocientas plazas, se preparó en la Guanaja, los cuarteles para tropa, y alojamientos para jefes y oficiales, en ménos de ocho dias. En un país, donde abunda la gallarda palmera, que proporciona madera y yaguas para la construccion de las paredes del edificio, y guano para los techos; y en cuyos bosques se encuentra gran número de enredaderas, que suministran cuerdas ó bejucos; sin coste alguno, se pueden construir los cuarteles de campaña, como lo hemos visto todos fabricar en la pasada guerra, á semejanza de la inmensa mayoría de las casas de campo que se conocen en esta Isla.

Esos cuarteles en las alturas, rodeados de obras de fortificacion de campaña, con cu-

yo ejercicio se adiestra, instruye y desarrolla el soldado, pueden ser de grande utilidad para el dia de mañana. Recordemos cuánto nos costó tomar esas alturas para construir allí fortificaciones de campaña, y verémos la utilidad que reportarnos puede tenerlas ya construidas, y estar posesionados de los puntos más estratégicos, para el dia de una nueva lucha.

El otro inconveniente que puede ofrecerse, es el aislamiento absoluto de esos lugares en que se pretende colocar las tropas. Acordémonos aquí tambien de la pasada guerra: allí donde se establecía un campamento, por poco numerosa que fuese su guarnicion, se formaba inmediatamente un pueblo; tiendas, cantinas, panaderías, lavanderas, etc., nada faltaba para las necesidades materiales y hasta morales del soldado.

Siendo la Isla larga y estrecha, desaparece tambien el temor para en un caso de guerra, de tener alejadas las tropas del punto en que necesitarse pudieran en un momento dado: convenientemente repartidas, sólo

algunas horas pudiera tener que esperarse su necesario auxilio.

Guarnecidas todas las poblaciones de Cuba, por los institutos de milicias, voluntarios y bomberos, no puede presentarse tampoco como un obstáculo, el que, con la medida propuesta, queden sin tropas las ciudades y demás poblados de esta Isla.

Para la poca fuerza de Artillería, Ingenieros, Escribientes y Ordenanzas, de que no puede prescindirse en los grandes centros militares, aconsejaríamos que estuviera, en lo posible, compuesta de indivíduos aclimatados, premiándose el reenganche de aquellos que fuesen verdaderamente útiles y de irreprochable conducta, con objeto de evitar su relevo por los no aclimatados.

Fuera de las alturas, hay tambien en la Isla localidades en las cuales se desconoce la fiebre amarilla, tanto en el litoral, cuanto en el interior, y son las de difícil comunicacion con los centros infestados; localidades en las cuales pudiera situarse parte de nuestro

Ejército, en caso necesario, sin temor de que fuese invadido por la fiebre amarilla.

Hemos hablado de las costas no limpias de Cuba, diciendo que eran navegables por buques de poco calado, dirigidos por patrones prácticos en ellas. Dichas costas y principalmente la parte de la norte que tiene á su frente los islotes, cayos y bajos conocidos por los Jardines del Rey, han servido á la pasada insurreccion para el contrabando de guerra; y como por las dificultades que su navegacion ofrece, no tienen comunicaciones fáciles con los centros de infeccion, no habría inconveniente en colocar destacamentos en algunas de esas costas, sin peligro de que adquiriesen en ellas el vómito negro, y á la vez el soldado las conocería y se haría práctico de las mismas.

Un ensayo puede desvanecer todo género de dudas. Colóquense cuatro destacamentos de cincuenta hombres cada uno; el primero á una altura de más de 400 metros sobre el nivel del mar; el segundo á una altura de 100 á 200 metros; el tercero en un lugar bajo del

interior de la Isla, y el último en una costa cenagosa, con mezcla de agua dulce y salada; y como evitemos toda rápida comunicacion entre esos destacamentos y los puntos donde establecida esté la enfermedad, podrán los incrédulos convencerse satisfactoriamente de que, en circunstancias normales, puede situarse el Ejército de esta Isla de una manera conveniente para conservar su salud, y sobre todo, para librarle de la fiebre amarilla.

No dudamos que para ello se pueden, quizás, ofrecer mayores dificultades de las que hemos presentado; sin embargo, por inconmensurables que ellas sean, bien poco pueden representar, ante las ventajas de tener un soldado sano, robusto, habituado á la vida de campaña, conocedor y práctico del terreno que ha sido y pudiera volver á ser el teatro de la guerra, y sin el temor de ser atacado por el más terrible de sus enemigos, el vómito negro.

Para la marina de guerra, creémos que no sería tampoco difícil el buscar un medio de tenerla alejada de los puntos donde el mal reina.

La Comision americana de fiebre amarilla, que vino á esta Isla á estudiar la causa de la enfermedad, llegó con el pensamiento preconcebido de que había de encontrarla en la bahía de la Habana; pero tanto por la multitud de datos adquiridos de los buques mercantes de su nacionalidad, cuanto por los que le suministraron nuestros compañeros de la Armada española, llamó la atencion en su memoria publicada en el *Supplement National Boar of Herlth Bulletin*, acerca de que, los buques atracados á los muelles, y cuyas tripulaciones se relacionan con gente de tierra, son los más expuestos á ser invadidos por la enfermedad.

Entre otros datos estadísticos, presenta el curioso hecho de dos buques que llegaron un mismo dia al puerto de la Habana; uno de ellos verificó las operaciones de descarga y carga, sin atracar á los muelles, y no permitiendo que la tripulacion viniese á tierra; el segundo verificó dichas operaciones atracado al muelle de San Francisco. El primero no tuvo á su bordo un solo caso de vómito

negro, mientras que el último fué horrorosamente invadido por la enfermedad.

Sobre otra circunstancia tambien hace fijar su atencion la Comision Americana, y es, que cuanto más separado esté un buque de las poblaciones de esta bahía, áun cuando se halle arrimado á la costa no poblada, disminuyen las probabilidades de ser invadido por la fiebre amarilla.

Dichos datos, que vienen en apoyo de nuestra teoría, esto es, que para no tener el vómito negro, es preciso separarse de donde hay casos de fiebre amarilla, prueban que si nuestra armada fuese á situarse, durante los meses de Mayo á Octubre inclusive, en uno ó varios de los puertos que hay en la Isla, sin comunicaciones con los otros donde el mal reina, no tendría que lamentar el gran número de víctimas que anualmente le causa aquella desastrosa enfermedad.

Indicadas ya las medidas con las cuales se puede salvar el ejército de la fiebre amarilla, nuestro deber de médicos militares está cumplido: al Gobierno toca ahora su rea-

lizacion. El conservar la salud y la vida del soldado en esta Isla, es conservar á Cuba para España, y no es posible creer que nuestro ilustrado Gobierno mire con indiferencia una cuestion de tan trascendentales consecuencias, para la Pátria y para la humanidad.

Conclusion.

Muy próximo á dejar este hermoso país, que amo como á la propia Pátria, y en el cual he pasado la mayor parte de mi vida, he creido cumplir con un deber de gratitud, y más que de gratitud, de conciencia médica, publicando estas *Consideraciones*, resultado de una constante observacion, viendo y tratando enfermos de fiebre amarilla, en un período de veinte y cinco años.

Creo, y lo digo sin jactancia, creo de buena fé que estoy en la verdad; sin embargo, no rehuiré jamás toda discusion séria y digna, cuando se dirija al fondo de las cuestiones que he presentado, y confesaría leal y francamente que estaba en el error, si alguien

me probase de un modo razonable la falsedad de mis teorías.

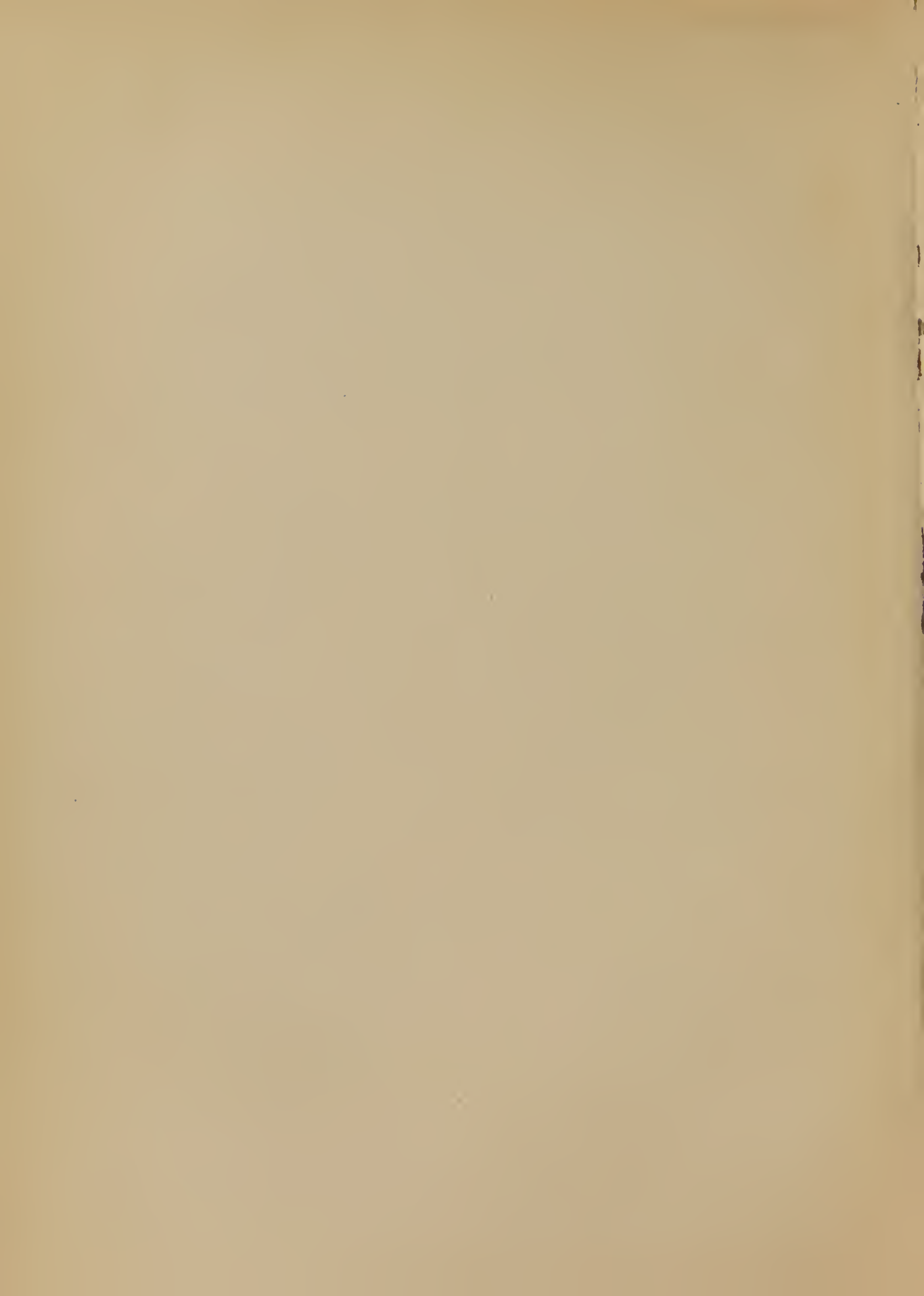
Huyendo del terreno de la hipótesis, he procurado sentar mis argumentos en el campo de los hechos y de la razon, convencido de que nada hay posible en medicina que no tenga por base la observacion y la experiencia.

En cuanto á la forma de mi trabajo, sé que es imperfecta: ha sido escrito de una manera precipitada y carezco además de las dotes necesarias para adornarlo con las galas de un florido estilo.

No tengo otras aspiraciones que el bien de mis semejantes; y si con mis pobres esfuerzos logro arrancar un solo indivíduo de las garras del vómito negro, quedarán coronados todos mis deseos.

Casimiro Roure.

Habana—1883.



INDICE.



CONSIDERACIONES

SOBRE LA

FIEBRE AMARILLA

Y

REGLAS HIGIENICAS

PARA PRESERVARSE DE ESTA ENFERMEDAD

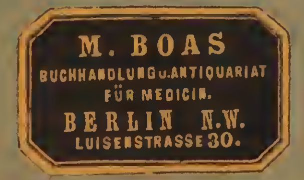
POR EL

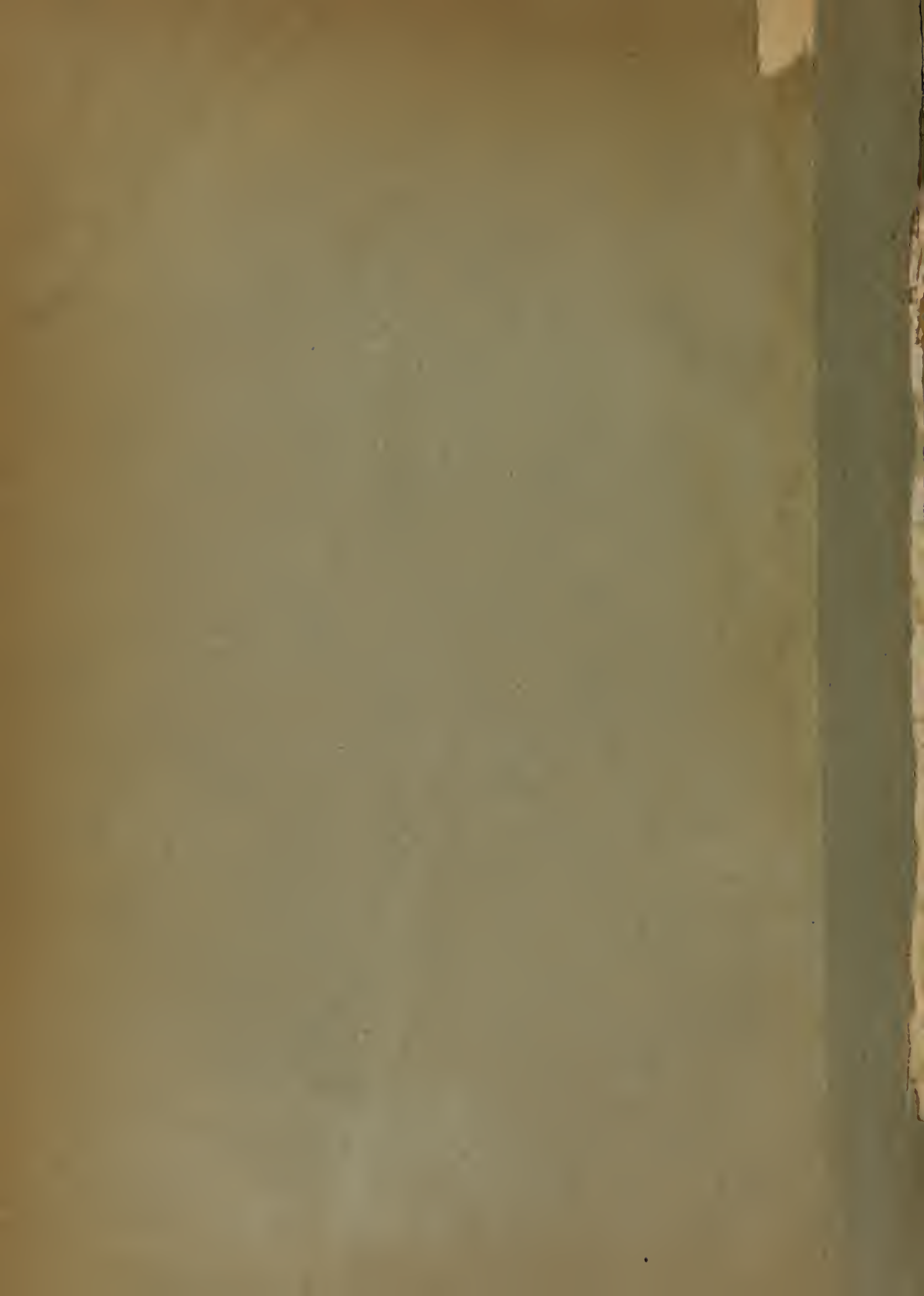
Dr. C. Roure y Bofill.

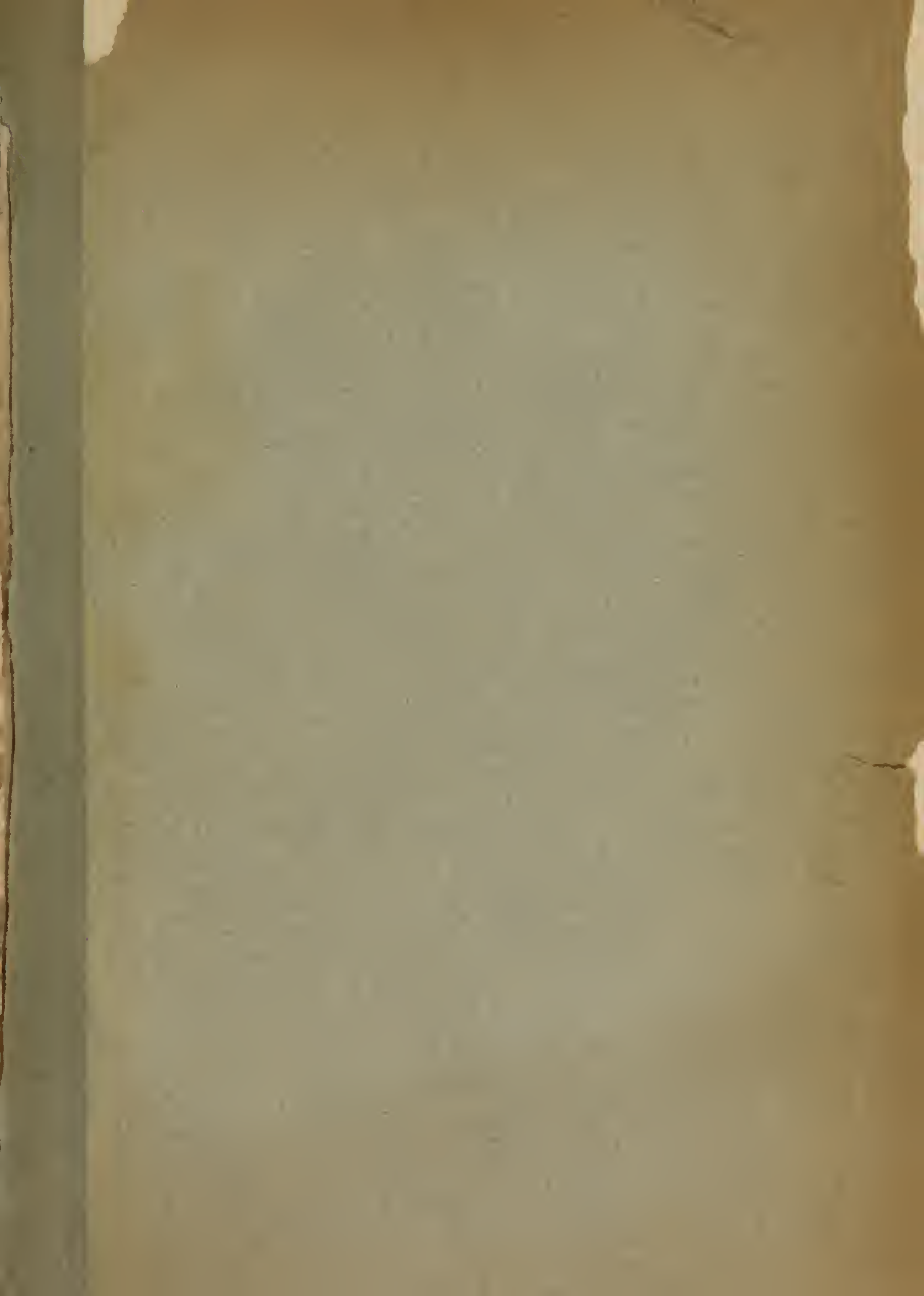
HABANA.

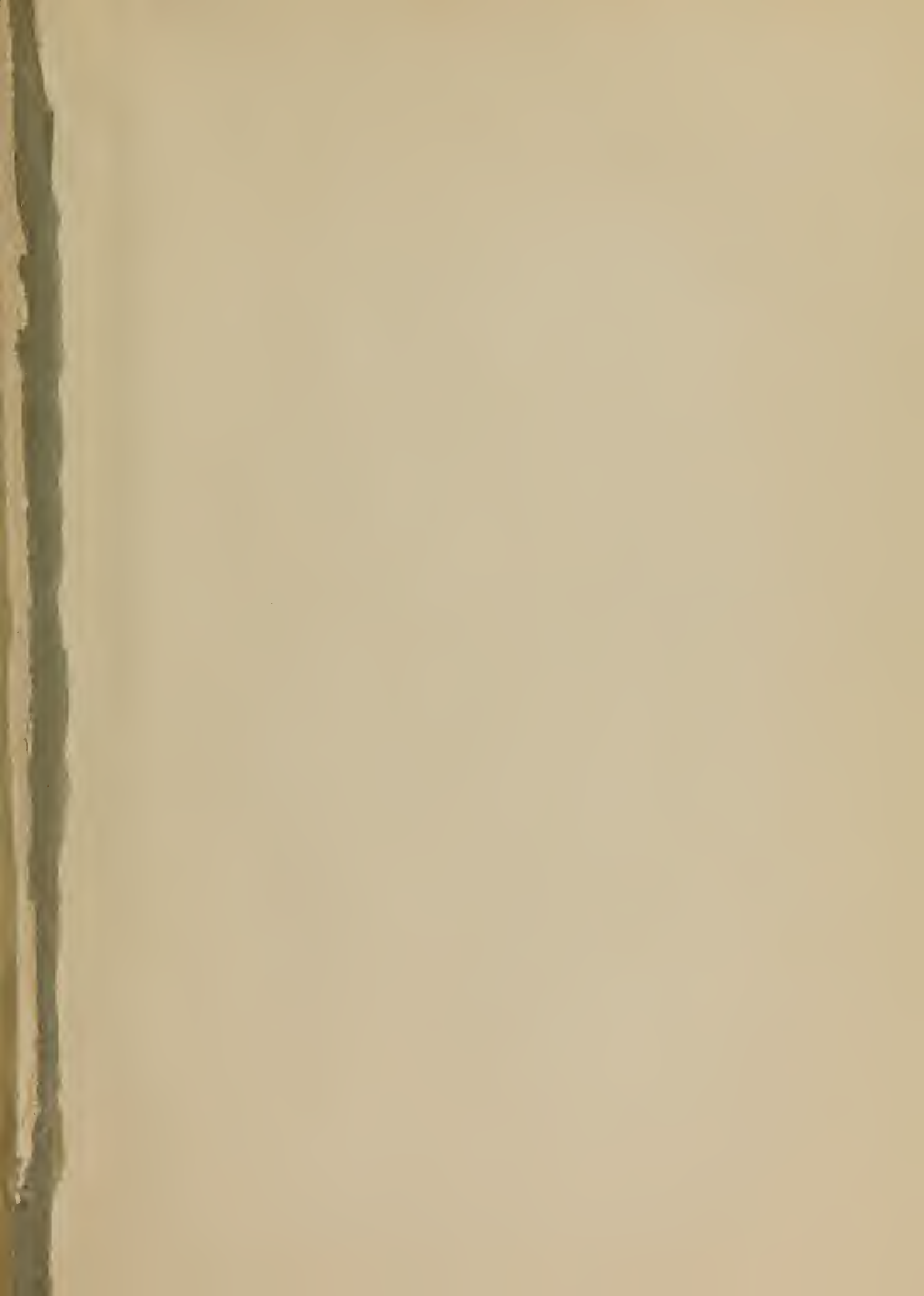
Imprenta del Gobierno y Capitanía General por S. M.

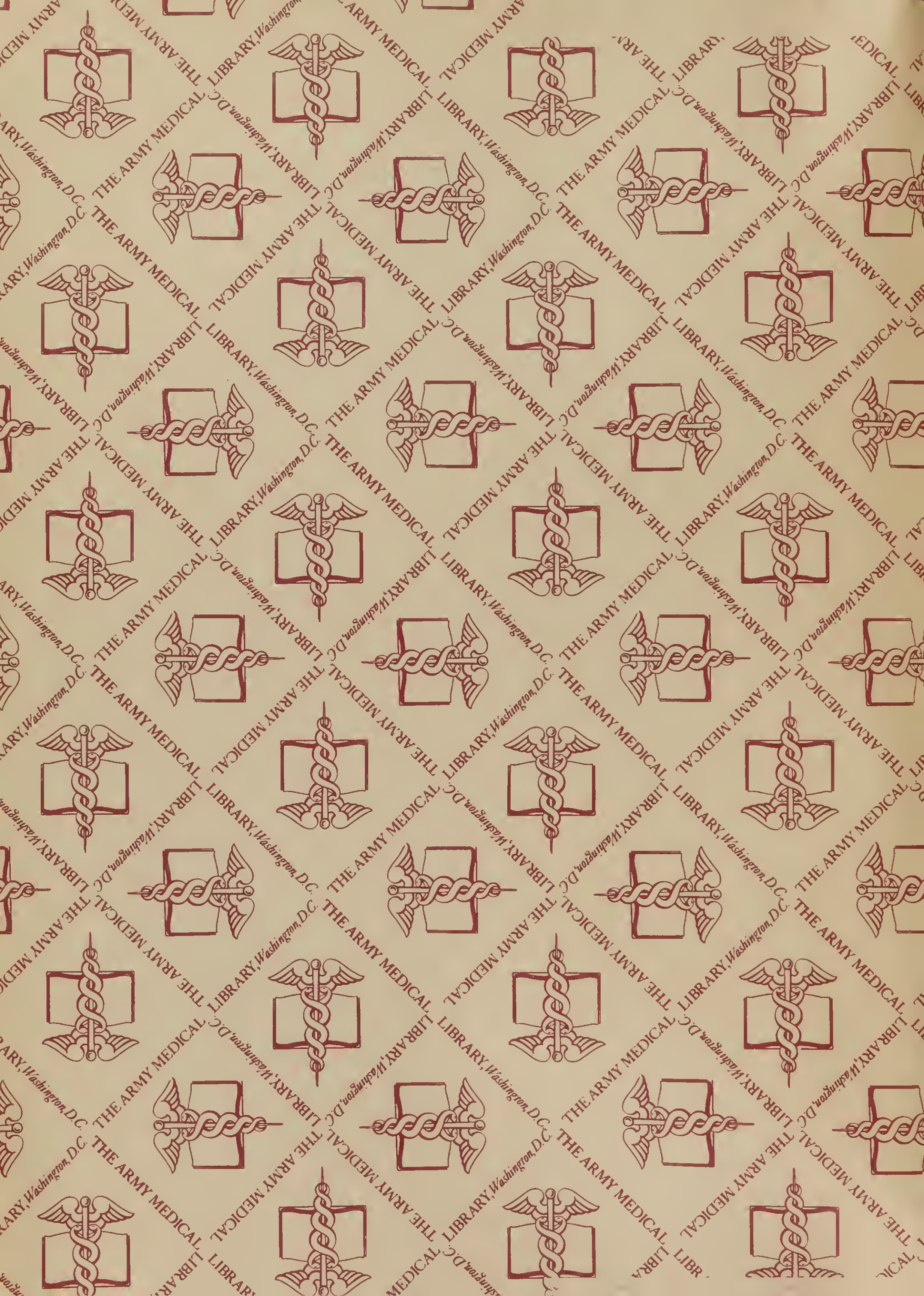
1884.

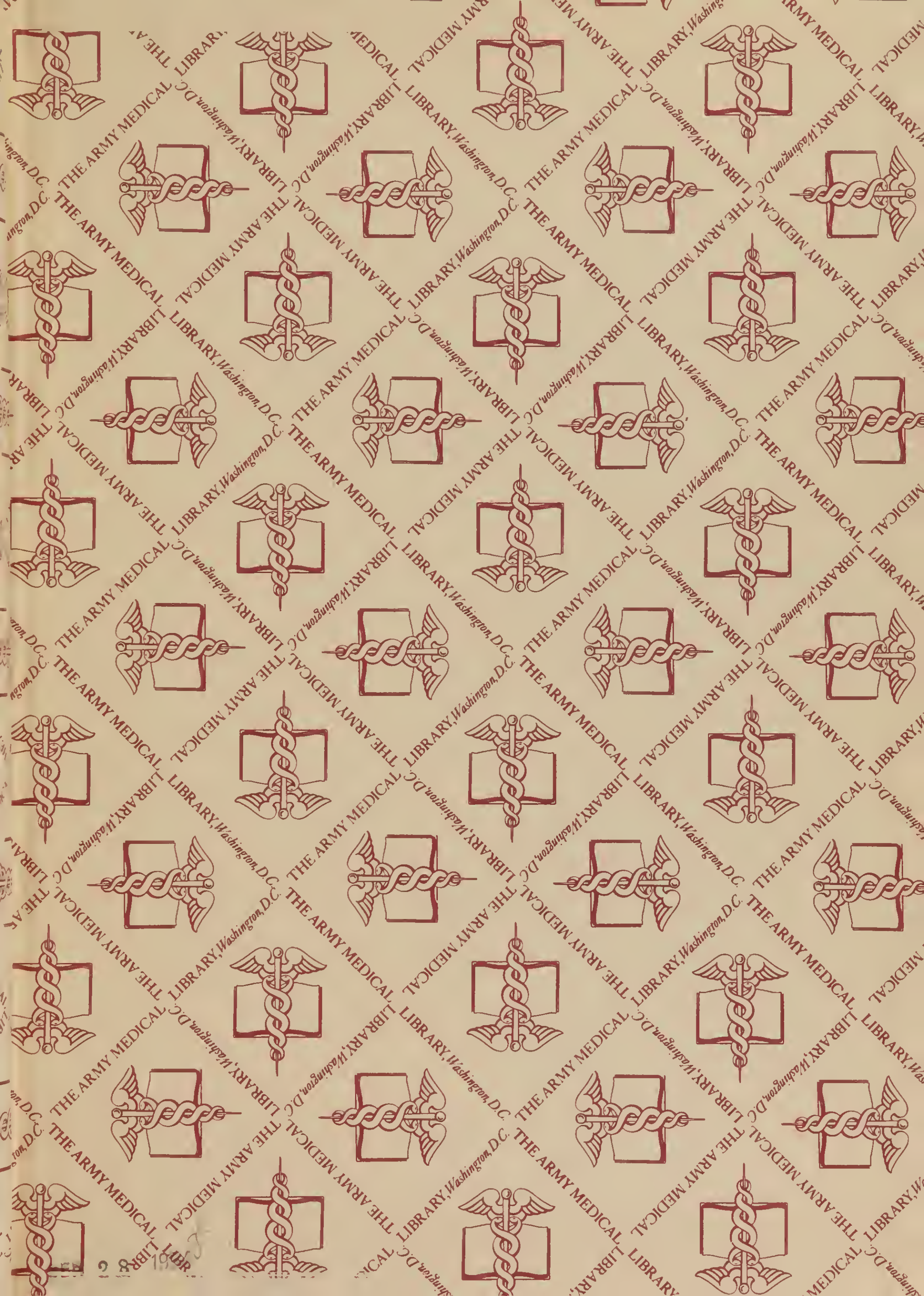


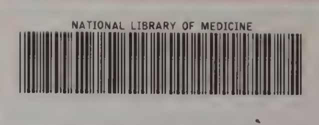







THE ARMY MEDICAL LIBRARY, Washington, D.C.


THE ARMY MEDICAL LIBRARY, Washington, D.C.


NATIONAL LIBRARY OF MEDICINE
NLM 00141058 3